

COCHIN
PLATICAS



ONOM
BV43
C6
v. 3
ERALD

132867

008330



1080015168



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis





UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CALLE ALFONSO DE ALBUQUERQUE 1000, SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN
3-23-83 MICROFILMADO R250



1950
Rafel Rangel F. y Es.
UANL
FONDO
BENITO CANO Y C. S. DE C. V.

PLÁTICAS

Ó

INSTRUCCIONES FAMILIARES

SOBRE

LAS EPÍSTOLAS Y EVANGELIOS

DE TODO EL AÑO,

Y DE LAS PRINCIPALES FIESTAS

QUE CELEBRA LA IGLESIA.

ESCRITAS EN FRANCES

POR MR. COCHIN,

CURÁ PÁRROCO DE SANTIAGO EN PARÍS.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO.

TOMO III.

CON LICENCIA

POR DON BENITO CANO.

AÑO DE 1799.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Juverde y Telles

BV 43

CG

V. 3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

132867

3

DOMINGO II.
DE QUARESMA.
EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO Á LOS THESSALONICENSES,
cap. 4. v. I. 7.

Hermanos: Os rogamos y os exhortamos en el Señor Jesus, que como habeis recibido de nosotros de qué manera os conviene conversar, y agradar á Dios; así tambien converseis para ir creciendo. Porque ya sabeis, qué preceptos os he dado por el Señor Jesus. Pues esta es la voluntad de Dios, vuestra santificacion: que os abstengais de fornicacion, que sepa cada uno de vosotros poseer su vaso en santificacion y honor: No en afecto de concupiscencia, como los Gentiles, que no conocen á Dios: y que ninguno oprima, ni engañe en nada á su hermano: porque el Señor es vengador de todas estas cosas, como ya ántes os lo hemos dicho y

A 2

003530

protestado. Porque no nos llamó Dios para inmundicia, sino para santificación.

INSTRUCCION.

El Apóstol en la Epístola de este día recomienda á los Christianos de la Iglesia de Tesalonica la fidelidad á los preceptos que les habia dado por el Señor Jesus, y despues les exhorta á huir de un vicio, cuyas conseqüencias son muy terribles; pero que por desgracia está infinitamente extendido entre los Christianos de nuestros días. La decencia que exige la cátedra de la verdad, la torpeza misma de la pasion que se ha de combatir, la dificultad de tratar la materia de una manera que no ofenda los oidos castos y christianos; ponen, hermanos míos, un freno á mi lengua quando se trata de instruiros y de preveniros contra un vicio vergonzoso, el qual hasta el día no he combatido sino de paso, y en muy pocas palabras; pero temeria tener cautiva la verdad, si no me aprovechase de la oca-

sion que nos presenta hoy el Apóstol para daros las instrucciones que dirigia á los fieles de su tiempo; conteniéndome en sus propias palabras para no ofender la justa delicadeza de las almas timoratas. Para tratar una materia tan interesante, necesito de toda la uncion del espíritu de caridad, y de la sabiduría del espíritu de pureza; y para que el Señor se digne concedermelo, interponed vuestros ruegos, y prestadme vuestra atencion.

Qué satisfaccion seria la mia, hermanos míos, si al empezar esta instruccion, pudiese yo decir de mi ministerio lo que el Apóstol dice de sí mismo á los de Tesalonica: hermanos, os rogamos, y os exhortamos en el Señor Jesus, que como habeis recibido de nosotros de qué manera os conviene conversar y agradar á Dios; así tambien converseis para ir creciendo; pero para hablar de esta manera, era preciso que yo estuviera bien asegurado de haber llenado el ministerio de la palabra con zelo y buen suceso. Sin embargo ya que no pueda yo contar con esta dicha, vosotros, her-

manos míos, con la santidad de vuestras obras probad que os hemos abierto los senderos de la virtud, conduciéndoos á ellos de un modo que agrade á Dios; y así os rogamos y os exhortamos en el Señor Jesus, que observéis fielmente la conducta que os hemos trazado de su parte, á fin de que en adelante abundéis en perfeccion.

La Iglesia de Tesalónica era sin duda muy fervorosa quando el Apóstol tan de antemano la instruye en la perfeccion: nosotros, hermanos míos, estamos todavía reducidos á combatir vuestros desórdenes; oxalá que nuestro ministerio consiga disminuirlos. Ya sabéis, prosigue el Apóstol, qué preceptos os he dado por el Señor Jesus. Vosotros, hermanos míos, ¿sabéis también los preceptos que os he dado? ¿Habéis venido con puntualidad á oírlos? ¿Habéis tenido cuidado de traerlos á la memoria para aplicarlos á los casos particulares? Esta fidelidad en retener y meditar los preceptos del Señor, sería un gran preludio de vuestro adelantamiento en la virtud, porque la mayor parte de los desórdenes pueden atribuirse

ó á la ignorancia de las verdades de la religion, ó á la disipacion del espíritu que las recibe; y así quanta sea vuestra asistencia á oír la palabra santa, tanto serán mayores las esperanzas de vuestro aprovechamiento. La verdad, hermanos míos, que voy á presentaros, es la misma que nos acuerda aquí el Apóstol San Pablo. Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificacion, como si dixese: la voluntad de Dios es que seáis felices: no penseis que se complace en la muerte del impío: tened entendido que quando le hace entrar en el camino de la salvacion, obra conforme á sus designios. Considerad bien la expresion del Apóstol. No solo dice que Dios permite vuestra santificacion, y que sufre que trabajéis en ella para adquirir su reyno: todavía dice alguna cosa de mas interesante y grande: Dios quiere vuestra salvacion, y á esta voluntad llaman los Teólogos voluntad de amor y complacencia. Uno de los medios que indica aquí el Apóstol para obrar conforme á ella, es el de abstenerse de fornicacion, de manera que sepa cada uno poseer su vaso en santificacion y honor. No necesito

extenderme mucho, hermanos míos, para probar quán opuesto es al Christianismo este vergonzoso desórden que combate el Apóstol en este lugar. Jesu-Christo reprueba hasta el menor deseo, hasta el menor pensamiento; pero veamos á quienes se extiende esta obligacion. El Apóstol se dirige á todos los Christianos: los justos mismos no estan dispensados de la mas exácta vigilancia sobre esta materia. El Apóstol en otro lugar se queja de que el Angel de Satanás, el aguijon de la carne le persigue y humilla: temamos tambien nosotros que una falsa confianza en nuestras buenas obras abra la entrada á un enemigo que no tiene medios mas poderosos que este aguijon.

Este precepto comprehende á todas las edades. Si desde la juventud no hay el cuidado necesario de oponer á esta pasion desgraciada un corazon fortificado con la oracion, defendido con la vigilancia, y sostenido con un temor saludable; todo está perdido. Ella cunde en el corazon como una gangrena, se desliza en él como una serpiente, y entónces establece tan solidamente su reyno, que

ya no es posible arrojarla de él. Este vergonzoso desórden bien diferente de todas las demas pasiones que se amortiguan con los años, y á quienes al cabo domina la razon y la reflexion, hecha de dia en dia nuevas raíces. En cada edad produce nuevos excesos, y hasta en la misma vejez, en la que una extenuacion y abatimiento casi universal de fuerzas hace al hombre tan incapaz del vicio como de la virtud, se ven corazones corrompidos por los mas picantes y desordenados deleytes que exhalan todavía el veneno que los devora, y se hacen con peligrosos equívocos y con la indecencia de su conducta, la piedra del choque y el escándalo de las gentes con quienes tratan.

Esta obligacion de la honestidad toca á todos los estados. Las vírgenes Christianas no deben olvidarse de que la modestia y el pudor son sus mas bellos adornos, y que las acciones que marchitan su inocencia, las llenan de confusion delante de Dios y de los hombres: que quando sus discursos y su porte salen de las reglas de la honestidad, se hacen el escándalo de

los débiles, el objeto del desprecio de los buenos, los auxiliares en alguna manera de Satanás, para seducir y para tentar; de manera que la sola presencia de una jóven que abandona la modestia christiana, es capaz de perder mas almas que nosotros recobramos con nuestros discursos por mas vivos y eloqüentes que sean.

Esta honestidad que pide el Apóstol en las vírgenes, consiste en vivir, segun sea posible, en la separacion y en el retiro; en no frecuentar otras compañías que aquellas en que se observe la mayor decencia; en no conformarse de modo alguno con los usos del siglo; en no adoptar de sus modas y adornos sino las que sean indispensables, segun el estado y la necesidad; y finalmente en no olvidarse que Dios las pedirá cuenta de las almas que hayan perdido no solo por corrupcion y por malicia, sino por imprudencia y por ligereza.

El Apóstol, hermanos míos, no dispensa tampoco á los casados de las reglas de la honestidad. ¡Con qué dificultad se encuentran Christianos en este estado que se acuerden mutuamen-

te como Tobías que son los hijos de los Santos, y que se sirvan de esta consideracion para negarse á ciertas acciones que pueden en alguna manera ofender la santa virtud de la pureza! ¡Quántos esposos se condenan porque se autorizan con este mismo estado para eximirse de estas reglas! La ignorancia seduce á los unos; la flaqueza arrastra á los otros; la pasion cautiva casi á todos; y así viven y mueren en la impenitencia de un pecado que no han conocido, porque han estado ciegos. ¿Seria posible, hermanos míos, que un enlace de que Jesu-Christo mismo es el modelo, y que la Iglesia ha elevado á razon de Sacramento, estuviese dispensado de este precepto del Apóstol, que cada uno de vosotros sepa poseer su vaso en santificacion y honor?

Este precepto se extiende á todas las circunstancias de la vida. La honestidad debe ser la compañera de un Christiano en todas sus acciones, debe reglar todos sus pasos, presidir sus discursos, y santificar sus placeres mismos. La modestia en los discursos consiste en que nunca salga de su boca una pa-

labra capaz de ofender la delicadeza de una alma pura. El Apóstol ni aun quiere que se nombre este vicio entre los Christianos, porque ellos son santos por vocacion: ¿qué diría de esas palabras equívocas que, presentando un doble sentido, dirigen al corazón golpes irreparables? Pero la honestidad no se requiere menos en las acciones. Un Christiano nunca debe olvidar que es el templo vivo del Espíritu Santo, y que por una sola libertad que se tome en esta materia, incurre en el anatema pronunciado contra los violadores y los sacrilegos. Por consecuencia debe evitar toda amistad demasiado íntima, toda sociedad sospechosa, y todo amor indiscreto.

El Christiano debe tambien ser puro en sus miradas, y hacer un pacto con sus ojos para no mirar nunca aquellos objetos capaces de interesar la santa virtud de la pureza, separándolos luego que la ocasion y la sorpresa le expongan al menor peligro. Así las compañías poco decentes, las pinturas poco modestas son para él escollos que debe evitar, si quiere ser fiel á las leyes de la modestia.

Casto en sus placeres, debe vencerse el Christiano de que ellos son el medio de que se vale Satanás para introducir el veneno de un vicio tan detestable. Por tanto debe estar en centinela contra esas canciones obscenas, cuya sal consiste en pintar los atractivos del deleite con los colores mas vivos: sus ojos deben separarse de esas lecturas emponzoñadas, dirigidas á que se conozcan, y gusten los excesos de un amor profano: sus pies deben alejarse de esos espectáculos encantadores donde esta pasión vergonzosa reyna como soberana, bien sea en las máximas que enseña, ó en los objetos que presenta.

Santo en sus pensamientos, en sus afectos y en sus deseos, no debe un Christiano, que quiere conservar la santa virtud de la pureza, despreciar ni una memoria, ni una simple idea, ni un movimiento del corazón que sea capaz de debilitarle en esta disposicion: debe por lo mismo temer el menor descuido en esta materia, porque no se necesita mas que un ligero consentimiento para conducirlo á la muerte espiritual, y consumir la reprobacion.

¡ Ah, si pudieseis comprender, hermanos míos, la importancia de estos preceptos! Si consideraseis que vuestras caídas provienen del abandono de estas reglas, tomaríais sin duda desde hoy la santa y firme resolución de conformaros á ellas por todos los días de vuestra vida. Yo quisiera, Christianos, que el tiempo me permitiese otras reflexiones para explicar esta Epístola con mas extension. La comparacion que hace aquí el Apóstol entre los Christianos que siguen los deseos desordenados de su corazon, y los hombres entregados á las tinieblas del Paganismo, nos muestra bien que la ceguedad es la consecuencia de este vicio vergonzoso, y la experiencia lo prueba de una manera mas sensible todavía. Este vicio causa el endurecimiento del corazon; y entre las conversiones que la misericordia de Dios obra todos los días en el seno de su Iglesia, las mas raras é inciertas son las de los pecadores que viven encenagados en la incontinencia. La razon de esto es muy evidente, hermanos míos. La justicia de Dios debe sin duda castigar con mayor severidad los vicios que le ofenden mas; y aquél

que ha separado sus ojos de Dios para no ver su magestuosa presencia, merece bien que Dios aparte las miradas de su gracia y su misericordia. Pero todavía hay otra razon que merece atencion singular. En las otras pasiones el objeto es casi siempre exterior y mas fácil de huir: en ésta el pecador está continuamente á la presencia de su enemigo que le ataca sin cesar, porque le lleva consigo mismo. Temblad, hermanos míos, si acaso hasta el día habeis tenido la desgracia de vivir avasallados á las leyes de esta pasion vergonzosa; pero no perdais el animo. Sin embargo, temed las venganzas terribles que Dios exerce en esta misma vida contra los esclavos de la carne. Temed todavía mas las penas eternas que tiene reservadas á los pecadores que profanan sus cuerpos; pero esperad en la misericordia de un Dios que, como dice el Apóstol, no nos llamó para inmundicia, sino para santificacion. Oxalá que una pronta y exácta confesion de vuestros pecados, que la vigilancia mas severa, la separacion mas rigurosa de los objetos que os seducen; que una penitencia, una mortificacion habitual,

una compuncion interior, y una oracion continua os consigan la gracia de vencer vuestras costumbres, de destruirlas, y de consumir la obra de vuestra conversion. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO.

cap. 17. v. 1. 9.

En aquel tiempo: Despues de seis dias toma Jesus consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto: Y se transfiguró delante de ellos. Y resplandeció su rostro como el Sol: y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Y he aquí les aparecieron Moysés, y Elías hablando con él. Y tomando Pedro la palabra, dixo á Jesus: Señor, bueno es, que nos estemos aquí: si quieres hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moysés, y otra para Elías. El estaba aun hablando, quando vino una nube luminosa que los cubrió. Y he aquí una voz de la nube diciendo: Es-

de Quaresma.

te es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido: á él escuchad. Y quando lo oyeron los discípulos, cayéron sobre sus rostros, y tuvieron grande miedo. Mas Jesus se acercó, y los tocó: y les dixo: Levantaos, y no temais. Y alzando ellos sus ojos, á nadie vieron, sino solo á Jesus. Y al baxar ellos del monte, les mandó Jesus, diciendo: No digais á nadie la vision, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

INSTRUCCION.

Difícil seria, hermanos míos, entrar en los sentimientos que penetraron á los tres Apóstoles en el momento de la Transfiguracion de Jesu-Christo. Acostumbrados á mirarle como á un hombre pobre y desconocido, y á lo mas como á un Dios humillado y anonadado: instruidos por su propia boca de que no habia venido para mandar, sino para obedecer: disgustados mil veces de

los desprecios que toleraba, y de las contradicciones que ellos tenían que sufrir; fué imponderable su admiracion quando la gloria del Cielo vino de repente á rodearle: quando vieron que resplandeció su rostro como el Sol: que sus vestiduras se pararon blancas como la nieve; y que Moysés y Elías hablaban con él llenos del respeto que exige de los siervos y de los ministros la presencia del Legislador y del Maestro. ¿Cuál fué sobre todo su admiracion quando una voz prorumpió estas palabras: este es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido: ¿á él escuchad?

Entónces la admiracion, la alegría, la confianza y el miedo ocuparon sucesivamente el corazon de estos tres discípulos; y si Jesu-Christo no hubiera cuidado de reanimarlos, se hubieran visto oprimidos baxo el peso de su gloria. Esto es lo que vais á ver en el Evangelio de este dia: vamos al monte con Jesu-Christo: no perdonemos ninguna de las lecciones que aquí nos da; y sobre todo procuremos concebir el gusto anticipado de la felicidad eterna. Prestadme vuestra atencion.

Jesu-Christo elige hoy particularmente algunos de sus Apóstoles, y no quiere hacer á todos testigos de las primicias de su gloria, como tampoco lo serán de sus tormentos é ignominias. Ahora que sube al monte Tabor, y quando se retire al jardin de las olivas, Pedro, Santiago y Juan serán los únicos que destine para seguirle de cerca. No procuremos, hermanos míos, penetrar la causa de esta predileccion: quizá un amor mas tierno, una fe mas viva, una adhesion mas inviolable habian hecho mas amables estos hombres á los ojos de Jesu-Christo: quizá por este medio quería enseñar á las almas religiosas y christianas, que él se comunica á proporcion que se le ama; y que la sequedad que experimentan en la oracion, mas bien son frutos de su indiferencia y de su tibieza, que efectos de su abandono. Pero sea la causa la que quiera, nosotros podemos decir en honor de los demas Apóstoles que no manifestaron jamas á Jesu-Christo ni sentimiento, ni envidia por esta predileccion tan visible. Asegurados de la sabiduría y de la equidad de su Maestro, trabajaron quanto podian para ga-

nar su corazón sin la menor sospecha de injusticia. ¿No es esta una lección importante para una multitud de Christianos, que bien sea en el orden de la naturaleza, bien sea en el de la gracia, nunca están satisfechos de lo que han recibido: que miran con envidia el bien ajeno, y casi piden cuenta al Señor del empleo de sus tesoros y sus gracias? El orgullo, hermanos míos, es la causa verdadera de esta presunción. Cuando el hombre desconfía de sus propios méritos, siempre le parecen superabundantes los beneficios que recibe; y si pide otros nuevos, es con una justa desconfianza, persuadido de que es indigno de ellos por sí mismo.

Jesu-Christo lleva aparte á estos tres Apóstoles á un monte alto. Notad, hermanos míos, que Dios escoge comunmente los montes para obrar los mas singulares prodigios. Sobre el monte de Moria quiere recibir de la mano de Abraham el sacrificio mas sensible á su corazón: sobre el monte de Sinaí dicta la ley á su Pueblo: el nuevo Isaac debe ser inmolado sobre el Calvario: el monte de Sion debe ser movido por el soplo del espíritu de

Dios; y hoy es el Tabor el que se hace testigo de su gloria.

El Señor quiere por este medio enseñarnos á sentir la distancia que le separa de nosotros; pero quiere instruirnos sobre la profundidad de sus misterios, y enseñarnos que son inaccesibles á nuestra débil razón: quiere hacernos entender, que es preciso ser superiores á la carne y á la sangre quando tratamos de llegar á él. Jesu-Christo descubre á sus Apóstoles en el monte el secreto de su gloria futura; y apenas suben, quando se transfigura delante de ellos, y resplandece su rostro como el Sol, y se paran sus vestiduras blancas como la nieve.

Los Padres de la Iglesia, quando examinan el prodigio que se obra hoy sobre el Tabor, se admiran ménos del resplandor que rodea á Jesu-Christo, que del velo que le ocultaba á los ojos de los Apóstoles en los días de sus humillaciones. En efecto mucho mas le cuesta á este Divino Salvador, dice San Agustín, el contener los rayos de su gloria, ocultar las delicias y la felicidad de que gozaba su alma santa en el curso de su vida mortal, que no le cues-

ta manifestarla ahora sobre el monte. En las mismas humillaciones y dolores de su Pasion no ha cesado Jesu-Christo de gozar de la bienaventuranza esencial á su divinidad; y toda la diferencia que se halla entre la gloria del Tabor y la ignominia del Calvario, es que Jesu-Christo obscurece aquí su gloria para no dexar entreveer sino el hombre de dolor; y en el Tabor aparece sin esfuerzo alguno como el Hijo amado y el objeto de las delicias del Padre. Jesu-Christo se transfigura para que sus Apóstoles entrevean anticipadamente las felicidades que reserva á sus humillaciones, sus trabajos y tormentos; y como estan destinados á beber su cáliz, los anima con la certidumbre de las recompensas.

Los tres Apóstoles parece que desde luego entran en sus miras; y mostrándose atentos al espectáculo maravilloso de sus grandezas, no pierden de vista ninguna de las circunstancias de este milagro. Ellos conocen á Moysés y Elías que hablan con Jesu-Christo; pero demasiado carnales todavía para comprehender el objeto de esta aparicion, no saben que estos dos hom-

bres los mas distinguidos de la ley antigua vienen á rendir el homenaje debido al Legislador de la ley nueva, y á dar un testimonio de la diferencia y la superioridad del Testamento nuevo: que Moysés, Ministro de una ley de muerte, viene á someter la letra que mata al espíritu que vivifica, las sombras á la realidad, el miedo al amor, el carácter de esclavitud al espíritu de adopcion, la insuficiencia del Decálogo á la perfeccion que Jesu-Christo le ha de dar; y que Elías, el Padre de los Profetas, viene á reconocer, á confesar y adorar al que es el objeto y el fin, el principio y el término de todas sus predicciones.

Los Apóstoles no llevan con efecto tan adelante sus pensamientos. Llenos de los consuelos que experimentan, por mas limitados que fuesen en sí mismos, se aficionan á ellos, y no piensan ni en los trabajos que Jesu-Christo les destina, ni en la gloria inefable que les reserva; y así tomando Pedro la palabra, dixo á Jesus: Señor, bueno es que nos estemos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moysés y otra para Elías.

Si nosotros, hermanos míos, consultamos las disposiciones de nuestro corazón, no podrémos condenar la súplica que hace hoy el Príncipe de los Apóstoles; porque si nos hubieramos hallado en su lugar, hablaríamos sin duda de la misma manera. Así no vemos que Jesu-Christo le reprehenda; pero comparando esta petición de Pedro con la conducta de Jesu-Christo, nos manifiesta toda su indiscreción. Sí, Christianos, con ménos fundamento que este Apóstol, imitamos su adhesión á los bienes presentes y sensibles. En efecto, un bien estar que nos pone al abrigo de la indigencia, un puesto honroso, un empleo lucrativo, los hijos, la muger, los amigos, ménos que todo esto, algunas esperanzas de engrandecimiento y de fortuna, son bastantes para fixar y apegar nuestro corazón á la tierra; y si quando el Señor quiere sacarnos de ella, se dignase escuchar nuestros deseos, le diríamos con mas eficacia que Pedro: Señor, bueno es que nos estemos aquí. ¡Ah, Christianos! ¿acaso sabéis lo que os pedís? Las comodidades que disfrutáis, la ninguna necesidad que teneis, la atención, el amor y el respeto que

exigís de los demas hombres, ¿son causas suficientes para ese apego que tenéis al mundo? ¿Pensáis que no hay en otra parte paz y felicidad sólida? Sí, Christianos, de esta manera son vuestros discursos: y así estais muy distantes de sentir como el Profeta la duración del destierro, porque quisierais que fuese eterno.

Pedro estaba todavía muy ocupado en la idea de establecer en el Tabor á Jesu-Christo, quando le cubre una nube luminosa, y oye una voz que decía. Este es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido: á él escuchad. Entónces fué quando los Apóstoles empezáron á penetrar el misterio que se obraba á su vista: en este instante conociéron lo que no habian comprendido ántes: á saber, la asombrosa diferencia que habia entre Jesu-Christo, Elías y Moyses. Este es mi Hijo. Los otros habian sido llamados los siervos y los ministros, y no habian sido enviados á Israel sino como sus precursores; y así la voz calla en quanto á ellos. Este es el amado. Moyses y Elías fuéron amados de Dios; y habiéndose dignado aprobar su fidelidad, hon-

ró su zelo, y recompensó sus virtudes extendiendo su misericordia al punto de hablar con ellos con la familiaridad de un amigo; pero todo este afecto fundado sobre la conformidad mas perfecta, no convenia sino al Hijo. En una palabra, los Judíos tenian la obligacion de escuchar á Moysés y los Profetas. Dios miraba como un ultrage personal, y una injuria hecha á su poder el desprecio que se hacia de sus siervos, autorizados para intinar sus órdenes á toda la Judea; pero delante de Jesu-Christo calla el universo entero. Moysés dexa de publicar las ordenanzas de otra ley de servidumbre y de muerte delante del Legislador de la ley de la libertad, y de la gracia: Ellas ya no profetiza á la presencia de aquel para quien la obscuridad de los tiempos nada tiene de secreto y de oculto, porque su reyno no debe tener fin. El silencio de estos dos grandes hombres á la vista del nuevo Doctor es el primer homenaje que se debe á su autoridad, y el modelo de la atencion que tiene derecho de exigir de todos los siglos. Sí, hermanos míos, tenemos necesidad absoluta de escuchar á Jesu-Christo. Si alguno quiere enseñar sin ser depositario

de su autoridad, y estar revestido de su mision, es un ciego que solo puede formar otros ciegos y precipitarlos en el abismo. Por tanto es indispensable oír su voz ántes de enseñar su palabra: debemos escuchar á Jesu-Christo, y alimentarnos habitualmente de su palabra santa: instruirnos de las máximas de su Evangelio: meditar todos los dias este libro precioso; y conformar á él nuestras costumbres. Debemos escuchar á Jesu-Christo: es decir, prestar á sus Pastores y Ministros el oído mas atento y mas dócil, reconocer la legitimidad de su mision por la prontitud de nuestra fé, y caminar llenos de confianza en pos del resplandor de la antorcha que presentan. Debemos escuchar á Jesu-Christo: es decir, desconfiarnos de todos los que se sientan en la cátedra de la pestilencia, y aun quando para seducirnos mejor se transformasen en Angeles de luz, debemos acordarnos que no hay mas que una fé, cuyo principio es Jesu-Christo, y un Evangelio de que Jesu-Christo es el Autor: que todo Doctor que se sale de esta regla invariable, mas que sea un Angel baxado del Cielo, segun la ex-

presión del Apóstol, no merece confianza ni crédito alguno; porque desmiente la doctrina, y contradice los oráculos del Supremo Hacedor. Debemos escuchar á Jesu-Christo, con relación sobre todo á la reforma de costumbres, porque su moral se ciñe particularmente á esta materia: es decir, que se han de adoptar esos principios de abnegacion, de mortificacion, y de penitencia, de que nos ha dado tantas lecciones y exemplos; que debemos llevar su cruz, y buscar, ó á lo ménos sufrir las humillaciones y los trabajos diciendo, anatema: á las falsas alegrías, á los consuelos criminales del siglo, porque sus exemplos sobre todos estos puntos nos hablan un lenguaje que no podemos desconocer: en fin, debemos escuchar á Jesu-Christo, aun quando hable de una manera opuesta, al parecer, á la caridad y á la sangre; y hacer callar desde entónces el espíritu de envidia y de division, el espíritu de orgullo y de amor propio, el espíritu de resentimiento y de venganza: en una palabra, debemos huir de toda pasion que ciegue el corazón, ó le haga sordo á la voz que el Padre nos

manda escuchar. No intento, hermanos míos, hacer un exácto analisis de la doctrina de Jesu-Christo, porque es demasiado extensa para sujetarla á un discurso; pero sí acordaros que el precepto que nos da hoy no sufre restriccion ni reserva alguna: es preciso, pues, escuchar á Jesu-Christo en todo tiempo, y siempre que nos hable, de qualesquier naturaleza que sean las verdades que nos dicte.

Pero los Apóstoles, ¿qué hacen á la vista de este nuevo espectáculo? Acaso prosiguen pidiendo á Jesu-Christo que fixe sobre el Tabor una morada permanente? No, hermanos míos: poco acostumbrados á oír la voz del Señor, cayeron sobre sus rostros, y tuvieron grande miedo. El corazón del hombre tiene siempre, Christianos, alguna cosa de incomprehensible. En un instante se le va pasar de la confianza al miedo, y en el mismo momento sucede la desconfianza mas justa á la presuncion mas irracional. Como estais inclinados siempre ácia el exceso, no podemos jamas persuadirnos que estos dos extremos son infinitamente peligrosos; pero que se pueden templar y arreglar el uno por el

otro. Si para ganar los grandes pecadores, les describimos y explicamos la misericordia de nuestro Dios: si les decimos para animarlos que su paciencia sobrepuja á su justicia: que su misericordia le inclina á disimular sus faltas: que un instante de arrepentimiento, de amor y de confianza basta, quando es vivo y sincero, para poner á cubierto á sus ojos una vida llena de desórdenes y de crímenes: si les hablamos, en efecto, de esta manera, la presunción se apodera de su corazón criminal: no bien han dado un paso para su conversión, ni hecho otra cosa que suspender algun tanto sus relaxadas costumbres; quando ya se creen firmes é inalterables en el camino que conduce á la santificación. Este es el primer exceso; pero hay otro opuesto á él que todavía es mas deplorable, y es el de esas almas tímidas y pusilánimes que se atemorizan de todo, y nunca se creen seguras. Si les representamos la justicia de Dios en todo su rigor; su cólera implacable contra el pecado; los grandes castigos que ha dado á los pecadores; el deleyte y la sensualidad vengados en la otra vida con tormentos incompre-

hensibles; la muerte siempre amenazante, y casi siempre imprevista; los juicios de Dios capaces de hacer secar de miedo al justo mas firme en la virtud; todas estas pinturas los desalientan y acobardan: abandonan la conversión, porque les parece imposible; y como los Apóstoles, caen sobre sus rostros al oír la voz del Cielo.

Sin embargo es evidente, hermanos míos, que la justificación exige así el temor saludable que detesta el pecado, y teme sus consecuencias, como la confianza filial que engendra la caridad en el corazón, y que dice en el fondo de una alma christiana lo que Jesu-Christo dixo á sus Apóstoles para animarlos. Levantaos, y no temais: y alzando ellos sus ojos, á nadie viéron sino solo á Jesus: y al baxar ellos del monte, les mandó Jesus, diciendo: no digáis á nadie la vision hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. Los Padres de la Iglesia, tratando de explicar estas palabras, dicen que la orden que intimó Jesu-Christo á sus Discípulos se dirigia á enseñarlos la necesidad de que precediesen los combates á la victoria, los trabajos al salario, los méritos á la re-

compensa, y las humillaciones á la felicidad y la gloria. Jesu-Christo quiere que testigos de sus persecuciones y su muerte, no dexen de pensar en la necesidad de seguirle en el penoso camino que les traza ántes de sentarse con él en el reyno que les prepara. Nosotros, hermanos míos, según la repugnancia invencible que manifestais para los trabajos de esta vida, debemos inferir que todo vuestro fin es destruir el orden: que quisierais ser felices sin tener estos trabajos: que desde luego renunciáis la felicidad que no se puede adquirir sino por este camino; y que os pareceis á muchos Christianos insensatos que no renuncian al Cielo, sino que se retiran de él en la práctica.

Acabo, mis hermanos, con una pregunta que nace de este Evangelio. Decidme ¿si el Cielo se abriese ahora á vuestros ojos para dexar salir un rayo de la gloria que se goza en él: si este altar rodeado de una nube luminosa se convirtiese por un instante en la imagen del Tabor, de suerte que Jesu-Christo se dignase manifestarse á vosotros con ese gran resplandor que trans-

porta el corazón de los Apóstoles, ¿pudierais los mas insensibles serlo á este espectáculo? Pero si Dios se dignase extender entónces su misericordia hasta persuadirnos que este rayo no manifiesta sino debilmente una felicidad que no es posible comprehender: que un torrente de deleytes, que un rio de delicias no tiene proporcion con tan débil imágen; y que esta felicidad que no se comprehende ni se manifiesta, es vuestra recompensa y vuestro término; ¿serian vuestros deseos tan frívolos y estériles como lo son? ¿Prefeririais la menor fortuna de la tierra á los bienes sólidos del cielo, ó conservaríais la esperanza de poseerlos sin poner diligencia alguna para adquirirlos? El Dios del Tabor y del Calvario nos va, Christianos, á dar la importante leccion de lo que debemos hacer. ¿Podeis beber el cáliz que yo beberé? Como si dixese: ¿teneis el espíritu de sumision y de valor que no mira á los trabajos y á las aflicciones sino como medios de salud, y efectos de la voluntad del Señor? ¿Teneis todo el desprendimiento de las cosas terrenas que se requiere para imponer silencio al orgullo, á la insen-

sualidad y á la impenitencia? ¡ Ah! si vuestro corazon no está bien asegurado de esta conducta, no sois á propósito para el Reyno de Dios. Yo quisiera, Christianos, penetraros á todos de los sentimientos que animaban al Apóstol San Pedro, y que quería inspirar á los Christianos en una de sus Epístolas: mis hermanos, les decia, estamos destinados á padecer por una vocacion inevitable; y así lejos de quejarnos de nuestra suerte, acordemonos que nuestros tormentos no tienen comparacion con la gloria que nos merecen: que multiplicando Dios nuestras penas, puede multiplicar sus socorros, nuestros méritos y consuelos: que nuestros trabajos no durarán mas que un instante; y que la vida mas larga nada es en comparacion de la bienaventuranza. Pero qué son estos trabajos ligeros y momentáneos entre las manos de un Dios que se digna recibirlos? Son un combate feliz que consigue la victoria: son una obra que encuentra su perfeccion en la paciencia: oxalá que esta perfeccion sea, mis hermanos, el objeto de nuestros deseos; porque de esta manera una plenitud de méritos nos

conseguirá una inmensidad de gloria por una eternidad. Así sea.

DOMINGO III.

DE QUARESMA.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS EPHESIOS,
cap. 5. v. 1. 9.

Hermanos: sed pues imitadores de Dios, como hijos muy amados: Y andad en caridad, así como Christo tambien nos amó, y se entregó á sí mismo por nosotros ofrenda y hostia á Dios en olor de suavidad. Por tanto, fornicacion, y toda impureza, ó avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene á Santos: Ni palabras torpes, ni necias, ni chanzas, que son impertinentes; sino ántes acciones de gracias. Porque habeis de saber y entender: que ningun fornicario, ó inmundo, ó avaro, lo qual es culto de ídolos, no tiene herencia en el reyno de Christo, y de Dios. Ninguno os engañe con palabras va-

nas; pues por esto viene la ira de Dios sobre los hijos de la incredulidad. No tengais pues cosa comun con ellos. Porque en otro tiempo erais tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Andad como hijos de luz: Pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, y en justicia, y en verdad.

INSTRUCCION.

La Iglesia, hermanos mios, en la eleccion que hace de esta parte de la Epístola á los Ephesios, nos quiere demostrar el interes que toma en la conversion de los pecadores que están en su seno. En efecto ella, si la meditamos atentamente, nos presenta motivos poderosos para convertirnos á Dios, y razones eficaces para temer su justicia, si perseveramos en los desórdenes tan opuestos á su santidad y su gloria.

El nombre de Santos con que honra el Apóstol á los Christianos les prescribe grandes obligaciones, y hace sus faltas mucho mas graves y peligrosas.

Aprendamos hoy la significacion de este nombre: veamos á qué precio lo hemos conseguido; las ventajas que nos asegura; los medios de mantener su dignidad, y los castigos que nos esperan si no correspondemos á él. Todas estas verdades se hallarán sucesivamente en las palabras de nuestra Epístola: pidamos al Señor que las traspase á nuestro corazon para reducirlas á la práctica: prestadme vuestra atencion.

Hermanos mios, sed pues imitadores de Dios. Este lenguaje habia sido enteramente desconocido hasta los dias del Apóstol San Pablo: en efecto nadie se hubiera atrevido á decir al mas fiel Israelita que se aplicase á imitar al Dios que le habia sacado del Egypto. El Señor no se manifestaba entonces sino con rasgos de grandeza, de poder y de justicia; pero en la ley del amor, Dios no se hace conocer sino por los efectos de una inmensa caridad, y esta es la primera de las virtudes que nos propone hoy el Apóstol quando nos dice que seamos los imitadores de Dios. Esta es la primera, ó por mejor decir, la única obligacion de todos los Christianos. Los Judíos eran siervos y

esclavos, y así no les convenia copiar exáctamente las acciones de su dueño; pero nosotros, que somos los hijos muy amados, debemos ser en todo tiempo las copias fieles, y las imágenes vivas de aquel Padre que se ha dignado adoptarnos; pero debemos conducirnos á su semejanza, segun las reglas de la caridad: y como seria imposible estudiar las obligaciones de esta virtud en la conducta de un Dios siempre inaccesible al espíritu humano, nos ha dado á Jesu-Christo, su Hijo, revistiéndole de nuestra naturaleza, y haciéndole en todo semejante á nosotros. Este Hijo animado de los mismos sentimientos que su Padre, nos ha amado con un amor tan tierno, que ha querido entregarse por nosotros en sacrificio, haciéndose nuestro modelo por este acto de su generosidad y de su amor.

Esta reflexión del Apóstol, hermanos míos, debe darnos una grande idea de la caridad: Dios mismo es el que la ha exercitado en el mundo, y de tal manera que se ha entregado por los pecadores. Esta caridad le hace á los ojos de la Magestad Divina una víctima agradable. Esta caridad es el

fundamento de la ley que trae á la tierra. ¡O, virtud preciosa que haces al hombre verdaderamente divino, semejante á Jesu-Christo, y capaz de inmortalarse por Dios y por su hermano, y ser, aunque indigno, hostia de propiciacion por sus propios pecados, y víctima agradable ante el Soberano Juez! Por tanto, Christianos, si este espíritu os anima, ni aun se nombre entre vosotros fornicacion, y toda impureza ó avaricia. El Apóstol nombra con preferencia estos dos desórdenes, porque habiendo de inspirar la caridad, quiere apartar los vicios que más la combaten. La caridad es con relacion á Dios una virtud, por la qual le amamos, y por la que preferimos su gloria á quanto hay en el mundo: de suerte que por su amor sacrificamos los mas vivos placeres, y domamos las pasiones mas violentas. El pecado que aquí nombra el Apóstol, y que quiere desterrar de entre los Christianos, es el que ataca mas directamente la gloria de Dios, su santidad y magestad suprema; es el que obra con mas fuerza sobre el corazón del hombre; el que forma en él las pasiones mas vivas, cuyo sacrificio

es por consecuencia tan difícil como necesario. Un Christiano dominado por este vicio vergonzoso no tiene un ápice de caridad, y está muy distante de ser imitador de un Dios que carece de toda mancha, y de caminar sobre las huellas de Jesu-Christo, que no ha conocido el pecado.

La caridad contiene tambien otra obligacion con relacion al próximo; á saber, un sentimiento de justicia y de benevolencia que nos lleva á procurarle el mismo bien que á nosotros, á compadecer sus penas, á aliviarlas quando podemos y á respetar sus intereses como los propios nuestros; de modo que jamas tomemos ó retengamos lo que sea suyo, sino que al contrario le demos de lo nuestro quando nuestra situacion de lo nuestro quando nuestra situacion nos lo permita. La avaricia es el segundo desórden que nombra el Apóstol, y el mas opuesto á todas estas obligaciones. Esta pasion produce la injusticia, y por consecuencia disipa los escrúpulos que suelen ocurrir algunas veces quando se quieren invadir los bienes del próximo. Esta pasion produce la dureza de corazon, y de aquí proviene el ver con la mayor indife-

rencia sumergido en el abatimiento y la miseria al infeliz sin dar un paso para su socorro. La caridad desaparece entónces del corazon, porque en efecto, ¿cómo será posible que el avaro ame á su próximo? El solo se ama á sí mismo; rehusa hasta las cosas mas necesarias; desfallece, y sufre las mayores incomodidades ántes de hechar mano á sus tesoros para remediarlas. El Apóstol increpa con razon estos dos vicios, como que son los mas opuestos á la caridad. ¿Un Christiano avaro será imitador de un Dios, que no cesa de derramar con liberalidad los dones de la gracia y de la naturaleza? ¿Caminará sobre las huellas de Jesu-Christo, de quien se dice en el Evangelio que por donde quiera que pasase, dexaba señales de su bondad?

El Apóstol condenando estos vicios acuerda á los Christianos su primera vocacion, y les advierte que estos desórdenes no convienen á los Santos. Este nombre de Santos que les atribuye, muestra bien la idea que se habia formado de un Christiano. En efecto él es santo por su origen, y descende directamente de Jesu-Christo, que le

da con el nombre de Christiano una justicia, y una santidad completa en el Bautismo, purificándole de todas las manchas del pecado. Tambien es santo en sus obligaciones, y así la oración, la adoración, la alabanza y la acción de gracias debén haer sus delicias, y ser los únicos recursos de que se valga en sus necesidades, santificándose con la elevación de su corazón á Dios, el tiempo que se ocupa en el trabajo, y las necesidades de la vida. Asimismo es santo en sus esperanzas, y así debe caminar continuamente ácia el término de la santidad, y aspirar á un tiempo en que libre de la mortalidad y de la naturaleza, goze de una pureza y de una gloria inalterable. Todo pues predica la santidad á un Christiano que se estudia á sí mismo; y por tanto debería entrár dentro de sí siempre que el demonio procurase seducirle, para considerar lo que exige tan honrosa qualidad. Entónces se contendría muchas veces á la vista del consejo del Apóstol: debemos obrar como conviene á Santos.

¿Quántas palabras se excusarian, hermanos míos, si en efecto obrasemos

conforme á este principio? Ni palabras torpes, ni necias, ni chanzas, que son impertinentes se vean entre vosotros. Temblemos al ver que el Apóstol pone en el número de las cosas que prohíbe á los Christianos hasta las palabras mas frívolas, á saber, aquellas que no tienen otro crimen que carecer de la sabiduría, y de la gravedad que conviene á un Christiano, y que se profferen muchas veces sin otro objeto que el de entretener y dar sal, como se dice, á las conversaciones. Hay Christianos castos en sus costumbres, incapaces de decir una palabra que ofenda el pudor y la honestidad; y que sin embargo no tienen escrúpulo de arriesgar muchas inútiles, poco juiciosas, pero sazonadas con lo que se llama bufonada y chiste. Estos, hermanos míos, son reprehensibles, y no dudo asegurarlos así, segun el Apóstol. Quando se conozcan bien las obligaciones del Christiano, se conocerá tambien quán opuestas son las palabras inútiles é insípidas al espíritu que debe animarlo. ¿Y qué diré de esas palabras indiscretas dichas sin tiempo, y dictadas por un espíritu burlesco? Este es un defecto que el

Apóstol reprueba hoy, y que merece todavía mas atención que el primero. La burla y la sátira están desterradas de todo trato donde reyna un poco de honestidad y de respeto. ¿Y podrá según esto permitirselas un Christiano? ¿Podrá desconocer todo el mal que hace sea extendiendo el ridiculo sobre el próximo, sea excitando su cólera, sea suscitando disputas, que se hacen muchas veces interminables? Por tanto, hermanos míos, vivid muy prevenidos contra esta costumbre que se adquiere sin sentir. Nuestro amor propio nos hace notar con facilidad los defectos ajenos mientras que estamos enteramente ciegos sobre los nuestros. En ocasiones basta un pensamiento agradable para sacrificar el respeto y la consideración que debemos á las personas mas distinguidas y virtuosas. El satírico y chancero habla ordinariamente con precipitación, sin detenerse en el valor de las palabras; y así quando ménos piensa se le escapan ciertos dichos que, aunque por su parte no lleven malicia ni otro fin que sazonar la conversacion, sin embargo son una sátira mortal que hiere inmediatamente,

y que le atrae á el mismo un ódio irreconciliable. Las palabras, hermanos míos, vuelan tan rápidamente como el tiempo. Una sátira corre al instante de boca en boca, y una vez gravada en el corazon, con dificultad se desarrayga. Desterrad pues las burlas de vuestras conversaciones, y hablad solo de acciones de gracias, como dice el Apóstol.

Si quereis, Christianos, reflexionar sobre las bondades de Dios para con vosotros, tendreis materia continua de conversacion. Debeis animaros mutuamente á la práctica de la virtud con la memoria de las gracias que dispensa Dios, y recordaros los buenos exemplos que os pone á la vista, las instrucciones que os procura, y las aflicciones que padecéis; pero para esto debeis estar tambien animados de otro espíritu que el que comunmente os hace obrar. Es preciso gustar las cosas de Dios, estar bien desprendidos de todas las pasiones, y sobre todo de aquellas que habla el Apóstol diciendo: habeis de saber y entender, que ningún fornicario, ó inmundó ó avaro, lo qual es culto de ídolos, no tiene he-

rencia en el Reyno de Christo y de Dios. Pero qué tan detestable es la avaricia que merece compararse con la idolatría? Un Christiano entregado á los deseos de la carne, ó al amor del dinero, ¿es tan culpable como aquel que hace un ídolo de piedra ó de palo para darle un culto que solo se debe al verdadero Dios? Hermanos míos, mas fácil me sería excusar la idolatría, aunque tan detestable, que las pasiones deshonorosas que nombra aquí el Apóstol. Un ídólatra ama sus falsos Dioses, porque ha recibido este culto de sus padres; pero el impúdico y el avaro encuentran en la corrupcion de su propio corazon el principio de estos vicios odiosos, y se hacen ellos mismos el ídolo que quieren adorar con desprecio del verdadero Dios. El ídólatra, aunque ciego en su idolatría, conserva por otra parte las reglas de la providad y de la honradez; pero el voluptuoso y el interesado sacrifican á sus pasiones las obligaciones mas esenciales de la religion y de la misma humanidad. El ídólatra está muchas veces ménos distante del Reyno de Dios, que el esclavo de las riquezas y de la

carne; pero todavía hay otro motivo que hace sensible la comparacion entre el ídólatra y el Christiano entregado á las pasiones que el Apóstol condena, y es la seduccion. Este es el camino por donde se ha propagado la idolatría, y por el qual ha dominado quasi todo el mundo. El exemplo y las palabras de los padres persuaden á sus hijos, y se trasmite el culto sacrílego por este medio de familia en familia; pero este exemplo y estas palabras son aun mas peligrosas con relacion á la impureza y la avaricia; y así el Apóstol procura fortalecer á los Christianos contra este género de seduccion, diciéndoles: ninguno os engañe con palabras vanas; y para enseñarlos á que esten vigilantes, les advierte que por estos vicios viene la ira de Dios sobre los hijos de la incredulidad; porque todo Christiano que se entrega á su passion, dexa de creer en Dios, ó á lo ménos obra como si no creyese en él.

Acordémonos, pues, hermanos míos, nos dice el Apóstol, de nuestra vocacion. En otro tiempo erais tinieblas: si Dios en estos tiempos desgraciados nos hubiera abandonado, estaríamos ahora

como otros muchos que carecen de toda esperanza: mas ahora sois luz en el Señor, y así andad como hijos de luz. Si aplicásemos, hermanos míos, estas palabras al mayor número de los Christianos, ¿encontráramos muchos que participasen de esta luz?

Dios mío, de ti es de quien viene esta luz, y á ti debemos su acrecentamiento: haz que andemos siempre como hijos de luz, es decir, en el camino que conduce á tu gloria: y pues que los frutos de la luz son la bondad, la justicia y la verdad, dadnos esa paciencia que por nada se altera; esa sabiduría á quien no seducen vanos raciocinios; ese amor de la verdad, que por nada se conmueve; y haz que hallemos en tí nuestra luz en el tiempo, y nuestra paz en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS
cap. II. v. 14. 28.

En aquel tiempo: Estaba Jesus lanzando un demonio: y este era mudo: y quando hubo lanzado al demonio, habló el mudo, y se maravillaron las gentes. Mas algunos de

ellos dixéron: En virtud de Beelzebub príncipe de los demonios, lanza los demonios. Y otros por probarle, le pedían señal del cielo. El, quando vió los pensamientos de ellos, les dixo: Todo reyno dividido contra sí mismo, será assolado: y caerá casa sobre casa. Pues si Satanás está tambien dividido contra sí mismo, ¿cómo estará en pie su reyno? porque decís, que yo lanzo los demonios por virtud de Beelzebub. Pues si yo por virtud de Beelzebub lanzo los demonios, ¿uestros hijos por quién los lanzan? Por esto serán ellos jueces de vosotros. Mas si en el dedo de Dios lanzo los demonios, ciertamente el reyno de Dios ha llegado á vosotros. Quando el fuerte armado guarda su atrio, en paz están todas las cosas, que posee. Mas si sobreviniendo otro mas fuerte que él, le venciere, le quitará todas sus armas, en que fiaba, y repartirá sus despojos. El que no es conmigo, contra mí es: y el que no coge conmigo, espárese. Quando el espíritu inundo ha salido de un hombre, anda por lugares secos

buscando reposo: y quando no lo halla, dice: *Me volveré á mi casa, de donde salí. Y quando vuelve, la halla barrida, y alhajada. Entónces va, y toma consigo otros siete espíritus, peores que él, y entran dentro, y moran allí. Y lo postrero de aquel hombre es peor que lo primero. Y aconteció, que diciendo él esto, una muger de en medio del pueblo levantó la voz, y le dixo: Bienaventurado el vientre que te traxo, y los pechos, que mamaste. Y él dixo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan.*

INSTRUCCION.

No hay un vicio, hermanos míos, que ponga mas obstáculo á la santificación que la preocupación y la envidia. ¿Por qué otra causa Israel, testigo tantas veces de los milagros de Jesu-Christo, tiene la desgracia de endurecerse y de desconocerle? ¿Por qué otra causa los Fariseos abusan del prodigio de que les habla en el Evangelio de este día para

tratarle como un seductor que trae todo su poder de Beelzebub, príncipe de los demonios? Hermanos míos, ellos estaban impresionados de las primeras ideas que se habian formado del Mesías: estaban preocupados contra su persona á causa de la obscuridad de su origen, de la pobreza de sus padres, y de su simplicidad exterior: estaban ofendidos de la oposicion continua que manifestaba Jesu-Christo entre su conducta y sus acciones; y así se dexan arrastrar de la prevencion y de la envidia.

El remedio de la ignorancia es la propagacion de las luces, el odio cede á los beneficios; pero la preocupación se mantiene firme contra los testimonios mas públicos y sensibles. Vereis á Jesu-Christo en el santo Evangelio que multiplica sus milagros: que se hace mas accesible al pueblo: que habla á todos con miramiento y con bondad; que se comunica á los Fariseos, aun los mas encarnizados en perseguirle: que frecuenta sus casas: que se sienta en sus mesas; y sin embargo no vereis que estos hombres abran los ojos y le hagan justicia. Temamos, pues, Christianos, que nos sorprenda la envidia y la

preocupacion. Acordémonos, que uno de los caracteres mas esenciales de un Cristiano es la simplicidad. Desconfiémonos de ese espíritu de orgullo que quiere profundizarlo todo, raciocinar sobre todo, y juzgar indiscretamente de quanto se le pone delante. Nosotros pertenecemos á Dios por todo lo que somos, y no podemos agradarle, sino quando juntamos á la sunision del corazon la simplicidad del espíritu. Procuremos, pues, fortalecernos en estas disposiciones, meditando el Evangelio de este dia, que es en extremo útil é interesante. Prestadme vuestra atencion.

La enfermedad que se presenta hoy á Jesu-Christo era de muy distinta naturaleza que las demas que habia curado. En otras ocasiones habia lanzado los demonios, habia dado oido á los sordos, y lengua á los mudos; pero hasta ahora no se le habia presentado un enfermo que reuniese estos tres accidentes.

Los Evangelistas estan acordes en hacernos notar que este era un artificio del espíritu de las tinieblas para abstraerse del poder de Jesu-Christo; como si el Autor de la naturaleza misma no tuviese poder para hacerse oír

de las criaturas mas insensibles. Expliquemos estas primeras palabras del Evangelio. Estaba Jesus lanzando un demonio, y éste era mudo. Todo pecador está baxo del imperio del demonio, pues que siempre obra por sus inspiraciones, y se presta á los movimientos que le sugiere: hablo de los pecadores, cuya voluntad consiente formalmente en el mal. Sin embargo, todo pecador no es sordo ni mudo en el momento que se entrega á la iniquidad. Quando empieza á darse al pecado, todavía oye el grito de la conciencia, se atemoriza de la voz que se levanta entre sus mismos desórdenes, y habla el lenguaje de la conversion y la penitencia. Quando Jesu-Christo habla, bien sea por el medio de secretas inspiraciones, ó por sucesos maravillosos y extraordinarios, ó por el órgano de sus ministros, aun hace su palabra algun efecto: el pecador á lo ménos se asusta y se conmueve; y si no se convierte, forma proyectos y deseos de conversion y de salvacion. Pero por el contrario él se ve reducido al estado de este hombre del Evangelio quando ha llegado á formar costumbre, y quando se ha fami-

liarizado con el crimen. Entonces habla Dios, y no se le oye: se explica la conciencia, y no se escucha. El hombre ya no sabe llorar su estado ni solicitar el remedio; ya no puede resistir la impresion de las pasiones de que se ha hecho un vil esclavo. Tiemblen, hermanos míos, aquellos que ahora experimentan los tristes efectos de este estado; y aunque no es tan desesperado que carezca absolutamente de remedio, temed, pecadores, sus funestas consecuencias: hoy sana Jesu-Christo á este hombre tanto para vuestra instruccion, como para vuestro consuelo; y mediante que con tanta generosidad le libra de sus enfermedades, tambien puede restituir el uso de todas las facultades que habeis perdido por el pecado.

El primer movimiento que produce este triple milagro en el pueblo es un sentimiento de admiracion; pero como siempre se hallan espíritus orgullosos que, ó nada quieren creer, ó se avergüenzan de pensar como los demas hombres, este milagro sufrirá tambien sus contradicciones. Hay algunos que no se atreven á combatir y á atacar la verdad; pero tampoco examinan el

principio y la causa de ella. Si no hubiesen presenciado los Fariseos el prodigio que se acaba de obrar, hubieran empezado por negarlo absolutamente, ó por ponerlo en duda, atribuyendo la fama de esta maravilla á la credulidad del pueblo, que se dexa sorprehender facilmente; pero ellos han sido testigos del estado de este hombre, y ahora lo son de la mudanza que se obra en él por la palabra del Salvador. ¿Cuál será, pues, el partido que tomen para disminuir en el espíritu del pueblo la autoridad de este milagro? Algunos de ellos dixeron: en virtud de Beelzebub principe de los demonios lanza los demonios. ¡Qué dignos son, hermanos míos, de compasion aquellos que han formado la costumbre de contradecir las obras santas y las acciones mas loables! ¿Por qué causa no han de convenir en el bien quando es evidente y sensible? ¿Por qué formarse el principio de no alabarlo jamas? Hablo con ciertos espíritus duros y feroces, insufribles por temperamento y por orgullo, y para quienes nada es sabio y útil sino lo que han pensado ó executado. ¡Ah, Christianos! Si estais animados por la cari-

dad, ¿debeis conocer otros intereses que los de Dios, los de la verdad y la virtud? Aquellas cosas que miran á la gloria del Señor, al engrandecimiento de su reyno, y á la edificacion de vuestros hermanos ¿no merecen vuestra atencion y vuestros elogios? Rezelosos siempre del pecado ¿no debeis alabar todo lo que lleva la marca y el carácter de la virtud? Pero llevemos adelante el discurso, porque Jesu-Christo guarda, segun parece, silencio sobre esta primera acusacion. Entre la multitud que le rodea hay algunos demasiado temerarios que le piden, para probarle, señales del Cielo: como si el lanzar un demonio, dar oido á un sordo, y lengua á un mudo, no probasen sobradamente la extension de su poder. Jesu-Christo había ya respondido á semejante peticion, haciéndolos notar un prodigio que debian ver despues, aunque con la mayor indiferencia: á saber, á Jonas, conservado milagrosamente por tres dias en el vientre de la ballena, y vuelto á la vida, figura de su sepultura y resurreccion. Hoy, pues, le acusan de que lanza los demonios en virtud de Beelzebub, y para combatir esta insi-

diosa acusacion, se sirve de un principio incontrastable. Todo reyno, les dixo, dividido contra sí mismo, será assolado, y caerá casa sobre casa. Jesu-Christo, sin detenerse á oír su respuesta, les hace otra pregunta mas sensible todavia. Si yo, les dice, por virtud de Beelzebub lanzo los demonios, vuestros hijos ¿por quién los lanzan? ¿Acaso por Dios, ó por el demonio?

Esta es la única vez que se habla en el santo Evangelio del poder concedido á los hijos de los Hebreos de arrojar los demonios. Para ilustrar este pasage me parece conveniente daros una idea del origen de este poder. Salomon por la sabiduría que el Señor le había comunicado, había adquirido conocimientos superiores á todos sus antepasados, y entre otros, el maravilloso secreto de lanzar los demonios, aplicando, dicen los Comentadores, ciertas plantas y oraciones, á las cuales había concedido el Señor esta virtud. Dios quiso tambien que este poder se transmitiese solo á los niños, porque la inocencia y la simplicidad de su corazon les hacian superiores á todos los demas para mandar al demonio; y así nos re-

fiere el Historiador Josefo muchos prodigios de esta especie de que fué testigo, y que Jesu-Christo mismo confirma con estas palabras: vuestros hijos ¿por quién los lanzan? He aquí, hermanos míos, las palabras y las razones poderosas de que se vale Jesu-Christo para convencer á este pueblo incrédulo; pero él las desprecia cada vez mas obstinado. Si á lo ménos su silencio fuese un testimonio de su docilidad, todavía pudiera disculpárseles; pero ellos no callan sino para meditar nuevos sofismas, y así Jesu-Christo falla su condenacion, diciéndolos: por esto serán ellos jueces de vosotros. Quantas veces, hermanos míos, podríamos dirigir á los padres y madres esta amenaza: vuestros hijos serán vuestros jueces. Sí, padres ciegos y contemplativos, que con el pretexto de no contristar á vuestros hijos, dexais crecer en ellos las disposiciones mas criminales, y toleráis que se fortalezcan en las inclinaciones mas corrompidas. Sí, padres arrebatados y coléricos, que por un exceso enteramente contrario, apagais en el corazon de vuestros hijos las semillas de la virtud que el Señor habia sembrado en ellos, y les poneis

el yugo de una dependencia insoportable. Sí, padres ambiciosos y emprendedores, que no aspirais sino á elevar á vuestros hijos á estados superiores á vuestra propia fortuna, para los quales no han recibido ni disposiciones ni talentos. Sí, padres escandalosos, que sois con vuestros exemplos los primeros corruptores de vuestros hijos. Ellos serán jueces de vosotros. No esperarán, no, para pronunciar su sentencia y condenacion, el dia de la manifestacion universal. Desde ahora mismo con sus graves desórdenes, con su escandalosa altanería, con el desprecio y la ingratitude con que pagan vuestros cuidados, os increpan el abuso de la autoridad paternal, y la mala educacion que han recibido.

Jesu-Christo parece debia suponer que los Judíos, por mas incrédulos que fuesen, dexarian su incredulidad á la fuerza de tales razonamientos, y así les dice: si en el dedo de Dios lanzo los demonios, ciertamente el Reyno de Dios ha llegado á vosotros. Como si dixese: yo no lanzo los demonios en nombre de Beelzebub, porque sería temeridad pensar que el demonio trabajase

en destruir su propio imperio. Vuestros hijos hablan en nombre de Dios quando mandan á ese espíritu. ¿Pues por qué os obstinais en cerrar los ojos sobre los efectos de su poder, mientras que el Reyno de Dios está en medio de vosotros? Jesu-Christo prueba la existencia de este Reyno con la comparacion siguiente. Quando el fuerte armado guarda su atrio, en paz están todas las cosas que posee: mas si sobreviniendo otro mas fuerte que él, le venciere; le quitará todas sus armas, en que fiaba, y repartirá sus despojos. Christianos presuntuosos, este fuerte armado es el demonio: Jesus, al darle este nombre, ha querido enseñarnos á temerle; pero al mismo tiempo advierte á los Christianos tímidos que este otro hombre mas fuerte que él, es Jesu-Christo mismo, el qual ha querido tomar esta qualidad para fortalecer su confianza. El demonio es el fuerte armado; pero ya que somos tan frágiles y débiles, no intentemos combatirle con nuestras propias fuerzas. El demonio es muy hábil para defender sus conquistas, y procura mantener su calma peligrosa en el alma á quien ha dominado; pe-

ro si quereis sacudir este yugo, llamad en vuestro socorro al mas fuerte y mas poderoso que él: llamad á Jesu-Christo, y éste os ayudará á quitarle todas sus armas, y á repartir sus despojos. El que no es conmigo, contra mí es; dice despues Jesu-Christo; y el que no coge conmigo, esparce. Meditad, hermanos míos, atentamente estas palabras. ¡Qué desgracia para un Christiano no estar con Jesu-Christo, pues que en él está nuestra fuerza, nuestra salvacion, y nuestra vida! Pero ser contrario á Jesu-Christo, tener á Jesu-Christo por enemigo, es el colmo de las desgracias. No digais, mis hermanos, que haceis bastante con absteneros de esos vicios vergonzosos que degradan la humanidad, y que podeis permitirlos sin peligro algunas flaquezas que no llegan á corromper el fondo del corazon. Yo en este caso solo quiero haceros una pregunta: ¿estais con Jesu-Christo quando llenos de orgullo y de amor propio sois insensibles á la necesidad de vuestros hermanos, quando os alejais de la mortificacion y de la cruz, quando tenais vuestra sensualidad en las comidas, quando teneis una exquisita delicadeza

y refinamiento en los vestidos; quando os dexais llevar á la crítica, la maledicencia y la mentira, y sois tímidos y lánguidos en el servicio de Dios? ¿Reconoceis en estos defectos alguna conformidad con Jesu-Christo? No creo, hermanos, que llegué á tanto vuestra temeridad: la conciencia misma seria entónces quien os arguyese. Pues sin embargo de esto vivis en oposicion con Jesu-Christo, porque no hay medio en estos dos extremos, ó con él, ó contra él. ¿Queréis saber, mis hermanos, cuál es el peligro de una vida que sin ser abiertamente criminal, es del todo inútil á los ojos de Dios? Escuchad vuestra condenacion, almas frias, perezosas y pusilánimes: el que no coge conmigo, espárcese, dice Jesu-Christo: esto es, yo siembro en la aflicción, en la amargura, en la penitencia, para recoger en la alegría: vosotros sembráis en la delicadeza, en los placeres, en la abundancia, y así no recogéis sino en la amargura: yo enseñé á llevar la cruz, á contradecir los apetitos, á caminar en el camino estrecho, y éste es el camino único que indico para llegar á la vida: vosotros teméis las aflicciones, rehusáis

los trabajos, satisfacéis vuestras inclinaciones; pues ya renunciáis á la corona. Jesu-Christo pasa insensiblemente del espíritu al corazón: al espíritu le habla con razonamientos sólidos; y ahora va á hablar al corazón con verdades poderosas y eficaces; y en esta conducta me parece, hermanos míos, que ha querido indicarnos el orden que debemos seguir en la reforma de los vicios. Hay algunos pecadores que quieren acreditar en el mundo sus talentos, afectando un ayre de incredulidad y de duda sobre todas las materias de Religion. Quando vienen á nuestros tribunales, ó bien instados de sus remordimientos, ó porque la necesidad de las circunstancias lo exige así, la primera idea que nos dan de su estado es una manifestacion de todos los principios de incredulidad, para probar que no sin razon se han dexado seducir. Ellos se imaginan que vamos á hacer del tribunal de justicia un lugar de controversia, y se engañan ciertamente. Jesu-Christo nos enseña hoy la conducta que debemos tener en estos casos. Despues de haber hablado á su espíritu lo que se necesita para conocer el origen de su

incredulidad, quiere que pasemos prontamente á su corazón, y que les probemos que los errores que padecen en sus opiniones, y en la creencia de los divinos misterios son efectos de sus enormes vicios. Aquellos, pues, hermanos míos, que llevando una vida desarreglada y anti-christiana experimentan violentas dudas sobre la Religión, estudien la situación de su corazón, y verán por sí propios que si estuviese bien ordenado, no se mantendría mucho tiempo el espíritu en sus incertidumbres: y como éstas regularmente se reproducen por las frecuentes recaídas en el pecado; Jesu-Christo combate estas reincidencias con las siguientes palabras. Quando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares secos buscando reposo: y quando no lo halla, dice: me volveré á mi casa de donde salí.

Pecadores que me escuchais, vosotros que con ocasion de este tiempo santo de penitencia deseais la conversión, y prometéis volveros á Dios, si el Señor os concede la gracia suficiente para vivir segun las reglas que ha establecido en su Evangelio, acordaos que aunque el Ministro pronuncie la

sentencia de reconciliación y de gracia, no lo habeis hecho todo sin embargo. El fuerte armado habrá salido de vuestro corazón; pero no habrá renunciado tentaros y perseguiros, y á medida que vuestra alma sea mas pura, que sean mas generosos vuestros esfuerzos, y mas sólidas vuestras resoluciones; él manifestará mas solicitud para encadenaros otra vez. Me parece que estoy oyendo á este leon infernal rugir al rededor de nuestros sagrados tribunales en estos dias de penitencia, y vomitar contra los pecadores esta terrible amenaza: yo me haré dueño de esos corazones de donde se me quiere arrojar: ellos no vivirán siempre en el fervor: los Ministros no estarán á su lado continuamente para exhortarlos é instruirlos: pasarán estas fiestas, y los misterios no les harán impresiones tan sensibles. Yo entonces me aprovecharé de su flaqueza para vencerlos. Jesu-Christo, hermanos míos, nos hace una exacta descripción de los medios de que se valdrá este enemigo para sorprendernos, á fin de que los evitemos con toda vigilancia. El fuerte armado esperará el momento en que vuestra al-

ma purificada de todas sus manchas, ya no respire sino un olor de santidad y de justicia; y para asegurarse mas de su victoria, traerá consigo otros auxiliares. Se transformará en Angel de luz, empleará la hipocresía, la mentira y la seducción, multiplicará los artificios, estudiará las inclinaciones mas favoritas de vuestro corazon, no perdonará diligencia ni fatiga, tomará consigo otros siete espíritus peores que él, y para conservar su costosa conquista, entrarán dentro del corazon, y fixarán allí su morada.

Qué fácil es, hermanos míos, reconocer en esta pintura el efecto que produce el pecado de reincidencia, el qual es mas fácil de preservar que de curar. En lugar de una pasión de que el hombre era esclavo, le asaltan los vicios mas vergonzosos. ¿No vemos por exemplo pasar un intemperante del exceso del vino á la pasión de la carne; de este desorden á las perfidias, á las enemistades, á las venganzas; de estos crimines á la impenitencia final, y de la impenitencia á los infiernos? ¿La causa de tantas desgracias no es la recaída? Por tanto nos dice Jesu-Christo, que

el estado postrero de este hombre es peor que el primero. Dexo para una instruccion particular el fixar vuestra atencion sobre este pecado; y paso á explicar las últimas palabras del Evangelio. Jesu-Christo habia hablado de una manera tan enérgica, que una muger que se hallaba presente levantó la voz, y le dixo: bienaventurado el vientre que te traxo, y los pechos que mamaste. Notad, hermanos míos, que hallándose siempre en todas las instrucciones de Jesu-Christo muchos de los Scribas, Fariseos y Doctores; es decir, gentes capaces de reconocer la fuerza de sus racionios, y elogiarlos como merecian, callan sin embargo, ó no hablan sino para contradecirle; y es una muger quien levanta su voz para alabarle. Nosotros, hermanos míos, esperemos tambien mas consuelos en el exercicio del ministerio de la palabra santa de las almas mas simples y limitadas, que de los Christianos mas ilustrados é instruidos. ¿Quántos, por exemplo, de los que nos escuchan piensan honrar al Ministro con su presencia, y que les somos deudores del trabajo que se toman para oírnos? ¿Quántos hay que retienen muchas de

las verdades que les predicamos, ó para examinar su sentido, ó para dárselo conforme á sus vicios? ; Quántos que hacen comparaciones odiosas entre los Ministros con el fin solo de parecer inteligentes? ; Sabeis á quienes debemos buscar si somos los Ministros de Jesu-Christo? Pues no es á los que nos alaban, sino á los que alaban al Dios que predicamos: no á los que bendicen el vientre que nos ha traído, es decir, que no estiman sino el exterior y la corteza del ministerio: que no atienden sino al talento, á la facilidad, y á mil otras gracias que Dios no concede á todos; sino que bendicen por sus obras al Dios que nos envía. ; Qué responde Jesu-Christo á esta muger quando le dirige estas palabras: bienaventurado el vientre que te traxo, y los pechos que mamaste. Antes bienaventurados, la dice, los que oyen la palabra de Dios, y la guardan. Sí, hermanos míos, felices los que la escuchan, y los que se hallan en un pueblo donde se presenta de tantas maneras, y baxo formas tan diferentes; pero los unos la desprecian, y otros se disgustan de ella. Hay pocos Christianos que no sacrifiquen con gusto á una

instruccion su reposo, sus negocios y placeres; pero oír esta palabra, y olvidarla es una misma cosa: recibir de la boca del Ministro una regla de conducta, ó la condenacion de sus obras; separarse del bien y afirmarse en el mal, es una de las mayores desgracias que pueden acontecer al hombre. Al contrario el colmo de la felicidad consiste en retenerla y practicarla.

O, Dios mio, pues que el Pueblo, cuya instruccion me habeis confiado, es fiel á su primera obligacion; haced que tambien lo sea para todas las restantes, y que ya que con su asistencia frecuente á la palabra santa manifiesta el amor y el respeto que la profesa, pruebe asimismo este amor con sus obras, y que sea por ellas vuestra gloria y nuestro consuelo en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

DOMINGO IV.
DE QUARESMA.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS GÁLATAS,
CAP. 4. V. 22. 31.

Hermanos: Escrito está: Que Abraham tuvo dos hijos, uno de la sierva, y otro de la libre. Mas el de la sierva nació segun la carne; y el de la libre, por la promesa: Las quales cosas fueron dichas por alegoría. Porque estos son los dos testamentos. El uno ciertamente en el monte Sina, que engendra para servidumbre: este es Agar: Porque el Sina es un monte en la Arabia, que tiene enlace con la que ahora es Jerusalém, la qual sirve con sus hijos. Mas aquella Jerusalém que está arriba, es libre; la qual es nuestra madre. Porque escrito está: Alégrate la estéril, que no pares: esfuérzate y da voces, la que no estás de parto: porque son muchos mas los hijos de la

de Quaresma.

71

desolada, que de aquella que tiene marido. Y nosotros, hermanos, somos hijos de la promesa segun Isaac. Mas como entónçes aquel que habia nacido segun la carne, perseguia al que era segun el espíritu; así tambien ahora. ¿Pero qué dice la Escritura? Echa fuera á la sierva, y á su hijo; porque no será heredero el hijo de la sierva con el hijo de la libre. Y así, hermanos, no somos hijos de la sierva, sino de la libre; con cuya libertad Christo nos hizo libres.

INSTRUCCION.

Entre todas las verdades, hermanos míos, la mas desconocida, pero la mas esencial y necesaria á los Christianos, es el espíritu de su vocacion. Nosotros pertenecemos á Jesu Christo por la fe, sin conocer ni atender á la excelencia de la gracia que hemos recibido, y las obligaciones que se nos imponen. El Apóstol San Pablo se sirve en la Epístola de este dia de una

comparacion que nos hará muy sensible esta verdad. El paralelo que hace entre la Ley antigua y el Nuevo Testamento; entre los derechos que daba la ley escrita, y los que la ley Evangélica nos asegura, debe inspirarnos el respeto mas profundo á la alianza que hemos hecho en el Bautismo, y el reconocimiento mas sensible á Jesu-Christo, nuestro Legislador. Tengamos presente, hermanos míos, que poniéndonos delante la Iglesia en este tiempo de penitencia esta Epístola, quiere enseñarnos que no hay momento mas propio que él para renovar el espíritu de nuestra vocacion, porque no hay otro alguno mas á propósito para gemir y espantar las faltas que hemos cometido contra ella. Entremos por tanto en sus intenciones, y estudiemos nuestras obligaciones y derechos.

Escrito está: Que Abraham tuvo dos hijos, uno de la sierva, y otro de la libre. Este hecho de la Historia de los Patriarcas sirve de fundamento á la instruccion que San Pablo dirige hoy á los Gálatas; y aunque ya les supone instruidos en ella, considera sin embargo como esencial el conocimiento de todos

los hechos que el Espíritu Santo nos ha conservado en las divinas escrituras. La primera consecuencia que debemos deducir de esta reflexion, es que estando el Antiguo Testamento lleno de figuras, las quales tienen su cumplimiento en el Nuevo, importa infinitamente á los fieles estar instruidos de ellas, á fin de aplicarlas con mas facilidad. Segunda, la lectura diaria de los libros santos debe hacer todo el consuelo de los fieles en la tierra, porque en ellos ven sus derechos, sus esperanzas, sus obligaciones y recursos. Tercera, esta lectura aunque nos procure tantos consuelos, y sea tan necesaria, no está libre de peligro. El espíritu particular nunca debe conducirnos, ó á la eleccion de los libros que han de servir de alimento á nuestro corazon, ó á la aplicacion de los hechos históricos, ó morales que el espíritu de Dios nos presenta en ellos; sino que un respeto profundo, una perfecta docilidad, y una santa moderacion deben conducir ó detener, sostener y animar esta lectura.

Los dos hijos de Abraham eran de un origen muy diferente: el primero

de la esclava, el segundo de la libre. Ambos eran el objeto del amor de este Patriarca; pero tenían distintos derechos. La herencia, las esperanzas y las promesas pertenecían exclusivamente al hijo de la esposa verdadera, mientras que el hijo de la esclava debía estar separado de la casa paternal, y reducido á gozar los pocos bienes que el padre quisiese separar del todo de la casa.

Esta figura suministra al Apóstol San Pablo la materia de una instrucción muy útil, y en ella nos representa desde luego las dos alianzas de una manera muy sensible. La ley dada en el monte Sinai, por mas santa que fuese, solo podía formar esclavos. El aparato mismo, bajo el qual se promulga, manifiesta bien que la intención del Legislador era intimidar al Pueblo, á quien quería someter: manifiesta asimismo que el miedo es el medio mas fuerte para asegurar su felicidad, y que las recompensas temporales son tambien los medios mas eficaces para contenerle en la obediencia de los preceptos. Por tanto está llena esta ley de ordenanzas, de reglamentos y de observancias legales, y en ellas se cas-

tigan las menores faltas con penas muy sensibles.

Es verdad que se encuentran baxo esta ley hombres admirables, y dignos de los bellos dias del christianismo. Un Moyses, á quien el Apóstol llama fiel servidor en la casa de Dios, y que saca del seno de Dios mismo las instrucciones que debe dar á su Pueblo: un Samuel que se hace por sus eminentes virtudes el ornato de la casa de su Dios, la luz de Israel, y el conductor de los Reyes: un David que por la dulzura de su reynado, y por su amor á la ley de su Dios, es la figura del Reyno pacífico del Mesías, de cuya casa debe traer su descendencia: los Elías, los Eliseos, los Danieles, los Esdras, los Machábeos, los Bautistas, son hombres todos que por su eminente santidad, su fidelidad inviolable, su valor, su penitencia y humildad, eran muy á propósito para anunciar la ley de gracia; pero aunque gozaban tantos privilegios, venían á ser en este Pueblo carnal como unos fenómenos que mostraba Dios de lejos para su instrucción y edificación. El resto de la nación dedicado al culto del verdadero Dios por miras y

causas temporales, contenido muchas veces con castigos visibles, y sujeto á las ceremonias legales, limitaba su culto á ciertas exterioridades, sus sacrificios á la inmolation de algunas víctimas, y su fidelidad para con Dios á la práctica de las ordenanzas de su ley. No por esto quiero decir que no hubiese en este Pueblo Israelitas fieles que alimentados con la lectura de los Profetas, no hiciesen de la venida del Mesías el objeto de sus deseos, el motivo de sus esperanzas, y el principio de su alegría. Es de fe, mis hermanos, que en la ley antigua además de la fidelidad á los preceptos y á las ceremonias, se requería la fe en el Mesías prometido en Israel; pero esta creencia era muy confusa por la distancia de los tiempos, por el modo figurado con que se explicaban los Profetas, y por las sombras que servían á preparar su venida. Además, los Judíos encontraban también mucha oposición en las profecías mismas. Dios era llamado en unas el leon de la tribu de David, y en otras se le miraba como un gusano imperceptible de la tierra: aquí se le consideraba como el dominador de las naciones, cuyo reyno no tendría

fin; y allí como el hombre de dolor que debía ser confundido entre los malvados. Esta obscuridad é incertidumbre era la mas propia para purificar su fe; pero el abuso que hicieron los conduxo á la ceguedad y la incredulidad. De esta manera vemos cumplida en toda su extension la alegoría del Apóstol. La sinagoga está figurada por la hija de la esclava, y no entrará en la posesion de la herencia, será arrojada de la casa, andará errante y vaga en el desierto de esta vida, se verá sin recurso, porque estará sin culto, sin sacrificio, sin altar y sin Dios; pero sin embargo no se verá entregada á un abandono eterno: vendrá tiempo en que la consolará el Angel del Señor, y el amor paternal la restablecerá en los derechos de que había sido despojada por su ingratitude. Roguemos, hermanos míos, al Padre de misericordia que acelere los dias de esta reconciliación: que no olvide que Israel es su Pueblo, y el primogénito de sus hijos; y que si el titulo de esclavo le ha hecho odioso á sus ojos, se digne asociarle á la adopcion que ha merecido Jesu-Christo para todos. Esta ley se llama por tanto ley de libertad

y de gracia. La ley de Jesu-Christo muy diferente de la que escribe Moyses sobre dos tablas, está agravada en los corazones: aquí es donde ella inrima sus preceptos: desde aquí conduce y dirige no la mano ó los pies para hacer actos de religion puramente exteriores y sensibles, para ir á Jerusalem ó á la montaña, sino la voluntad para adorar en verdad y en espíritu.

El amor es el primer sentimiento que inspira esta ley. Ella nos hace mirar á Dios como un Padre: los socorros que nos concede y las gracias que derrama sobre nosotros, como efectos de su amor, y la gloria de que goza, y que nos prepara, como nuestra propia herencia. Esta ley nos enseña que esta herencia es el premio de un amor que lo pospone todo á Dios, que nada ama sino en Dios, por Dios, y conforme á las intenciones de Dios; un amor de sacrificio que todo lo renuncia segun los diferentes designios de Dios; un amor constante que nunca se disgusta, ni de que Dios tarde en oírle, ni de las pruebas que hace. El amor de esta ley santifica todas las acciones, que tienen por objeto la religion: el amor es el alma de ellas,

el amor es quien ruega, el amor es quien da gracias, el amor es quien ofrece el sacrificio, y mientras que por un exceso de amor el Hijo único de Dios se sacrifica sobre nuestros Altares, cada Christiano se sacrifica tambien con él por la caridad que le anima, y se hace segun la expresion de la Iglesia una sola hostia con Jesu-Christo. El amor purifica aun aquellas acciones que en alguna manera pueden ofender al culto del verdadero Dios. Todas las obras de la vida, y las obligaciones del estado en que la Providencia nos ha puesto, aun las mas contrarias al espíritu de recogimiento y de oracion, se santifican por la caridad, bien sea refiriéndolas á Dios, ó apartando de ellas todos los obstáculos, ó haciéndonos buscar unicamente la gloria de Dios y nuestra propia santificacion. La caridad, hermanos míos, es la que santifica hasta las disipaciones de un Christiano. Ella es quien le prescribe esa moderacion que contiene sus placeres en los límites mas estrechos de la honestidad y la decencia. Este amor es quien le hace no buscar en sus gustos y comodidades sino el remedio de

su flaqueza, y el medio de renovar sus fuerzas para aplicarse con mas constancia y fidelidad á sus órdenes. Feliz pues el Christiano que sigue exáctamente estas leyes: él gozará esa dichosa libertad que Jesu-Christo nos ha merecido. Pero, Christianos, el temor tan conocido en la ley Judaica está por ventura desconocido baxo el imperio de Jesu-Christo y de su gracia? Infeliz de mí; hermanos míos; si para dar valor á la ley de la libertad, quisiese inspiraros ó el desprecio ó el abandono de un sentimiento que la Escritura nos presenta como un don del Espíritu Santo, como un medio de santificacion y un principio de justicia. El temor es santo, útil y necesario al pecador para separarle de sus pecados, y al justo para preservarle de caer, y que esté vigilante. Pero qual es el temor propio de la ley de la libertad? San Agustin dice: que es aquel que penetra el corazón de los impíos para preparar la entrada de la caridad. Este temor es saludable, dice el Concilio de Trento, y el Espíritu Santo es el que le infunde en aquellos corazones, donde aunque todavia no habita, quiere prepararse una

morada. Este temor no justifica; pero dispone para recibir la gracia de la justificacion: éste no es propiamente el temor de los niños; pero lo es de aquellos, que habiendo dexado de serlo, trabajan por volverse á este estado. Si el temor servil hubiese de reynar en un corazón, la ley de gracia le desconocería enteramente; y por eso le ocupa el temor de los niños, el qual es el compañero y defensor de la caridad. Este temor filial consiste en temer el pecado, porque Dios lo detesta; en velar continuamente sobre sus mandamientos, en hacer á Dios testigo de todas nuestras acciones, y en huir con santo horror todo lo que puede menoscabar la fidelidad que hemos consagrado á nuestro Dios.

Este paralelo de la esclavitud y de la ley de gracia nos ha privado, hermanos míos, de la explicacion de las otras verdades de nuestra Epístola; pero procurémos suplirla meditando y estudiándolas, y tengamos presente que nos dice el Apóstol que no somos los hijos de la esclava, sino de la libre, con cuya libertad Christo nos hizo libres.

Esta libertad nos ha sacado de la

esclavitud del demonio, el qual ya no tiene derecho sobre nosotros sino quando le demos entrada. Esta libertad nos proporciona en el seno de la religion todos los socorros necesarios para domar nuestras pasiones y reprimir las inclinaciones de nuestro corazon. Ella en fin nos ha dado el derecho inalienable á un reyno donde se goza de una paz inalterable por toda una eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 6. v. 1. 15.

En aquel tiempo: Pasó Jesus á la otra parte del mar de Galilá, que es de Tiberiades: Y le seguia una grande multitud de gente, porque veian los milagros que hacia sobre los enfermos. Subió pues Jesus á un monte: y se sentó allí con sus discípulos. Y estaba cerca la Pascua, dia de la fiesta de los Judíos. Y habiendo alzado Jesus los ojos, y viendo que venia á él una tan gran multitud, dixo á Phelipe: ¿De dónde comprarémos pan, para que coman estos? Esto decia por probarle: porque él sabia lo que ha-

bia de hacer. Phelipe le respondió: Doscientos denarios de pan no les bastan, para que cada uno tome un poco. Uno de sus discípulos, Andres, hermano de Simón Pedro le dixo: Aquí hay un muchacho, que tiene cinco panes de cebada, y dos peces: ¿mas qué es esto para tanta gente? Y dixo Jesus: Haced sentar la gente. En aquel lugar habia mucho heno. Y se sentaron á comer, como en número de cinco mil hombres. Tomó pues Jesus los panes: y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados: y asimismo de los peces, quanto querian. Y quando se hubieron saciado, dixo á sus discípulos: Recoged los pedazos, que han sobrado, que no se pierdan. Y así recogieron, y llevaron doce canastos de pedazos de los cinco panes de cebada, que sobráron á los que habian comido. Aquellos hombres, quando vieron el milagro que habia hecho Jesus, decian: Este es verdaderamente el Profeta, que ha de venir al mundo. Y Jesus quando entendió, que habian de venir para arrebatarle, y

hacerle Rey, huyó otra vez al monte él solo.

INSTRUCCION.

Solo es propio de Jesu-Christo, hermanos míos, es decir, de aquel que ha venido á ser el Maestro y el Doctor de los hombres, el reunir en un solo suceso de su vida todo quanto puede servir para nuestra instruccion; y así con toda seguridad podemos convidar á todas las condiciones y estados de la vida para que mediten nuestro Evangelio, bien seguros de que les proveerá de reglas las mas ciertas y fáciles para trabajar en su santificacion. Los ricos hallarán los principios de una commiseracion justa, y de la limosna bien distribuida; y los pobres aprenderán las reglas y los motivos de su confianza en la Providencia del Señor. Aquellos que por su empleo estan encargados de instruir y formar á los demas en los caminos de la virtud, encontrarán en el exemplo de Jesu-Christo los medios de hacer eficaces sus documentos é ins-

trucciones. Los inferiores tomarán aquí las reglas de su obediencia y docilidad, y los Ministros del Evangelio podrémos en una palabra presentar á los justos los motivos de su perseverancia, y á los pecadores las razones de su confianza y de su conversion.

Nada prueba mas la Divinidad de Jesu-Christo que este suceso tan sabiamente dirigido. En él se ve su misericordia, por los sentimientos que le enternecen y conmueven: su Providencia, por los recursos milagrosos que emplea para proveer á la subsistencia de tan gran multitud: su gracia por el reconocimiento que la inspira: su ciencia, por su cuidadosa y oportuna fuga, quando entendió que habían de venir para arrebatarle y hacerle Rey: su justicia, por el secreto discernimiento que hace de sus disposiciones; y en fin, se ve que él es el dueño de los sucesos mas interesantes, y de los movimientos mas secretos del corazon.

Una sola cosa me sorprende, hermanos míos, despues de este milagro obrado á la vista, y en favor de una multitud tan considerable, y es que Jesu-Christo pudiese entrar otra vez en

la obscuridad de una vida oculta y desconocida para el resto del universo. Si nosotros, hermanos míos, no hacemos de este milagro mejor uso que el pueblo que le presenció; si su impresión es tan pasajera; somos ciertamente culpables, y dignos de la mayor compasión. Aquel que fecundiza los seres materiales y más insensibles, es á quien pertenece extender con santas inspiraciones los efectos de su palabra: pedidle, pues, esta gracia, y empecemos la explicación de nuestro Evangelio.

Innumerable pueblo seguía á Jesu-Christo, no por la solidez de sus instrucciones, y la santidad de sus exemplos, sino por los milagros que hacia con los enfermos. Es verdad que hablaba con toda la elegancia y vehemencia que se requería para fixar la atención de sus oyentes, y que vivía del modo conveniente para servir de modelo á todos los que buscaban la verdadera sabiduría; pero esto sin embargo influía muy poco sobre la multitud. Solamente los milagros son los que pueden interesar su curiosidad, y mover sus pasos. Esto mismo es lo que nos acontece á nosotros, hermanos míos. Todo lo que es

singular y extraordinario nos arrastra y nos mueve más que aquello que debería fixar nuestra atención y respeto. Los Ministros, por exemplo, que anuncian la divina palabra, aquellos que la Providencia os destina, con especialidad para vuestra instrucción; ¿son acaso los más oídos? ¿Aunque su doctrina sea la más pura, y su conducta la más irreprehensible, ¿se les oye con aquella docilidad y respeto que corresponde? Al contrario, si un Ministro desconocido llega de repente por sus talentos á ganar fama en un pueblo, ¿no corre á él la multitud atropellándolo todo, pareciéndole que le falta tiempo para oírle? La exactitud de la moral, la verdad y la pureza del dogma, la aplicación exacta de los principios de la Religión á las costumbres, pudieran á lo menos servir de pretexto para la desercion de nuestros templos; pero estos motivos son demasiado útiles para que se piense en ellos. La novedad, la singularidad, basta para arrastrar la multitud, y ésta es la causa, por qué el ministerio de tan grandes oradores es infructuoso y estéril comunmente. Mas útil y seguro sería, hermanos míos, el adoptar y se-

guir con sencillez los recursos y los medios que la sabiduría de Dios nos prepara.

Jesu-Christo sube á un monte, y habiendo alzado los ojos, vió que venia á él una gran multitud. Nuevo peligro para los que huyen de la demasiada sencillez de los oradores Christianos, y corren tras una eloqüencia pomposa y estudiada: ellos en efecto se exponen á no conocer la verdad sino de léjos. Colocada en un monte es ménos accesible: es cierto que hiere sus oídos, y que deslumbra sus ojos; pero sin embargo no toca ni convierte su corazón. Vosotros, hermanos míos, necesitais de verdades sensibles, de Ministros que penetrados de vuestras necesidades solo se muevan por el interés de vuestra salvacion, y que al exemplo de Jesu-Christo estudien los medios de aliviarnos. Esta es en efecto la única idea del Salvador quando ve tan gran multitud; pero como sabe que sus palabras no serian suficientes para interesarla, prepara su atencion con un milagro. ¿De dónde comprarémos pan, dixo á Felipe, para que coman estos? Notad, hermanos míos, que hablando Jesu-Christo á Fe-

lipe, hablaba á un Apóstol cuyo nombre debe sernos infinitamente respetable. Este Templo está consagrado á su invocacion, este pueblo está llamado á combatir baxo sus estandartes, y por tanto debemos una atencion especial á esta circunstancia de su vida. Yo, hermanos míos, desde que la Providencia me ha puesto entre vosotros, y á la vista de tantas necesidades y pobres que me rodean, me siento penetrado de confianza por un Santo á quien hace hoy Jesu-Christo participe del milagro de la multiplicacion, y por lo mismo me autorizo para dirigirle las mismas palabras, aunque en otro sentido. ¿De dónde comprarémos pan para que coman estos? Sí, gran Santo, tú fuiste el testigo de este recurso milagroso de Jesu-Christo, tú estás mas en disposicion que todos los demas para interesarte en las necesidades de tantos pobres. Si no concedes tu proteccion al Pastor y al rebaño, ¿en dónde hallarán medios de satisfacer tantas necesidades y miserias?

El Evangelio advierte, hermanos míos, que Jesu-Christo decia esto á Felipe por probarle. ¿Qué diferencia en-

tre este género de tentacion, y la que Satanás nos presenta cada momento. Dios, dice el Apóstol, no es un tentador capaz de llevarnos al mal, por medio de funestas inspiraciones. Si tienta, es para instruirnos: si prueba, es para afianzarnos en el bien: si algunas veces habla en términos de sorprehender al justo, hace por otra parte que la luz de la verdad disipe inmediatamente las tinieblas de la ignorancia y del error. Uno de los efectos de esta tentacion es afirmarnos en la humildad, enseñándonos á desconfiar siempre de nuestras fuerzas, y de nuestras luces, y convenciéndonos de que á solo él pertenece el saber lo que debe hacer, y cómo debe obrar. Nosotros, hermanos míos, nada debemos emprender por nuestra parte sin consultar al Señor, y entonces obraremos con seguridad y confianza. Las palabras de Jesu-Christo son muy propias para calmar la irresolucion de muchas almas que con demasiada facilidad se entregan á los escrúpulos, y que temiendo siempre, no se deciden sobre cosa alguna, sin reparar, que quando sus intenciones son puras, y por consequencia desean y bus-

can en todo la verdad, el estar siempre perplexos es tentar á Dios. Es cierto que sus acciones no deben ser precipitadas; pero una desconfianza excesiva y desarreglada es tambien una tentacion muy peligrosa. El Christiano con la ley de Dios en la mano, y la oracion en el corazon, sabe á exemplo de Jesu-Christo, lo que se ha de hacer.

La pregunta del Salvador hizo la mas viva impresion en Felipe, como se conoce de su respuesta: doscientos denarios de pan, le dixo, no les bastan para que cada uno tome un poco. ¡Quántos que me escuchan darian esta misma respuesta en una infinidad de circunstancias! Nuestros bienes, y nuestros medios no nos bastan, hubieran respondido: es decir, la imaginacion, ó ántes bien la codicia, aumentan nuestras necesidades hasta lo infinito. Pregúntese al mayor número de Christianos, porque tienen en tanto abandono el precepto de la limosna. Vereis que pronta está su respuesta. Nuestras rentas, el fruto de nuestro comercio y del trabajo apenas basta para nuestra subsistencia personal, para la manutencion de la familia, y para lo que exige la de-

cencia de nuestro estado : por otra parte es de tan corta entidad la que podríamos cercenar de nuestros bienes, que si se hubiese de repartir en tantos infelices, serviría de desprecio mas bien que de remedio. Hermanos míos, si Jesu-Christo hubiera cedido á la réplica de Felipe, ¿qué sería de este pueblo numeroso? ¿Cómo hubiera satisfecho su necesidad? Si los pobres que excitan nuestra atención todos los días, no tuvieran otros socorros que los de semejantes razonamientos, ¿no tendrían motivo suficiente para la desesperacion? Yo por mi parte, hermanos míos, me llenaría de amargura, si ya que no puedo remediar enteramente su necesidad, los abandono á todo el horror de su miseria. Estos pretextos y estas necesidades facticias no excusarán su crueldad, y el Señor en el día de las venganzas los arrojará de sí con la justa indignacion que merecen.

Parece que uno de los Apóstoles, testigo de la pregunta de Jesu-Christo, y de la respuesta de Felipe, quiere apoyar su desconfianza con otra reflexion mas desesperada todavía. Andrés, hermano de Simon Pedro, oyendo esta

conversacion, dixo al Salvador. Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces : ¿mas qué es esto para tanta gente? ¡Quántas reflexiones pudiera hacer Jesu-Christo á semejantes dudas! Pero desentendiéndose de ellas, quiere manifestar su poder en ocasion tan crítica, para sofocar los rezelos y la poca fe que habian manifestado los Discípulos. Haced sentar la gente, dixo Jesus. En aquel lugar habia mucho heno, y se sentaron á comer, como en número de cinco mil hombres. Tomó, pues Jesus los panes, y habiendo dado gracias, los repartió. ¿Pero de qué da gracias á su Padre? Da gracias, hermanos míos, en nombre de los ricos, de que Dios ponga en sus manos los medios de aliviar al pobre; y vosotros, ricos del siglo, os quejais continuamente de su importunidad. Da gracias en nombre del pobre, de que Dios que le aflige no le abandone á todo el rigor de su suerte; de que se digne extender su atencion y su cuidado hasta su baxeza, y proporcionarle recursos para alivio de su miseria; y vosotros, pobres, fatigais el cielo con murmuraciones, y porque Dios, así por

su sabiduría, como por su misericordia, no quiere daros el pan sino con medida, ya pensais estar autorizados para desconfiar, y dispensados de toda accion de gracias. La insensibilidad del cielo, y la dureza de los tiempos atribuida á vuestras disposiciones mismas. El hijo del cuervo que invoca al Señor, dice el Profeta, recibe el alimento que necesita, y los hijos de los hombres que le ultrajan con su perplexidad y su murmuracion, cierran y estrechan la mano liberal que está siempre pronta para derramar beneficios. Así ahora reparte los panes entre los que estaban sentados, y asimismo de los peces quanto quieren. La abundancia corresponde en efecto á sus deseos, y sobrepuja la esperanza de sus Apóstoles. Cada uno recibe tanto como pide su necesidad. ¡Qué ocasion esta, hermanos míos, para bendecir la Providencia, para adorar sus misterios, y publicar sus beneficios! Y qué dirémos, quando despues de haberse saciado la multitud, dixo á sus Discípulos: recoged los pedazos que han sobrado, que no se pierdan; y en efecto recogieron y llenaron doce canastos de pedazos de los cinco panes

de cebada que sobraron á los que habian comido? En este caso, y á vista de un milagro mayor, si cabe, que el primero, deberiamos exclamar con el Profeta: Dios mio, ¿deberé yo vivir á tu vista inquieto, y desconfiado, quando tu Providencia cuida de proveer á las necesidades de tus criaturas; quando abres tu mano, y todos los seres respiran saciedad y abundancia? La bestia mas feroz está convencida de tu beneficencia quando se abandona á tus cuidados. Solo el hombre infinitamente ménos racional desconoce esta verdad quando insulta tu Providencia con sus murmuraciones.

Almas christianas, á quienes la Iglesia dentro de pocos dias convidará á comer el Cordero Pasqual, no consideréis en esta misericordiosa atencion de Jesu-Christo sobre su pueblo sino la sombra de esa caridad que le ha empuñado á ser vuestro alimento en la Comunión santa. Aquí es donde las débiles apariencias del pan nos presentan la comida mas sólida y abundante: aquí es donde cada uno se sacia segun sus deseos, y el hambre de su corazon: aquí es donde se encuentran esas sobras

suficientes para satisfacer el hambre de los mas hambrientos y sensibles, despues de haber satisfecho hasta la saciedad vuestras necesidades actuales: aquí, al salir de este banquete, es donde habeis de tomar la resolucion que inspira hoy el reconocimiento á este pueblo. Aquellos hombres quando viéron el milagro que habia hecho Jesus, decian: éste es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo. Y Jesus quando entendió que habian de venir para arrebatarle y hacerle Rey, huyó otra vez al monte él solo.

El verdadero reconocimiento tiene, hermanos míos, dos efectos que le caracterizan, y son el sentimiento del corazon, y la expresion de las obras. Decir que amamos á Dios, y que somos sensibles al don de su gracia, y desmentir estas protestas con acciones opuestas á su ley y su espíritu; es hacer nuestro reconocimiento muy equívoco y sospechoso: esto es decir lo que dentro de pocos dias dirá una parte de este pueblo: no queremos que éste reine sobre nosotros. Jesu-Christo no se hubiera huido otra vez si viera disposiciones mas durables. Deseoso de esta-

blecer en sus corazones un reyno eterno y permanente: no huye de ellos hoy, sino porque sabe que todo el afán y la solitud que manifiestan para seguirle no debe durar mas que la memoria del beneficio.

Desconfiémonos siempre, hermanos míos, de esos reconocimientos pasajeros que se forman en un instante de fervor, y se destruyen á la menor tentacion. Quando nos levantamos de la mesa del altar, ó de la oración, y salimos de la Iglesia en las grandes solemnidades; quando acabamos de oír las instrucciones de nuestros Pastores, estamos llenos de buenas resoluciones y santos pensamientos; pero qué pronto se olvidan tantos proyectos de salvacion! qué breve los sacrificamos á las pasiones! En qué instante se escapa Jesu-Christo de un corazon que solo suspiraba, al parecer, por su reyno!

Jesu mio, no huyas de nosotros, ni te retires de un pueblo que te reconoce por su Rey. Tú que eres quien nos inspiras estas disposiciones, asegura su execucion y la posesion de tu reyno: haz que la verdad reine en nuestros labios: que la justicia santifi-

que nuestras acciones : que la caridad purifique todos los afectos del corazón ; y ya que servirte es reynar, según la expresion de uno de tus Santos: haz tambien que el infierno , envidioso de este reyno, no nos quite sus privilegios y derechos, y que este reyno temporal nos conduzca al que nunca tendrá fin. Así sea.

DOMINGO DE PASION.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS HEBREOS.
cap. 9. v. 11. 15.

Hermanos : Mas estando Christo ya presente, Pontífice de los bienes venideros, por otro mas excelente y perfecto tabernáculo, no hecho por mano, es á saber, no de esta creacion : Ni por sangre de machos de cabrío, ni de becerros, mas por su propia sangre entró una sola vez en el Santuario, habiendo hallado una redencion eterna. Porque si la sangre de los machos de cabrío y de los toros, y la ceniza esparcida de la ternera santifica á los inmundos

para purificacion de la carne: Quanto mas la sangre de Christo, el qual por Espíritu Santo se ofreció á sí mismo sin mancilla á Dios, limpiará nuestra conciencia de obras de muerte, para servir al Dios vivo? Y por esto es mediador de un nuevo Testamento ; para que interviniendo la muerte para expiacion de aquellas prevaricaciones, que habia debaxo del primer Testamento, reciban la promesa de la herencia eterna los que han sido llamados.

INSTRUCCION.

Hoy, hermanos míos, empieza la Iglesia á darnos la idea de la mas importante de las funciones del ministerio de Jesu-Christo. En otros tiempos del año nos le ha mostrado sucesivamente ya como el modelo que debemos seguir, ya como el Pastor que debemos escuchar : algunas veces como el médico que puede curarnos, y otras como un Dios compasivo con un gran poder para aliviar nuestros males. Hoy

nos le presenta al mismo tiempo como Pontífice, y como víctima. En otras circunstancias ha fixado nuestra atencion sobre sus instrucciones, sus prodigios, y sobre las acciones de su vida misma, aun las mas comunes; pero hoy nos habla solamente sobre su passion, sobre su muerte, y sobre el precio de su sacrificio; y como este objeto exige el estudio mas serio y detenido, ha consagrado todo el tiempo que falta hasta la Pascua, para ofrecerle á nuestra consideracion. En las palabras de la Epístola de este dia nos presenta, pues, el compendio de tan gran misterio. Meditémosle, hermanos mios, sin cesar, que aunque por sí es tan doloroso, nos ofrece tambien grandes consuelos y recursos.

El Apóstol llama á Jesu-Christo Pontífice de los bienes venideros, y este título nos manifiesta qual es el objeto de su ministerio. En efecto ha venido para reconciliar, para pacificar y juntar lo que estaba desunido por el pecado: ha venido para restablecer la gloria de su Padre, y restituir al hombre en todos sus derechos: ha venido para renovar una alianza que habia roto el peca-

do del hombre, y las condiciones para esta venida son por parte del hombre mismo, una promesa formal de no conocer, servir ni amar sino al Dios á quien ántes habia ofendido; y por parte de Dios son la promesa de su Reyno, la posesion de su gloria, y la union mas íntima. Estos son los bienes, los frutos y la alianza de que Jesu-Christo nos ha puesto en posesion en qualidad de Pontífice de los bienes venideros. Por esta causa ha ido á tomar en nuestro nombre posesion de ese reyno, que es el Santuario de la Divinidad; pero sin embargo no ha entrado sin sacrificio; y como los Hebreos en el culto establecido por Moysés tenian la figura mas perfecta de este sacrificio, les va ahora á explicar por ella el efecto y el precio de este sacrificio mismo.

Para inteligencia de esta figura, acordados, hermanos mios, de lo que tantas veces habeis leído en el Antiguo Testamento. Moysés construyó por disposicion divina en el desierto un lugar donde el pueblo pudiese adorar al soberano Señor de todo lo criado. Este lugar fué destinado á los sacrificios, á las ofrendas de las primicias de los fru-

tos y de los animales, y á todos los otros actos del culto que Dios habia establecido para recibir los homenajes de su pueblo. Este lugar estaba compuesto de diferentes partes que todas tenian su uso particular. Habia un puesto destinado para las purificaciones, y era el mas distante del recinto del Tabernáculo: otro lugar habia para la oracion, y estaba tambien separado del de los Sacrificios: habia altares para las diferentes suertes de ofrendas; y un lugar mas interior que el resto del Tabernáculo, llamado el Santo de los Santos. Este lugar, infinitamente terrible, estaba cerrado con un velo, que lo separaba de aquel en que se ofrecian comunmente las víctimas. En este Santuario, impenetrable para todos, ménos para el gran Sacerdote, habia puesto Moysés, segun la voluntad de Dios, el Arca de la Alianza. Aquí sentado el Señor sobre los Querubines, segun la expresion de la Escritura, expresaba sus oráculos, oia los clamores de su pueblo, ó le amenazaba con los azotes de su cólera. La ley mandaba al Sacerdote con pena de muerte que no entrase en el Santuario sino una vez al año, despues de muchas purificaciones

y sacrificios, y siempre con la sangre de la víctima en la mano. Ved la figura mas característica del sacrificio de Jesu-Christo. El Hijo de Dios, Sacerdote desde la eternidad, y por consecuencia de un órden mucho mas excelente que el de Aaron, y de quien Melchisedech solo es una figura, desciende del Cielo; toma por la operacion del Espíritu Santo un cuerpo semejante al nuestro; vive por espacio de treinta y dos años en este Tabernáculo, ocupado siempre en edificarnos con sus exemplos, en socorrernos con sus milagros, en instruirnos con sus discursos, en protegernos con sus oraciones, en inmolarse continuamente con los oprobrios y persecuciones que padece; y despues de haber desempeñado el cargo de Pastor, de Profeta, de Xefe y de modelo, termina su vida con el ministerio de Pontífice, y de víctima; derrama por nuestros pecados hasta la última gota de sangre, y con ella en sus manos se presenta lleno de confianza delante de su Padre, y se hace un intercesor continuo por los pecadores. De esta manera cumple la figura que representaba el Gran Sacerdote, y vic-

ne á ser el Pontífice de los bienes eternos. Nada son los sacrificios de la antigua ley, comparados con el sacrificio de Jesu-Christo. Si la sangre, dice el Apóstol, de los machos de cabrío y de los toros, y la ceniza esparcida de la ternera santifica los inmundos, para purificación de la carne, ¿quánto mas la sangre de Christo, el qual por el Espíritu Santo se ofreció á sí mismo sin mancilla á Dios, limpiará nuestra conciencia de obras de muerte, para servir al Dios vivo?

¿Qué cosa habia en las víctimas de la antigua Alianza que pudiese compararse con el sacrificio del Testamento Nuevo? ¿La naturaleza? Pero los viles animales, las oblationes percederas, una sangre sin virtud, unos elementos mudos ¿podian acaso tener alguna proporcion con una carne formada por obra del Espíritu Santo de la sangre mas pura de una vírgen, unida substancialmente á la divinidad del Hijo de Dios?

¿Los efectos? Las víctimas del antiguo Testamento solo podian suspender la cólera de un Dios, y restituir al hombre impuro una pureza exterior y carnal; y la víctima de la nueva Alian-

za reconcilia el cielo y la tierra, vuelve al hombre la inocencia que habia perdido, y purifica las conciencias de las obras muertas del pecado.

¿La duracion? Las víctimas ofrecidas en Jerusalem solo debian subsistir durante los dias de la ley, y Dios anunciaba sin cesar su próxima abolicion. La oblacion pura, santa y sin mancha; la hostia pacifica, empezada desde el origen del mundo, se continuará hasta la consumacion de los siglos, y conservará su valor y su precio en la eternidad misma.

¿La extension? Jerusalem, la montaña, algunos lugares de la Judéa han sido destinados á los sacrificios judaicos, y la sangre de los machos de cabrío, y de los toros solo corria en Israel; pero la sangre del Hijo de Dios, derramada una vez en el Calvario, corre todos los dias sobre los altares del mundo entero, y la serie de los siglos no puede agotar el manantial, ni contener la corriente.

¿El precio? Pero si segun la expresion del Profeta, el hombre mismo inmolado por la salud del hombre, no hubiera mitigado la cólera del Señor, ¿de qué mérito seria á sus ojos la sangre

de los animales de la tierra, ó las primicias de sus frutos? La sangre que tiene entre sus manos el Pontífice eterno es de un precio infinito, por la union con la divinidad. Ni el número, ni la enormidad de los pecados pueden igualar su mérito; y ella basta, dice el Apóstol, para agotar ese torrente de iniquidades, que ha corrido desde el principio de los siglos, y que no dexará de inundar el universo hasta su fin.

Desapareced pues de nuestra vista, sacrificios indignos del Dios que adoramos: huid de nuestra presencia, Sacerdotes mortales y culpables: pueblo ciego y carnal, no confies ya en tus víctimas: tus altares y tu templo serán destruidos: tu culto será abolido: nuestro templo es el universo entero. Desde que el sol sale hasta que se pone el gran nombre de Dios es adorado de una manera digna de su grandeza: sobre nuestros corazones, que son sus altares, se ha derramado la sangre de la víctima; y quando la caridad los abrasa, el humo de su sacrificio sube hasta el trono de la misericordia como un olor agradable. Nuestro culto consiste en adorar en espíritu y en verdad. Uni-

dos íntimamente á aquel Señor, que es la misma verdad por esencia, tributamos nuestros homenajes en él, por él, y como él. Nuestro Sacerdote es eterno, Santo é irreprehensible. El ha conocido el pecado sin cometerlo, y lo ha vengado: él lleva sobre sí nuestras enfermedades y flaquezas, y las santifica: él compadece nuestras debilidades, instruye nuestra ignorancia, y no dexa de rogar por nosotros, intercediendo la virtud de su sacrificio, y la uncion de su espíritu. Nuestra víctima es santa, y su oblacion universal: ella reúne la virtud del holocausto, porque es perfecta la inmolacion; el precio de la víctima de expiacion, porque es pura y sin mancha; el mérito de hostia pacífica, porque es el objeto de las delicias del Altísimo; y así encontramos en ella esa diversidad de sacrificios, que deben ser ofrecidos al Señor, segun las diferentes necesidades del pueblo. Por tanto debemos, como el Apóstol, mirar á Jesu-Christo baxo el título de Mediador del Nuevo Testamento. ¡O qué dulce y capaz de sostener nuestra confianza es este título! En la ley antigua vemos á Moysés poderoso para con Dios; pero

á pesar de todo su crédito , le excluye de la tierra de Promision , y sus oraciones no son suficientes para que le conceda la entrada. Dios condena á perecer en el desierto á todos los Judíos que salieron del Egipto , y los ruegos y votos del Legislador son ineficaces para conseguir la abolicion de esta ley de muerte ; pero se presenta Jesu-Christo , Pontífice , víctima y mediador de la alianza nueva , y entónces queda abolida la sentencia , se abre la tierra de Promision , y el hombre baxo de sus banderas vive seguro de conseguir la posesion del reyno celestial. Pero no olvidemos en estos dias , mis hermanos , que interviniendo , como dice el Apóstol , su muerte , para expiacion de aquellas prevaricaciones que habia debaxo del primer Testamento , reciben los que han sido llamados la promesa de la herencia. Meditemos , pues , hermanos míos , el doloroso , pero saludable misterio de la cruz ; sigamos á nuestra víctima en los diferentes pasages de su sacrificio : recojamos con cuidado los exemplos que nos da , las lecciones que nos presenta , los recursos que nos prepara : hagamos sobre todo propio su sacrificio ,

no por una sensibilidad infructuosa y estéril , sino por la compuncion del corazon , por la detestacion del pecado , por la verdadera penitencia , y por un deseo y una resolucion firme de crucificarnos con Jesu-Christo , de inmolarlos en Jesu-Christo , y de ofrecernos por Jesu-Christo. De esta manera podemos , hermanos míos , aplicarnos el fruto del sacrificio y de la mediacion del Pontífice de los bienes venideros.

Dignaos , adorable víctima , Sacerdote Santo , puro y sin mancha , de asociarnos en estos dias á esta doble funcion de vuestro ministerio. Ya nos habeis hecho por el Sacramento de la adopcion un pueblo de Sacerdotes. Hacednos , por el ministerio de vuestra inmolacion un rebaño de víctimas : haced , que como Sacerdotes sacrifiquemos con valor todas nuestras voluntades , nuestras inclinaciones y deseos , y que como víctimas aceptemos con paciencia todos los trabajos que nos causan nuestros pecados , á fin de que hallemos en vos el mérito de nuestros sacrificios en el tiempo , y recojamos su fruto en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN,

cap. 8. v. 46. 59.

En aquel tiempo: Dixo Jesus al Pueblo de los Judíos: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? ¿Si os digo verdad, por qué no me creéis? El que es de Dios, oye las palabras de Dios. Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Los Judíos respondieron, y le dixéron: ¿No decimos bien nosotros, que tú eres Samaritano, y que tienes demonio? Jesus respondió: Yo no tengo demonio: mas honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado. Y yo no busco mi gloria: hay quien la busque, y juzgue. En verdad, en verdad os digo: Que el que guardare mi palabra, no verá muerte para siempre. Los Judíos le dixéron: Ahora conocemos, que tienes demonio. Abraham murió y los Prophetas, y tú dices: El que guardare mi palabra, no gustará muerte para siempre. ¿Por ventura eres

tú mayor, que nuestro padre Abraham, el qual murió, y los Prophetas, que tambien murieron? ¿Quién te haces á tí mismo? Jesus les respondió: Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria nada es: mi Padre es el que me glorifica: el que vosotros decís, que es vuestro Dios, y no le conocéis: mas yo le conozco: Y si dixere, que no le conozco, seré mentiroso como vosotros. Mas le conozco, y guardo su palabra. Abraham vuestro padre deseó con ansia ver mi día: le vió, y se gozó. Y los Judíos le dixéron: ¿Aun no tienes cincuenta años, y has visto á Abraham? Jesus les dixo: En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuese, yo soy. Tomáron entónces piedras para tirárselas: mas Jesus se escondió, y salió del templo.

INSTRUCCION.

La sabiduría y la moderacion de Jesu-Christo se exalta y se engrande-

ce, hermanos míos, á proporcion que se manifiesta la envidia de los Príncipes de los Sacerdotes y de los Fariseos. Estos hombres se habían propuesto seguirle por todas partes, estudiar sus pasos, pesar sus palabras, y aprovecharse quanto les fuera posible de todas las circunstancias de su vida para sorprenderle y condenarle. Jesu-Christo á vista de tanta malignidad parece que debía huirlos, ó á lo ménos callar delante de ellos; pero como entre todos los que le seguían eran estos los mas enfermos, se constituye en la obligación de trabajar con mas ardor para curarlos; y así los trata y los habla con mas frecuencia. ¿Pero por qué ha escogido la Iglesia este suceso del Evangelio para fixar nuestra atención sobre la muerte de su Esposo y nuestro Xefe? Las miras de nuestra Madre siempre son muy sabias, hermanos míos, y por eso ofrece á un tiempo á nuestra consideracion el primer insulto que sugiere á los Fariseos su malicia, y los últimos testimonios de su furor: por eso nos conduce desde la pérdida maquinacion de los Judíos, para encontrar culpa en Jesu-Christo, á la condenacion injusta del

inocente, y desde la parcialidad que le juzga, á la crueldad que le sacrifica. Nada me admiran los trabajos que ha sufrido Jesu-Christo á la vista de los insensatos raciocinios con que se intenta contradecir hoy la sabiduría de sus respuestas; y pues que nosotros, hermanos míos, tenemos en ellas y en las objeciones de la sinagoga todo quanto necesitamos para humillarnos é instruirnos, vamos á sacar el provecho de que son susceptibles.

¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Estas palabras con que empieza nuestro Evangelio no son de un amigo que pide á otro que le declare sus defectos, ni de un incógnito que se aprovecha de la obscuridad en que ha vivido para adquirirse una reputacion de justicia, que perderia inmediatamente que se le conociese de cerca. Un Dios hecho hombre, que desde que se manifestó al mundo ha hecho públicas todas sus acciones sin la menor reserva; un hombre de una vida irreprehensible es quien escoge por sus censores á sus mayores enemigos, y los desafía para que le arguyan de pecado. ¿Quién habia de pensar que estos hombres

dentro de pocos dias se sentasen en sus tribunales para juzgar al que no pueden hoy reprehender ; para acusarle con impudencia de delitos atroces y dignos de muerte , sin poder alegar la mas ligera prueba ; y para exclamar con el fin de intimidar al mas cobarde y débil de los Jueces , crucificalo , crucificalo ? Esta in-consequencia de conducta y de palabras nos parece ciertamente muy extraña , si paramos la consideracion en el tiempo y circunstancias en que la manifiestan ; ¿ pero nosotros no somos sus imitadores quando exercitamos contra el próximo la malignidad de nuestras reflexiones y de nuestros juicios ? Antes de condenar á nuestros hermanos , y de imputarles tan enormes faltas , ¿ no sería muy conveniente traer á la memoria las palabras de Jesu-Christo ? Para inculcar al próximo sus defectos , se requiere , hermanos míos , el derecho y la posibilidad de convencerle ; pero regularmente carecemos de uno y de otro , porque Dios no nos ha dispensado , ni la autoridad necesaria para juzgar , ni las luces suficientes para hacerlo con justicia ; y por tanto si el próximo no puede desafiarnos á con-

vencerle absolutamente de todo pecado , nos puede muchas veces provocar á probarle el que le imputamos por envidia y malignidad. Jesu-Christo puede entrar en este desafío , porque siempre habia anunciado la verdad en su conducta y sus palabras. Si os digo verdad , decía á los Fariseos , ¿ por qué no me creéis ? Esta objecion no tenia respuesta ; pero Jesu-Christo previene la que pudieran darle , diciéndoles : el que es de Dios , oye las palabras de Dios : por eso vosotros no las oís , porque no sois de Dios. Este dicho de Jesu-Christo recaia propiamente sobre los Fariseos que se obstinaban en reconocer la verdad ; pero vosotros , hermanos míos , ¿ estais libres de ser comprendidos en esta reprehension ? ¿ La palabra de Dios hace sobre vosotros impresiones saludables ? ¿ La oís con los oídos del corazón , esto es , con la humildad , la docilidad y el respeto que conviene á los hijos de Dios ? ¿ La oís quando os habla de un modo opuesto á vuestras inclinaciones y deseos ; y quando os prescribe ciertos sacrificios , por los cuales sentís la mas viva repugnancia ? Sabed que el que es de Dios , oye las palabras

de Dios. Sí, las oye, es decir, las gusta, se alimenta de ellas, se somete á ellas, y sobre todo las reduce á práctica; de manera que puede decirse á los Christianos, que con mas frecuencia asisten á nuestras instrucciones, quando contradicen con sus costumbres las verdades que les anunciamos: vosotros no las oís, porque no sois de Dios. ¿Qué diferente efecto es el de esta palabra con relacion á los que son de Dios, y á los que viven separados de él! Un Profeta la llama una ley pura y sin mancha: su efecto es el de convertir los corazones que le escuchan con respeto, y comunicar la sabiduría á los que son pequeños. De esta manera obra en las almas fieles; pero no así con los pecadores. Las verdades les ofenden quando combaten mas sus vicios, y fatigados de su fuerza se valen de las invectivas y de las blasfemias para desacreditarias. Jesu-Christo hace ver á los Judíos que solo pertenecen á Dios miéntras escuchan su verdad y su palabra; pero ellos en vez de sujetarse con docilidad, le respondiéron: no decimos bien nosotros, que tú eres Samaritano, y que tienes demonio? Estos

hombres sin duda son los que el Profeta considera en uno de sus Psalmos, quando dice: ¿por qué te ensalzas en la malicia, tú que eres poderoso en la iniquidad? Quando el pecador, hermanos míos, conoce su injusticia, y la conciencia se explica para reprehender el desórden, tiene aun grandes recursos para la salvacion; pero quando ya no siente remordimiento alguno, y se complace en su iniquidad, está muy cerca de su reprobacion eterna. ¿Pero qué respuesta va Jesu-Christo á dar á los Fariseos? Ella es en un todo conforme á su carácter de humildad, y no se dirige sino á disculparse de imputacion tan odiosa: yo no tengo demonio, responde: mas honro á mi Padre. Como si dixese: el demonio es el enemigo de Dios, y envidioso de su gloria trabaja sin cesar en destruir su culto; pero mi profesion es la de honrar á mi Padre. Aquí teneis, hermanos míos, el compendio de vuestras obligaciones. Honrar á Dios, es contribuir á su gloria por todos los medios posibles: honrarle en palabras, es bendecir su santo nombre, publicar sus maravillas, pagar su conocimiento y su culto, y

oponerse con zelo á todos los que quie-
ran combatir la religion ó la verdad:
honrarle en las obras, es cumplir su ley,
proporcionando al próximo todos los
medios que pueden conducirle á Dios,
separándole del mal, y encaminándole
á la virtud: honrar á Dios en su sub-
stancia es, segun la expresion del Profeta,
emplear cuidadosamente los bienes que
nos ha confiado, y llenar los designios
de la Providencia que los depositó en
nuestras manos: honrarle sobre todo en
el pobre que representa á Jesu-Christo,
consiste en no ser duros á su miseria,
ni cerrar los ojos á su necesidad.
Estas son las condiciones, hermanos
míos, con las quales podeis decir: hon-
ro á mi Padre. Pero Jesu-Christo dice
tambien á los Judíos: vosotros me ha-
beis deshonrado. El mayor ultrage que
se puede, hermanos míos, hacer á Dios
Padre, es desconocer á Jesu-Christo su
Hijo. Siendo como es santo, poderoso
y glorioso infinitamente por naturale-
za, no necesita de nuestros homenages:
juntos los pecados de todos los hom-
bres, no podrian de modo alguno tur-
bar la gloria y la felicidad que disfruta
por esencia; pero zeloso de nuestra sal-

vation ha escogido los medios mas pro-
pios para reconciliarnos, y ha llevado
su amor hasta el punto de darnos á su
Hijo único. ¿No deberá pues arrojar en
los dias de su furor al que haya mira-
do este medio con indiferencia y frial-
dad? ¿No deberá ofenderse de las in-
jurias que se hacen al mismo que ha es-
cogido por nuestro mediador? Velad,
hermanos míos, para que Jesu-Christo
no os reprehenda de esta suerte: hon-
radle, no con los labios, sino con el co-
razon: hónrele nuestro espíritu con un
estudio continuo de sus misterios y sus
bondades: hónrele nuestro corazon con
su amor y reconocimiento: honremosle
en nuestras obras con una imitacion sin-
cera. Todo lo que no es conforme á las
reglas de su Evangelio y á los exem-
plos que nos ha dado, es una ofensa
que hacemos á Jesu-Christo, que subi-
rá hasta el trono mismo del Padre que
le ha enviado.

Jesu-Christo se queja de que los Ju-
díos le deshonren; pero temiendo que
estos hombres naturalmente orgullosos
confundiesen esta reprehension con una
disposicion de vanagloria y de orgu-
llo, les dice: yo no busco mi gloria:

hay quien la busque y juzgue. Ved, mis hermanos, una verdad que muchas veces no hemos querido oír; pero debemos saber que quanto mas despreciamos nuestra propia gloria, tanto mas ciertos estamos de hallar una gloria permanente y sólida. Regularmente nos persuadimos que la humildad nos degrada, que un desprecio nos envilece, y que debemos hacer públicas nuestras acciones para que nos merezcan alguna satisfaccion; pero Jesu-Christo, más instruido que nosotros de lo que es la verdadera gloria y la sólida grandeza, no habla de sí mismo sino con mucha humildad, y fia en aquel que conoce el fondo de los corazones el cuidado de manifestar virtudes que no tienen precio, sino en tanto que merecen ser juzgadas. Por esto añade, el que guardaré mi palabra, no verá muerte para siempre. Como si dixese: las obras del hombre soberbio desaparecen con él: una accion que se hace con la mira de los aplausos y satisfacciones públicas, recibe su recompensa en este mundo, y apenas se alaba quando se olvida; pero aquel que solo obra por Dios, no quiere otro testigo que á Dios

mismo. El hombre que observando mi palabra sabe que, léjos de deshonorarse, cumple con la mayor y mas noble de todas las funciones, que es la de servir y honrar á su Dios; es digno de subsistir tanto como Dios, que es el principio, el objeto y el fin de sus acciones. Así hablaba, hermanos míos, un hombre á quien perseguía el espíritu de las tinieblas. A las invectivas de los Judíos opondre simples razones: sus discursos son humildes, pero sin embargo los Judíos le replican de nuevo, y le dicen: Ahora conocemos que tienes demonio. Jesu-Christo acaba de hablar de la observancia de su palabra, y de la inmortalidad que debe ser su recompensa: los Judíos le oponen el exemplo de Abraham y de los mayores Profetas, á quienes no puede tacharse, dicen, de haber desconocido la voluntad de Dios, y sin embargo murieron. La consecuencia que necesariamente se sigue de estas reflexiones, es que aquel que se atribuye el derecho de comunicar la vida por su palabra, es mas grande que Abraham; pero los Judíos, aunque conocian todo su valor, se sir-

ven de ella contra Jesu-Christo. Ellos ciertamente debian inferir que el que les hablaba era superior á todos los que le habian anunciado; pero sin embargo era mas conforme á sus intereses el inferir que el que se atribuia este derecho era un impostor que insultaba á los hijos haciéndose superior á su padre. ¿Eres tú mayor, le dicen, que nuestro Padre Abraham, el qual murió? ¿Qué diferencia tan notable, hermanos míos, entre Jesu-Christo y todos los personajes del antiguo Testamento! Jesu-Christo es el término de todas las promesas hechas á Abraham el Padre de los creyentes. La bendición que debia multiplicar su posteridad mas que las estrellas del firmamento y las arenas del mar, hubiera sido enteramente estéril si se limitase á que naciesen de sus descendientes hombres tan ciegos como estaba entónces el Pueblo Judío. Los elogios con que Dios mismo ensalzaba la fe de su siervo y su obediencia, hubieran sido de ningun mérito, si Jesu-Christo no fuese el único término de sus deseos y de sus votos; pero Abraham levanta sin dudar su valerosa mano sobre el mas tierno y el mas pre-

cioso de los hijos; y desde este momento sacrifica todo respeto humano, y toda consideracion temporal, porque sabe que todo lo que Dios exige es necesario; que todo lo que manda es justo; que todo lo que promete es cierto. Guiado por los principios de una fe viva é ilustrada, sabe que si debe perecer el que parece el heredero de las promesas, no puede dexar de manifestarse un dia aquel en quien todas las naciones deben ser benditas en la plenitud de los tiempos. En efecto le ve, le saluda y le adora desde léjos; y si guarda silencio sobre tan gran misterio, á lo ménos lo publica con su obediencia y sus obras.

¿Quién te haces á tí mismo? dicen los Judíos á Jesu-Christo: pero este Señor, sin variar de language, les responde. Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria nada es: mi Padre es el que me glorifica: el que vosotros decís que es vuestro Dios, y no le conoceis.

Notad, mis hermanos, que nada es mas equívoco en el language de la religion que los nombres de Padre, de Maestro y de Xefe, que damos á Dios, ó á Jesu-Christo, quando no se confor-

man las obras con ellos. El Christiano ménos fervoroso no se avergüenza de dirigir á Dios de tiempo en tiempo estas palabras, Padre nuestro; pero si se atienden y siguen todas sus acciones, pudiera replicársele: dices que es tu Dios, y no le conoces; esto proviene de que haces de Dios una divinidad ciega que no toma interes ni parte alguna en nuestras acciones; una divinidad insensible á quien se puede ofender impunemente; una divinidad injusta que pone los bienes de este mundo entre manos indignas de poseerlos; una divinidad impotente, que viendo al pobre en la indigencia, y afligido al miserable, no tiene poder para consolarle y socorrerle: esta ciertamente es la conseqüencia mas sensible que puede sacarse de vuestras obras. Hay muchos Christianos que se atreven á decir al Señor: hemos invocado vuestro nombre, os hemos llamado nuestro Dios y Padre; pero sin embargo les dirá en su día, yo no os conozco. Jesu-Christo dice por el contrario: mas yo le conozco: y si dixere que no le conozco, será mentiroso como vosotros. Mas le conozco, y guardo su palabra.

Conocer á Dios, hermanos míos, y guardar su palabra, son dos condiciones inseparables del Christiano. Conocer bien á Dios, es sentir los motivos de nuestra dependencia: guardar su palabra, es probar que estamos convencidos de los derechos que tiene á nuestra sumision. Abraham, vuestro Padre, sigue Jesu-Christo, deseó con ansia ver mi día: le vió, y se gozó. En otra parte dice el Evangelio: felices los que ven lo que veis, y los que oyen lo que ois. En efecto: cuántos Reyes desearon ver á Jesu-Christo, y no le viéron? Abraham formó este deseo, y fué oido. Esta diferencia, hermanos míos, proviene de la diferencia de deseos. Nosotros, por exemplo, deseamos ver los días de Jesu-Christo. Siempre que deseamos su gracia, su reyno y su recompensa, es Dios quien forma este deseo, porque somos incapaces de tener un buen pensamiento por nosotros mismos. ¿De dónde pues proviene que estos deseos sean tan infructuosos y estériles? ¿Por qué causa está el infierno, segun la expresion de San Bernardo, lleno de buenos deseos, esto es, de Christianos que suspiraban, al parecer, como Abra-

ham por ver los dias de Jesu-Christo? Hermanos mios, esto nace de que sus deseos han sido ahogados en su corazon por otros mil deseos injustos. Ellos hubieran querido unir el servicio de Jesu-Christo con el de sus pasiones; merecer los premios sin renunciar sus satisfacciones temporales; ser los hijos de la gloria sin haber sido los Discípulos de la cruz. Así miéntras que el deseo de Abraham le justifica y le salva, ellos merecen su condenacion por sus malos deseos.

Despues de estas respuestas de Jesu-Christo, ya no les queda á los Judíos mas que una objecion á su parecer decisiva. ¿Aun no tienes cincuenta años, y has visto á Abrahán? Ved, hermanos mios, el momento mas interesante para los Judíos si hubieran caminado de buena fe: ahora podian meditar bien la respuesta de Jesu-Christo, y si tenia ciencia y poder para resolver su dificultad; pero su malicia y sus torcidos fines les cierran enteramente los oidos y la razon. Jesu-Christo les da una respuesta que hubiera explicado mas si quisieran escucharle. En verdad os digo, que ántes que Abra-

ham fuese, yo soy. Entónces tomaron piedras para tirarselas; mas Jesus se escondió, y salió del Templo.

Jesu-Christo se oculta, hermanos mios: ¿y acaso el miedo es quien le hace evitar el furor de los Judíos? Dentro de poco tiempo saldrá al encuentro de sus perseguidores y enemigos preguntándoles: ¿á quién buscais? Su conducta es tan irreprehensible quando se oculta, como quando se manifiesta: sus exemplos son tan útiles quando evita la persecucion, como quando se entrega en manos de sus enemigos; y en todo esto nos quiere enseñar que no es conveniente, ni licito eludir la voluntad y las órdenes del Señor, quando se digna explicarlas. ¿Pensais que entre los que tienen la reputacion de justos no habrá muchos, á quienes Dios reprehenderá, no precisamente porque se han descuidado en las buenas obras, sino porque las han hecho fuera de tiempo, porque se han manifestado quando debian ocultarse; y porque en lugar de hablar, reprehender y corregir, hubiera sido mas conveniente callar, sufrir y esperar? Vivid, hermanos mios, con precaucion, para que no seais con-

tados en este número : estudiad siempre la voluntad de Dios , y conformad á ella vuestras obras.

Señor Jesus , dadnos á conocer esta voluntad : hacednos dóciles para seguirla ; y para no oponer nuestros errores á su palabra, ni nuestra independencia á sus designios. Nosotros llamamos á Dios nuestro Padre , os reconocemos por nuestro Xefe, y nos gloriamos de este doble motivo de nuestra dependencia. No nos desconozcais en el día de vuestra justicia , y colmadnos de gloria y alegría para siempre. Así sea.

DOMINGO DE RAMOS.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS PHILIPENSES,
cap. 2. v. 5. II.

*Hermanos : El mismo sentimiento ha-
ya en vosotros , que hubo tambien
en Jesu-Christo : Que siendo en
forma de Dios , no tuvo por usur-
pacion el ser él igual á Dios : Sino
que se anonadó á sí mismo toman-
do forma de siervo , hecho á la se-
mejanza de hombres , y hallado en
la condicion como hombre. Se humi-
lló á sí mismo , hecho obediente has-
ta la muerte , y muerte de Cruz.
Por lo qual Dios tambien lo ensal-
zó , y le dió un nombre , que es so-
bre todo nombre : Para que al nom-
bre de Jesus se doble toda rodilla
de los que están en los Cielos , en
la tierra , y en los infiernos , y to-
da lengua confiese , que el Señor
Jesu-Christo está en la gloria de
Dios Padre.*

ROM. III.

1

INSTRUCCION.

Decir, hermanos mios, á un Christiano en otras circunstancias que las del día, que debe uniformar sus sentimientos con los de Jesu-Christo, seria una moral, que aunque opuesta á los deseos de la carne, y de la sangre, no causaria sin embargo la mayor sorpresa; pero escoger precisamente el momento de su sacrificio, y el tiempo en que con lúgubres solemnidades honramos sus tormentos y humillaciones: escoger este tiempo para imponernos la obligacion de compadecer sus dolores: dar á su pasion y su muerte no el tributo estéril de nuestra admiracion y sensibilidad, sino el de un corazon penitente, que tome parte en el sentimiento de compuncion, y en la detestacion universal de todas las ofensas hechas á la magestad del Padre: convertir, en fin, contra sí mismo el santo rigor que llevó á Jesu-Christo á vengar en su persona los pecados de todos los hombres: esto es, hermanos mios, lo que

apenas puede comprehender un Christiano carnal; pero que no obstante hace la materia del gran misterio que va la Iglesia á celebrar en estos dias. Voy, pues, en una corta instruccion, ayudado de las palabras del Apóstol, á enseñaros á pasar santamente la semana mayor que empieza hoy la Iglesia. Oxalá que ella produzca el fruto que deseo.

La imitacion fiel de todas las virtudes de Jesu-Christo es la obligacion estrecha del Christiano. Su nombre solo debe servirle de un recuerdo continuo; pero esta imitacion no consiste en sujetarse exteriormente á las mismas acciones, á seguir los pasos que le han hecho dar la piedad, ó la caridad; sino á tener los mismos sentimientos que tuvo Jesu-Christo. Un Christiano debe estudiar quanto pueda para conocer este espíritu: su corazon debe llenarse de él por medio de la mas seria y detenida meditacion sobre los misterios de su vida mortal, y debe aplicarle, y acomodarle á todas las circunstancias en que lo pida su estado, ó lo exija la Religion. Entre todas las virtudes que adornaban el alma de Jesu-Christo, se

manifiesta mas exteriormente la de su humildad, humildad tanto mas profunda, como que reune en sí todo quanto hay de mas elevado, y mas abatido. Jesu-Christo es por esencia la Sabiduría increada, el Verbo, la palabra del Padre, Dios como él, uno con él, y participa de su naturaleza sin disminucion ni alteracion alguna. Por esto no tuvo por usurpacion el ser él igual á Dios: veamos ahora la parte que quiso tener en la humillacion. El Apóstol no dice simplemente que se humilló, que se abatió, y que se hizo inferior á todas las criaturas inanimadas. Estos modos de hablar pueden significar bien la humildad de un hombre, pero no bastan para dar á conocer el abatimiento de un Dios; y así el Apóstol se sirve del verbo anonadar, que es el mas expresivo para este caso. En efecto, reducirse un Dios á la nada, constituirse inferior á los seres mas despreciables por un exceso de su amor: tomar la forma de esclavo aquel de quien proviene la libertad: revestirse de una carne mortal el Autor mismo de la vida: hacerse hombre, y hombre pecador, aunque sin contraer la mancha del pecado; y fi-

nalmente, atraer sobre sí la cólera del Cielo para expiar los pecados del mundo: todo esto, hermanos míos, se contiene en la palabra del Apóstol, se anonadó.

La Iglesia nos va á presentar á Jesu-Christo como el hombre de dolor, el oprobrio de la naturaleza humana, como un gusano de la tierra, que nada conserva de la humanidad, y como un infeliz, á quien no le cabe otra herencia que el estar confundido con los malvados. Quando consideremos que este hombre, á quien atribuye la Escritura qualidades tan deshonrosas, es no obstante el esplendor del Padre, la imagen de su substancia, y el espejo de su Magestad, no exclamarémos llenos de admiracion: ¡Jesu-Christo se anonadó! ¡El orgullo puede despues de esto hacer tantos progresos, no digo entre los hijos de los hombres, sino entre Christianos, y en aquellos con especialidad que mas se precian de piedad y de virtud? ¿Hay alguna cosa de que podamos gloriarnos, teniendo á la vista este modelo? Si nos distinguimos del comun de los hombres por nuestro nacimiento, ¿tenemos acaso la dicha de

traer como Jesu-Christo nuestro origen del seno de Dios mismo? Enhorabuena que descendamos de la sangre de los Reyes; pero él es el Hijo de Dios según el espíritu, y el Hijo de David según la carne. Sin embargo todos estos títulos se borran hoy, atrayendo sobre sí los anatemas del pecado. Qué importa que nuestros distinguidos talentos nos hagan superiores á todos los hombres con quien tratamos; Jesu-Christo atraxo la multitud por la excelencia de su doctrina, y fixó la atención del pueblo por tan grandes y repetidos milagros; pero todo sin embargo se desconoce hoy, y se borra con el título que se le atribuye de impostor y de sedicioso. La abundancia de los bienes infla tambien nuestro corazón; pero Jesu-Christo dueño de la naturaleza entera, ha dispuesto de los elementos, mandó á la mar y calmó sus olas: bendixo la agua, y la cambió en un vino delicioso: el pan y los peces se multiplican entre sus manos: la salud y la vida salen de su boca como de un manantial fecundo, y todos estos recursos y ventajas se reducen hoy á un estado de desnudez, y á ver-

se coronado de espinas, bebiendo hiel y vinagre: se anonadó á sí mismo.

Hermanos míos, no nos queda otro camino para satisfacer nuestro amor propio, que el de la virtud. Jesu-Christo ha vivido una vida tan santa y tan irreprehensible, que á pesar de que sus enemigos estudiaban cuidadosamente sus acciones, no pudieron culparle de la mas ligera prevaricación. El fué religioso observador de la ley de sus padres, y tierno y compasivo con los desgraciados: llevó las virtudes al mas alto grado de perfeccion; pero todas ellas se han obscurecido con la sentencia de muerte que se pronuncia hoy contra él: se anonadó á sí mismo.

La Iglesia despues de este anonadamiento nos quiere inspirar otra virtud con el exemplo de Jesu-Christo, y es la de una obediencia perfecta. En efecto, se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. El sacrificio de la voluntad propia sigue muy de cerca al del amor de sí mismo, porque hay union muy estrecha entre estas dos virtudes; y así el defecto de la una consiste en que la otra sea tan rara entre los Christianos.

¿Por qué se inquieta vuestro corazón, hermanos míos, con tanta frecuencia en las aflicciones que Dios os envía? ¿Por qué buscáis en la murmuración y en las imprecaciones el consuelo de vuestros trabajos? ¿Por qué tenéis tanta repugnancia á conformaros con los designios de Dios, quando se digna manifestarlos tan claramente? ¿Por qué la tenéis para imitar la conducta de aquellas personas que ha puesto por maestros y guías vuestras? Todos estos defectos no deben atribuirse á otra causa que al orgullo; pero instruíos á los pies de la cruz, ó por mejor decir, seguid á Jesu-Christo desde la infancia hasta la muerte, desde Bethleem al Calvario, y ved su obediencia en la exácta conformidad con los oráculos de los Profetas, en su dependencia de María y de Joseph, en su fidelidad á la ley, y su sujeción á los designios de su Padre. Ved su obediencia hasta la muerte en el deseo que manifiesta de ser bautizado en el bautismo de su sangre, en los pasos que da ácia Jerusalem; á esa ciudad que maltrata á sus Profetas, aunque conozca las cabalas que se forman contra él: ved en fin, su obe-

diencia en la aceptación del cáliz que le presenta su Padre; pero considerad sobre todo, que se ha hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: porque si la ignominia de la cruz añade mucho al mérito de su sacrificio, también entra por mucho en el precio de su obediencia. En efecto, Jesu-Christo ve de lejos esta cruz, y la anuncia á sus discípulos; la lleva con alegría; sube con ardor sobre el altar del sacrificio; espira en él, ocupado todo en su obediencia, y espera que este género de muerte haya consumado la víctima para anunciar la consumación de su sacrificio. ¿Pero cuál será, hermanos míos, el fruto de la obediencia y la humildad de Jesu-Christo? Dios, dice el Apóstol, le ensalzó por esto, y le dió un nombre que es sobre todo nombre; para que al nombre de Jesus se doble toda rodilla de los que están en los Cielos, en la tierra, y en los infernos. En efecto, Jesu-Christo deberá á su anodamiento las adoraciones profundas que damos á su santa humanidad, á su nombre adorable, y á los misterios de su vida mortal. El deberá á su obediencia nuestra sumisión; á su ley el res-

peto, á sus oráculos la confianza en sus promesas, la extension de su reyno y de su dominacion sobre la tierra, y la perpetuidad de su imperio sobre todos los corazones. Nosotros, hermanos míos, debemos contribuir con todas nuestras fuerzas á la extension de su reyno: honremos su humildad profunda con el olvido de nosotros mismos, y con el sacrificio continuo de nuestro amor propio: honremos su obediencia con nuestra fidelidad á la ley, y nuestra atencion en practicar sus máximas; y para que estos sentimientos nos penetren, como corresponde, corramos á los pies de la cruz. La Iglesia va á ofrecerla á nuestra adoracion en la ceremonia que precederá á la celebracion de los divinos misterios; y así, Christianos, aplicad el oído del corazon á las verdades que nos ofrece en esta augusta ceremonia.

Señor, hablad, que ya escuchan vuestros siervos: vos estais sobre la cátedra desde donde nos habeis dado las mas eficaces y persuasivas instrucciones: vuestra humildad me estimula y me estrecha para renunciarle á mí mismo; pero sin embargo mi inclinacion me

lleva siempre imperiosamente á la vanidad y al orgullo: vuestra obediencia grita para que someta mi voluntad, y yo siento la repugnancia mas fuerte para contradecir mis inclinaciones y mis gustos; pero vuestra sangre me está tambien diciendo que habeis vencido al mundo, y domado la carne: que habeis encadenado todas las fuerzas infernales, y que por rebelde que sea mi voluntad, puede ser el objeto de vuestros triunfos. Armaos, Señor, con todo el poder de vuestro brazo: reprimid mis malas inclinaciones: formad en mí dignos deseos; y haced que mi obediencia y humildad sean tambien dignas de recompensas eternas. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,

cap. 21. v. 1. 9.

En aquel tiempo: Quando se acercaron á Jerusalém, y llegaron á Bethphage al monte del Olivar: envió entónces Jesus á dos discipulos, diciéndoles: Id á esa aldea

que está enfrente de vosotros, y luego hallareis una asna atada, y un pollino con ella: desatadla, y traedmelos: Y si alguno os dixere alguna cosa, respondedle que el Señor los ha menester: y luego los dexará. Y esto todo fué hecho, para que se cumpliese lo que habia dicho el Propheta, que dice: Decid á la hija de Sion: He aquí tu Rey viene manso para tí, sentado sobre una asna, y un pollino hijo de la que está baxo de yugo. Y fuéron los discípulos, é hicieron como les habia mandado Jesus. Y traxéron la asna, y el pollino: y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima. Y una grande multitud de pueblo tendió tambien sus ropas por el camino: y otros cortaban ramos de los árboles, y los tendian por el camino: Y las gentes que iban delante, y las que iban detras, gritaban, diciendo: Hosanna al Hijo de David: bendito, el que viene en el nombre del Señor: Hosanna en las alturas.

INSTRUCCION.

Es posible, hermanos míos, que quando la Iglesia nos convida hoy al dolor y á las lágrimas, nos ocupemos y detengamos en el triunfo de Jesu-Christo? ¿Aplaudiremos esa muchedumbre de pueblo que tendia su ropa y los ramos de los árboles por el camino por donde pasaba el Salvador, entre tanto que vemos ocupada ya la sinagoga en su condenacion, en su suplicio y en su muerte? Mezclaremos nuestras voces con las gentes que iban delante y detras, diciendo: Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor: ¿mientras que oimos ya los clamores de un pueblo desenfrenado que pide se le crucifique? ¿En fin felicitaremos á la hija de Sion, de que viene á ella su Rey, lleno de dulzura, entretanto que Jesu-Christo viene á llorar sobre Jerusalem, sobre esa ciudad ingrata, que despues de maltratar á sus Profetas, quita la vida en una cruz al enviado de Dios en el instante mismo en que su ministerio y sus tra-

bajos exigen el mayor reconocimiento y el amor mas tierno?

¡Ah, hermanos míos! volvamos nuestra atención sobre nosotros mismos: sigamos á la Iglesia en todos los misterios que nos representa: adoremos á Jesu-Christo en su triunfo para sentir mejor el exceso de sus amarguras y dolores: reconozcamos en la inconstancia de este pueblo, que casi en un instante pasa de la admiración al olvido, de las alabanzas á las blasfemias; reconozcamos, digo, esa ligereza natural que por lo comun es el principio de todos nuestros desórdenes; y si nos vemos precisados á pasar rápidamente sobre verdades tan dignas de nuestra atención, procuremos á lo ménos hacer de ellas en estos preciosos dias el objeto de nuestras meditaciones.

Jesu-Christo, hermanos míos, no perdió de vista ni un solo instante el objeto esencial de su mision. Ella no se limitaba á instruir, á curar, y á consolar á su pueblo, sino que miraba principalmente á la gloria de Dios, y al cumplimiento de su voluntad eterna. Por lo mismo cada una de las acciones de su vida estaba indicada con térmi-

nos tan precisos, que no dexaba la menor duda. A medida que se acercaba el fin del ministerio de Jesu-Christo, parecia que las profecías se multiplicaban y hacian mas sensibles; y la que va á cumplirse hoy, es una de aquellas que el Espíritu Santo habia notado con caracteres, que no era posible desconocer.

Se acercaba Jesu á Jerusalem, y llegando á Bethphage al monte del Olivar, envió entónces á dos de sus Discípulos diciéndoles: id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallareis una asna atada, y un pollino con ella: desatada y traédmelos. ¿Qual es la intención de Jesu-Christo en este mandato? No es ciertamente la de evitar la fatiga del camino, pues que tan cerca estaba á Jerusalem el monte de las Olivas: no piensa tampoco procurarse los honores de un triunfo, porque siempre habia dado á entender el poco ó ningún cuidado que tenia de su propia gloria, y que estaba cerca el momento mas ignominioso de su vida: lo que pretende es dar á un pueblo incrédulo hasta entónces un testimonio sensible de la autoridad de su mision, dis-

poniéndole á entender profecías mas claras y expresas.

¿Podia por ventura ignorar este pueblo que leia continuamente los libros santos: que bendiciendo Jacob al quarto de sus hijos habia designado sensiblemente esta circunstancia quando dixo á Judá: te alabarán tus hermanos: tu mano en las cervices de tus enemigos, te adorarán los hijos de tu padre. Cachorro de leon, Judá: á la presa subiste, hijo mio: reposando te acostaste como leon, y como leona, ¿quién le despertará? No será quitado de Judá el cetro, y de su muslo el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la expectacion de las gentes. Atando á la viña su pollino, y á la vid, ó hijo mio, su asna? ¿Podia desconocer la aplicacion de estas palabras en las que Zacarias, el último de los Profetas, dirige á la hija de Sion, advirtiéndola que su Rey viene á ella lleno de dulzura y mansedumbre, sentado sobre una asna, y un pollino, hijo de la que está baxo de yugo? Jesu-Christo para instruir, pues, á este pueblo incrédulo, prepara él mismo en alguna manera los instrumentos

de su triunfo. ¿Pero qué impresion debe esperarse de una profecía, por mas clara que fuese, sobre un pueblo á quien no han podido tocar y conmover los oráculos, los milagros y los beneficios? Una impresion pasagera es todo el fruto que espera recibir.

Jesu-Christo dando este mandato prevee las dificultades que podrian contener á sus discípulos. Si alguno os dixere alguna cosa, les dixo, respondedle: que el Señor los ha menester: y luego los dexará. Aquel Señor que conoce y dispone exclusivamente de los corazones, es á quien conviene dar esta seguridad; pero la da igualmente á todos los que envia y escoge para executores de su voluntad y Ministros de su palabra? ¿Ay de mí, hermanos míos, qué dulce y consolador sería nuestro ministerio, si siempre que os decimos: el Señor lo quiere, el Señor lo exige, el Señor lo ha menester, se nos escuchase con resignacion, con sumision y la disposicion conveniente para hacer un sacrificio pronto y generoso! ¿Pero cuán apurados nos vemos en muchas circunstancias para daros á conocer esta importante verdad! Si Dios, por exemplo, rompe los estre-

chos y legítimos lazos de dos esposos, dos hermanos, ó dos amigos con la muerte del uno, se siguen inmediatamente los lloros, los gemidos, las quejas mas indecentes, y las murmuraciones mas criminales; entónces empleamos los recursos que tiene la religion para estos casos, y decimos al doliente que adore la voluntad de Dios; que se conforme con ella, porque sin duda le conviene aquel trabajo, y que debe respetar mucho los altos designios y juicios de Dios. ¿Pero corresponde siempre el fruto? ¿No se oyen algunas veces estas palabras con impaciencia? ¿no se desechan con desprecio? El sacrificio forzado que se hace de un objeto que no se ha podido conservar, no se profana á los ojos de Dios con llantos continuos, con quejas amargas?

Jesu-Christo mismo hace la aplicacion de la profecía que acabamos de citar: decid á la hija de Sion: he aquí tu Rey, viene manso para tí. ¿Y por qué causa, hermanos míos, no dice Jesu-Christo á esta Ciudad criminal: he aquí tu Juez, que viene lleno de indignacion y de cólera? ¿No es cierto que venia para entregarse á la

envidia y al furor de la sinagoga, y empezar el misterio del endurecimiento de este Pueblo? Ah, hermanos míos! el título de que Jesu-Christo se muestra siempre mas zeloso, es de el de Príncipe de la Paz: éste es el que conviene á la naturaleza de su mision, y á las disposiciones de su corazon: éste es el título que mas ama, y del qual se despoja siempre con sentimiento. Los Profetas que mas han hablado de su Reyno, le han representado siempre baxo de este carácter, y la Iglesia nos le anuncia tambien baxo el mismo nombre en estos dias en que se abre su mesa para todos. A los justos y á los pecadores les habla de la misma manera; pero cuidado, que aunque diga igualmente á todos, he aquí vuestro Rey, que viene lleno de dulzura, de clemencia y de bondad; su intencion no es de que concurran á su mesa aquellos que conservan todavía sus pasiones antiguas, sus malos hábitos y afectos pecaminosos. Miétras perseveren en este estado, Jesu-Christo no es su Rey; y si acaso conserva para ellos este título, es para vengarse de sus sacrilegios con mas poder y severidad: sus

pasos entonces no son pacíficos, y no penetra su corazón sino para grabar en él la sentencia de su muerte. Esta profecía se dirige solamente á las almas fieles que conservan su pureza en todo su esplendor, ó que han lavado sus manchas en las lágrimas de una verdadera penitencia. Si, almas fieles; vosotras le habeis preparado con vuestra vigilancia, vuestra penitencia y oraciones un lugar digno de su Magestad, y un trono donde puede reynar con decoro: vuestro Rey viene á tomar la posesion de él. ¡Qué paz y qué consuelo para una alma á quien la gracia le da el poder de conservarle!

Los Discípulos executan las órdenes de su Maestro con toda seguridad, porque no temen ningun obstáculo, y traxeron la asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima. San Gerónimo presume que le sentaron sobre el pollino, y otros Comentadores son de opinion, que le pusieron sucesivamente ya en uno, ya en otro. Estas dos explicaciones suministran igual inteligencia al misterio contenido en la profecía y en la conducta de Jesu-Christo. No nos aver-

goncemos, Christianos, de reconocerlos, segun todos los Padres, en este pollino de la asna, que todavia no se ha sometido al yugo, y que Jesu-Christo quiere domar hoy. No envidiemos la dicha del Pueblo Judío, designada en la asna desechada, aunque haya sido sometida al yugo mas pesado, y temamos sobre todo el conservar todavia algun tanto de ese carácter indócil, á quien solo puede reducir y fixar la gracia de Jesu-Christo: es decir, seamos sensibles á nuestra vocacion; constituyámonos en la obligacion de corresponder á ella; y pues que hemos sido substituidos al Pueblo Judío, temamos que se nos deseche por nuestros pecados é ingraticudes.

Una grande multitud seguia á Jesu-Christo, quando los Apóstoles le sentaron sobre el pollino que habia escogido. Entónces se sienten conmovidos, se despojan de sus ropas, las tienden por el suelo, cortan las ramas de los árboles, y las arrojan por el camino, nadie se opone á su zelo, y todos concurren á su triunfo. Pero estos vestidos tendidos, estas ramas cortadas, echadas en el camino á los pies de Je-

su-Christo, ¿no tienen ningun misterio? ¿No anuncian disposiciones de otro género en un triunfo de muy distinta naturaleza? ¿No son figuras de las virtudes que se han de adquirir, y de las pasiones que se han de cortar, antes de presentarse á su vista, y de recibirle en la mesa? Hermanos míos, en estos dias hay muchos Christianos que piensan tener un derecho á la Pascua, porque han suspendido por algun tiempo sus desórdenes; ¿pero qué es lo que han echado á los pies de Jesu-Christo? ¿Qué pasiones han arrancado enteramente de su corazon? Si tuviésemos la desgraciada condescendencia de ceder á su importunidad, ¿no tendríamos el dolor de verlos tomar otra vez los vestidos de que al parecer se despojaban? Si la conducta de este Pueblo es admirable, no lo es ménos el modo de explicarse: todos, así los que iban delante como los que iban detras, gritaban, diciendo: Hosanna al Hijo de David. Ya no es el Hijo de Josef, de ese Artesano, conocido solamente en el Pueblo por la baxeza de su extracción; ya no es el Hijo del hombre, que no tenia donde reclinar su cabeza; es

el Hijo del mayor de los Reyes de Judá, y del mas distinguido de entre los Profetas; un Hijo á quien David llama su Señor, cuyo Reyno habia predicho, y cuya gloria tenia figurada. Este es el que viene á disipar el oprobrio de su Pueblo, á restituírle la libertad, y á restablecerle en sus derechos. Muy justo es, por tanto, que se le hagan los homenajes debidos. Bendito sea, dicen, el que viene en el nombre del Señor. ¡Qué importante fuera para este Pueblo el comprehender bien el sentido de estas palabras que la verdad arranca de sus bocas! Jesu-Christo, teniendo sin duda presente esta circunstancia, decia pocos dias hace llorando sobre Jerusalem: ah, si á lo ménos en este instante que te se ha dado reconocieses á quien puede procurarte la paz; pero ahora estas cosas estan ocultas á tus ojos. Ellos bendicen al que se carga de las maldiciones; ellos le miran como el enviado del Señor; pero bien pronto le tratarán como un impostor.

Nosotros, hermanos míos, procuraremos no desconocerle. En qualquiera circunstancia de su vida que se nos presente digamos siempre: bendito sea el

que viene en el nombre del Señor; ya venga cargado con la ignominia de su cruz, ó revestido de todo el esplendor de su magestad y de su gloria, porque en qualquiera de estos estados es digno de nuestra confianza y de nuestros respetos. Pero permitidme, hermanos míos, que por un instante pierda de vista su triunfo, para considerarle con vosotros en medio de los oprobrios de su pasión. Representaos al hombre de dolor, extenuado con las fatigas de una vida laboriosa y penosa hasta lo sumo, reducido por el temor del suplicio, y los horrores de la agonía al estado de un hombre espirante, vendido por su Discípulo, abandonado de los suyos, llevado por sus enemigos delante de los tribunales, y de una sinagoga, á quien la envidia y el furor dictan las sentencias; entregado por la cobarde condescendencia de un Juez mercenario á los feroces insultos de los soldados, gimiendo baxo los golpes, extenuado por los tormentos, atado con insolencia al infame instrumento de su suplicio, blasfemado, despreciado, cayendo baxo el peso de su cruz, bebiendo hiel y vinagre, dando en fin

con un grande grito los últimos suspiros de una vida, cuyos instantes habian sido consagrados á las humillaciones y á los tormentos. He aquí el que viene en el nombre del Señor. ¿Le reconocéis, hermanos míos, por esta pintura? ¿Os parece digno en este estado de vuestras bendiciones y adoraciones?

Sí, Señor Jesus, yo os adoro sobre vuestra cruz. ¿Pudiera por ventura desconoceros en una situación tan interesante para mi salvacion? Yo deseo con ardor estudiaros en este estado; y en adelante no quiero adquirir con vuestro Apóstol otra ciencia que la de vuestra cruz. Todos mis conocimientos, mis estudios, mis investigaciones las he de referir á esta ciencia. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, á enseñarme con su exemplo á llevar mi cruz en los días de mi vida; á vencer con la cruz los enemigos de mi salvacion; á reynar por la cruz sobre mí mismo en el tiempo, y con él durante la eternidad. Así sea.

JUEVES SANTO.

EVANGELIO DE SAN JUAN.
cap. 13. v. 1.

*Jesús habiendo amado á los suyos,
que estaban en el mundo, los amó
hasta el fin.*

INSTRUCCION.

Si es cierto que los prodigios de la vida de Jesu-Christo son un testimonio sensible de su grandeza, ésta se prueba á proporcion de la magnitud de estos mismos milagros. Jesu-Christo, grande en sí mismo, no tenia necesidad de manifestar todo su poder para gozar del esplendor esencial á su naturaleza; pero nosotros teniamos necesidad de que se manifestase exteriormente para conocer la inmensidad de esta naturaleza misma; y sobre todo la de su caridad. Ningun milagro prueba mejor una y otra cosa, que el de la Eucaristía: en primer lugar, porque es único en su

especie; en segundo, porque corresponde á todos los prodigios que ha obrado Dios sobre la tierra; en tercero, porque se renueva sin cesar, y porque sin interrupcion goza la Iglesia del fruto de esta maravilla; en quarto, porque se perpetua en la eternidad; y en fin, porque al mismo tiempo es la gloria de los elegidos en el cielo, y el recurso de los Christianos en la tierra.

La Iglesia empieza por la meditacion de este misterio, la de todos los prodigios de misericordia y de caridad, que va Jesu-Christo á obrar en estos dias; y este milagro es muy propio para hacernos entrar en el espíritu de estas diferentes solemnidades. En efecto en la institucion del Sacramento adorable de la Eucaristía encontramos quanto la misericordia, la providencia y la caridad de un Dios pueden inspirarnos de mas tierno y útil para sus criaturas. No es este uno de esos milagros particulares que no instruye sino á un pequeño número de Christianos, y que no interesa sino á un cierto orden de pecadores. Este es un milagro universal, propio para fixar la atencion de todos, y que ofrece á todos recursos inagota-

bles. Apliquémonos, hermanos míos, á meditarle á medida que adelantemos en el conocimiento de los caracteres de grandeza propios de este milagro: penetremos de los sentimientos de reconocimiento y de amor que debe inspirarnos. Todo es instructivo en el misterio de la Eucaristía hasta la circunstancia de su institución.

En el último instante de la vida de Jesu-Christo, en la última cena que hace con sus Apóstoles, en el momento de su sacrificio es quando toma el pan, da gracias á su Padre, le bendice, y le da á sus Discípulos, diciendo: tomad y comed, esto es mi cuerpo. Esta acción, que mirada á primera vista, parece que debe colocarse en el número de las acciones más comunes, es no obstante el más útil y maravilloso de todos los sucesos de la vida de Jesu-Christo. Ha llegado pues el tiempo de dexarnos, porque le llaman las órdenes de su Padre; pero su amor le sugiere el medio de satisfacer al mismo tiempo á su obediencia y á su caridad. El ha estudiado nuestra naturaleza revistiéndose de todas nuestras flaquezas, á excepcion del pecado, y

sabe que se necesita para nuestra alma un alimento, para nuestra debilidad un apoyo, para nuestra ceguera una guía, y para nuestra enfermedad un remedio. Todos estos recursos y ventajas se reúnen en el sacramento de su cuerpo. Primero: alimento de nuestra alma. Nuestra alma, como nuestro cuerpo tiene sus necesidades: la sed y la hambre la mortifican sobre manera. La sed que la seca es el deseo de conocerlo y penetrarlo todo, y la Eucaristía es la luz que la ilustra. Codiciosa del bien para que está destinada, lo busca muchas veces donde realmente no está, este es el hambre que la devora, y la Eucaristía es la prenda, y el gusto precursor de la inmortalidad que espera. Por tanto estamos autorizados los Ministros del altar para dirigir á los Christianos estas palabras del Profeta. Acercaos á él y sereis ilustrados. La Eucaristía es la luz de los simples, y mientras que los orgullosos se pierden entre la extension de sus conocimientos á investigaciones, se ven almas limitadas que encuentran en el santo y habitual uso de este Sacramento luces que les descubren los consuelos que en-

cierran nuestros misterios: que les deciden los puntos mas oscuros de la moral: que los conducen por los caminos y senderos mas dificiles, y que les dan á conocer la ilusion y la mentira de las tentaciones mas seductoras. Muchos que hacen gala de ser espirituales, procuran instruirse únicamente por medio de la frecuente lectura de los libros devotos; pero un Christiano verdaderamente humilde, sin abandonar ni despreciar este recurso, encuentra en la Eucaristia un espíritu de inteligencia que le hace recibir las verdades con fe, meditarlas con atencion, y aplicarlas á su aprovechamiento y su reforma. Aquí es donde encuentra su alma el agua que estanca su sed, y que salta hasta la vida eterna. Aquí echándose ansiosa de bruces en los manantiales del Salvador, se alimenta, se fortifica y engorda. Aquí encuentra ese maná oculto, figura del que llovió en otro tiempo en el desierto, que no se corrompe, y que le inspira disgusto para los demas alimentos de que se sacian los pecadores. El pan adorable no produce en ella una trabajosa hartura, y quanto mas se recibe, tanto mas se desea.

El hace el maravilloso efecto de saciar y de dar hambre á los que se alimentan de él: tambien les harta calmando todos sus ardores, saciando todos sus deseos, y excita en ellos el hambre de la eternidad, dándoles á entender que aquí es donde será cumplida su esperanza, y satisfechos sus deseos. ¿Qué ingeniosa es, hermanos míos, la caridad de un Dios que ha encontrado el medio de alimentar un cuerpo mortal con el pan de los Angeles; de hacernos gustar en el destierro el pan de la Patria, y de darnos en la mortalidad una prenda cierta de la inmortalidad que nos espera? El hambre y la sed son nuestras primeras necesidades; pero tambien son las primeras que se satisfacen en la Eucaristia. Nuestra flaqueza pide un apoyo, y la caridad de Jesu-Christo nos le presenta en este augusto Sacramento. De esta manera no caminamos solos, y aunque el camino que conduce á la Patria esté lleno de obstáculos, Jesu-Christo afirma nuestros pasos por la virtud de su Sacramento, y nos hace superar las dificultades mas espantosas é inaccesibles. Así la Iglesia, quando nos instruye sobre

este grande misterio, nos hace observar en él un medio poderoso de resistir á la concupiscencia, de librarnos de los enemigos que nos atacan, y de vencer las tentaciones que nos presentan. El pan que se come en el altar, no solamente es el pan de los fuertes, sino tambien el pan de la fuerza; y aquel que le come con santas disposiciones, puede como el padre de los Profetas caminar con seguridad fortalecido con este alimento adorable. Los violentos combates que sostuviéron los primeros discípulos del Christianismo en aquellos dias en que además del enemigo interior, veian armados contra sí el infierno y todo su furor, la idolatría y todos sus errores y supersticiones, los Reyes de la tierra y todo su poder fuéron vencidos con el auxilio de este pan del cielo. En este tiempo, dice San Cipriano, salian los fieles de la mesa de Jesu-Christo con la fortaleza de leones, respirando zelo por defender la religion á expensas de su vida. Entónces se les veía tambien pasar del altar al caldoso, y confesar publicamente baxo la cuchilla de los verdugos al Dios que acababan de recibir baxo las especies

Eucarísticas. ¿ Esta doctrina no es conforme, hermanos míos, á la que Jesu-Christo mismo nos enseña en la institucion de este Sacramento? En efecto, quando los Apóstoles estan cerca de padecer la tentacion mas violenta, y quando se consideran mas flacos para resistirla, entónces los alimenta Jesu-Christo con su carne. Es verdad que todavía no tendrán la firmeza que se requiere, y que á pesar de la virtud de este Sacramento, sentirán los efectos de su flaqueza; pero solo perecerá el hijo de perdicion, porque ha comido su reprobacion y su juicio; los demas Apóstoles repararán inmediatamente su flaqueza con la confesion mas heroyca, con los testimonios mas generosos y la conducta mas santa: ellos en adelante serán deudores al Pan de vida del zelo que los anima, del valor que los inflama, y de la constancia con que sufren los mayores trabajos y las pasiones mas violentas. Finalmente, deben á la santa Eucaristía la sublime ciencia que derraman despues por toda la tierra, porque Jesu-Christo en este Sacramento no solamente es nuestra fuerza, sino tambien nuestra luz, y

por consecuencia es la guía que nos conduce por los senderos de la justicia. El Dios que se nos da en este Sacramento es, como dice el Apóstol San Juan, la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Aquí se nos descubren las verdades mas oscuras, se nos explican los misterios mas impenetrables, y se desenvuelven los principios mas sublimes de la moral: aquí es donde Jesu-Christo responde á nuestras dudas, calma todas nuestras agitaciones, y disipa las espesas nubes que las pasiones levantan. Quando un christiano sale de la mesa santa del altar, puede decir con el Profeta: He sido hecho mas sabio que los viejos, y mas ilustrado que los que tenian á su cargo el instruirme. En efecto, ¿no vemos todos los dias que las almas mas ignorantes y simples andan en los caminos de Dios con mas prudencia y sabiduría que los christianos mas sabios é instruidos, porque de la participacion frecuente de este Sacramento sacan los principios y las luces que no podrian adquirir á costa de años y de estudios? El Profeta pedia á Dios que iluminase sus ojos, á fin de que el sueño de la

muerte no viniese nunca á cerrárselos; y nosotros, hermanos míos, podemos hacer á Jesu-Christo esta misma súplica desde la mesa del altar. Un christiano que participa de este Sacramento con santas disposiciones, tiene siempre abiertos los ojos sobre la ley de Dios para estudiarla, sobre los exemplos de Jesu-Christo para imitarlos, sobre su propia flaqueza para desconfiar de ella, y sobre los lazos del enemigo para temerlos y combatirlos. La divina Escritura es una luz que le sigue por todas partes, y que le descubre el vacío y la ilusion de quanto el mundo puede ofrecerle para seducirle. ¿Podrá entonces alimentar su espíritu con las fábulas y mentiras que se venden en el mundo? ¿Podrá satisfacer su corazon con las vanas promesas que hace el mundo á los que le adoran? La Eucaristía no solo nos mantiene, sino que nos quita el gusto de qualquiera otro alimento. Algunas veces nos admiramos del desprecio que manifiesta un Christiano de las tertulias y otras asambleas de pura diversion, de las conversaciones mas libres, de los placeres mas seductores y lisonjeros: se trata su repugnancia y su

desprecio de supersticion y de fanatismo; pero si los que así juzgan, conociesen el don de Dios, y gustasen como él las inefables dulzuras de la mesa santa; conocerian, dice San Juan Chrisóstomo, que no es posible sopor-
tar el disgusto y el fastidio que causan los platos y los guisados que el demonio sirve en la mesa de sus aduladores, quando se ha embriagado el christiano con el vino delicioso que Jesu-Christo le sirve en su santa mesa.

Esta luz que nos comunica la santa Eucaristia destruye las preocupaciones y los errores de una naturaleza corrompida. Muchas veces estamos de inteligencia con nuestro propio corazon para seducirle y engañarle, y otras tomamos por verdad las ilusiones de nuestro amor propio; pero un christiano cuya vida es una continua preparacion para este augusto Sacramento, que todas las inclinaciones y los gustos los refiere á su participacion, y que no tiene otro fin en todas sus obras que conservar los frutos de este Sacramento; puede caminar con toda seguridad por el camino de la salvacion, porque el espíritu de Jesu-Christo le ilustra, los

exemplos de Jesu-Christo le animan, y la mano de Jesu-Christo le sostiene.

Este Sacramento es tambien el remedio mas propio para nuestra flaqueza, y por tanto toma Jesu-Christo en él la forma de alimento: él repara las fuerzas de nuestra alma, y para ello se nos ofrece en la Eucaristia baxo los dos aspectos de sacrificio y de sacramento: como sacrificio cura las heridas que nos hace el pecado, como sacramento borra hasta las cicatrices: como sacrificio destruye el imperio que tienen las pasiones sobre nuestro corazon, como sacramento nos arma contra los nuevos asaltos de estas mismas pasiones: como sacrificio mitiga la cólera de su Padre dispuesta para destruirnos, como sacramento nos concilia sus misericordias. La Iglesia por tanto no separándose nunca de estos dos objetos nos hace sentar á la mesa despues de la oblation de este augusto Sacramento. Y aunque la necesidad obliga algunas veces á reservar para los enfermos el Pan misterioso que comemos en el altar, les advierte con cuidado que aquel que se les presenta no es menos su víctima que su viático. Este nom-

bre de viático no anuncia, hermanos míos, el remedio mas poderoso para nuestras enfermedades? ¿Qué otra cosa somos en la tierra que unos tristes viajeros destinados á recorrer por tiempo determinado los ásperos desiertos de esta vida sin otras provisiones ni alimentos que algunos manjares insípidos incapaces de satisfacer nuestro corazón? En efecto, ¿qué otro nombre podremos dar á los falsos bienes, que llevando tras sí nuestros pensamientos é inclinaciones, no pueden sin embargo llenar la capacidad de una alma hecha para un bien eterno? En la santa Eucaristía es, hermanos míos, donde se encuentra esa provision abundante, ese Pan de fuerza que nos sostiene en el viage. ¿Nos vemos fatigados como Elías, separados del término de nuestra carrera y de nuestra peregrinacion? pues tomemos con seguridad este Pan, y caminaremos por su virtud con toda confianza. Pero esta necesidad es todavía más urgente en los últimos instantes de la vida, y quando la extenuacion universal de las fuerzas nos anuncia el término de nuestro viage. Así la Iglesia quiere que se le pidamos en este

último tiempo, y ella misma se apresura para traerlo. En aquella hora el Christiano que ha hecho durante su vida un santo uso de este alimento adorable, le desea con ardor, le recibe con fe, y en él encuentra el alivio de sus males, y la prenda de su inmortalidad. No nos admiremos pues, hermanos míos, á vista de todo esto de los homenajes exteriores que la Iglesia tributa á este misterio augusto, y de las disposiciones interiores que exige para recibirle. Entremos en sus sentimientos quando en el momento en que se llena de afliccion por la muerte de su Esposo, celebra la institucion de este adorable misterio. El contraste admirable de su dolor y de su alegría, de su tristeza y de su reconocimiento es muy propio para hacer entre nosotros las impresiones más vivas: transportémonos con ella al cenáculo en que se celebra esta Pascua; coloquémonos en espíritu al rededor de este banquete venerable, en donde el Maestro alimenta á sus discípulos, el Padre á sus hijos, y el Pastor á sus ovejas dando su vida por ellas: tomemos parte en todas las circunstancias de este misterio interesante: recojamos todas

las palabras que salen de la boca del amigo mas afectuoso, y sobre todo alimentemos nuestra esperanza y nuestra fe con las que dixo al acabar esta cena misteriosa: desde hoy mas no beberé de este fruto de vid hasta aquel dia quando le beba nuevo con vosotros en el Reyno de mi Padre. ¡Quántas instrucciones y consuelos encierran estas palabras, hermanos míos! La Iglesia, siempre que nos sentamos á la mesa sagrada, nos distribuye este fruto precioso de la verdadera vid, de la qual somos los sarmientos; pero este vino tan delicioso, encubierto baxo los símbolos eucarísticos, exercita nuestra fe al mismo tiempo que la fortifica y la anima. Ahora se nos da en él á Jesu-Christo de una manera invisible; pero llegará tiempo en que se quite el velo que nos le oculta, y que participemos de este Pan adorable de una manera sensible. Todas las sombras serán disipadas en el *reyno de su Padre*: aquí el Pan de los Angeles será el alimento de los siervos y de los amigos: aquí el vino será el mas dulce consuelo de las almas puras; pero por ahora debemos contentarnos con la prenda de este rey-

no que nos da en su Sacramento. Ojalá que la humildad sea nuestra conductora para él, que la fe nos ilumine, que la esperanza nos sostenga, que la caridad nos anime, y que sea para nosotros el principio de una vida nueva en este destierro, así como debe ser un dia el consuelo de una vida eterna y bienaventurada. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA PASION DE N. S. J. C.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 19. v. 30.*Consumado es.*

Todo se ha consumado, hermanos míos. Las predicciones de los Profetas, las esperanzas de los justos que habian acabado el término de su vida en gracia del Señor: todo lo que el amor infinito de un Dios podia prometer: todo lo que el corazon insaciable del hombre

las palabras que salen de la boca del amigo mas afectuoso, y sobre todo alimentemos nuestra esperanza y nuestra fe con las que dixo al acabar esta cena misteriosa: desde hoy mas no beberé de este fruto de vid hasta aquel dia quando le beba nuevo con vosotros en el Reyno de mi Padre. ¡Quántas instrucciones y consuelos encierran estas palabras, hermanos míos! La Iglesia, siempre que nos sentamos á la mesa sagrada, nos distribuye este fruto precioso de la verdadera vid, de la qual somos los sarmientos; pero este vino tan delicioso, encubierto baxo los símbolos eucarísticos, exercita nuestra fe al mismo tiempo que la fortifica y la anima. Ahora se nos da en él á Jesu-Christo de una manera invisible; pero llegará tiempo en que se quite el velo que nos le oculta, y que participemos de este Pan adorable de una manera sensible. Todas las sombras serán disipadas en el *reyno de su Padre*: aquí el Pan de los Angeles será el alimento de los siervos y de los amigos: aquí el vino será el mas dulce consuelo de las almas puras; pero por ahora debemos contentarnos con la prenda de este rey-

no que nos da en su Sacramento. Ojalá que la humildad sea nuestra conductora para él, que la fe nos ilumine, que la esperanza nos sostenga, que la caridad nos anime, y que sea para nosotros el principio de una vida nueva en este destierro, así como debe ser un dia el consuelo de una vida eterna y bienaventurada. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA PASION DE N. S. J. C.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 19. v. 30.*Consumado es.*

Todo se ha consumado, hermanos míos. Las predicciones de los Profetas, las esperanzas de los justos que habian acabado el término de su vida en gracia del Señor: todo lo que el amor infinito de un Dios podia prometer: todo lo que el corazon insaciable del hombre

podía desear: todo se ha consumado. El verdadero Abraham es quien sacrifica al heredero de las promesas: el verdadero Isaac es el que lleva la leña al sacrificio sobre la montaña donde debe ser inmolado: la serpiente de cobre se ha levantado para curar las enfermedades de Israel. Desapareced, sombras y figuras, porque ha venido ya la realidad: todo se ha consumado.

El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob habia prometido á nuestros Padres una posteridad mas numerosa que las estrellas del cielo y las arenas de la mar, y Jesu-Christo viene á realizar y producir esta generacion en medio de los dolores de la pasion mas cruel. El Señor habia jurado á David que no saldria el cetro de su linea hasta que viese el Dominador de las naciones. Ya ha venido este Mesías. Bethleem fué el lugar de su nacimiento. La fama de sus milagros resonó por toda la Judea, y el Calvario es hoy el testigo de su muerte: todo se ha consumado.

En fin, habiendo pecado el primer hombre, traxo sobre toda su posteridad la maldicion del Señor. Ni la sangre de los becerros, ni la multitud in-

finita de hostias pacificas que se ofrecian en Jerusalem; podian apaciguar la cólera de un Dios justamente irritado. Era por tanto indispensable otra víctima de un precio infinito, y Jesu-Christo ha venido á ofrecerse. Ya está dispuesto el altar, el sacrificador descarga el golpe, la víctima espira, y la gloria del Señor está vengada: todo se ha consumado.

Hermanos míos, este importante sacrificio es el que va á fixar vuestra atencion en esta lúgubre solemnidad. Sufriendo Jesu-Christo por nosotros tantos dolores y tormentos, ha venido á curar nuestras enfermedades. Muriendo por nosotros, ha venido á sacarnos del estado de perdicion y de muerte en que habíamos caído por el pecado de un hombre solo; pero entre muchos objetos que se representaron á esta adorable víctima en el instante de su sacrificio, hay tres que llevan principalmente su atencion: á saber, la injuria hecha á Dios por el pecado, la qual era indispensable reparar: la llaga hecha al hombre por el pecado que era preciso curar: el triunfo del infierno por el pecado que era preciso contener. Vais,

hermanos mios, á ver como reune Jesu-Christo en la reparacion del primero de estos objetos todo quanto se necesita para ocurrir á los otros dos.

En efecto, si subimos hasta el principio del pecado, que es la fuente de todos nuestros males, conoceremos tres suertes de injurias hechas á Dios, las quales repara Jesu-Christo. Si le consideramos como el autor y el consumidor de nuestra fe, le seguiremos en los tres sacrificios que ofrece á su Padre; y si fondeamos la corrupcion de nuestro propio corazon, descubriremos en él tres causas ó motivos de pecados que Jesu-Christo condena.

Adam desobedece al Señor, y Jesu-Christo se hace obediente hasta la muerte, y condena nuestro espíritu de independencia. Adam se quiere hacer igual á Dios, y Jesu-Christo se anonada y condena nuestro orgullo. Adam no se contenta en el estado feliz en que el Señor le ha puesto, y Jesu-Christo es paciente en el estado de sufrimiento á que le reduce su amor por nosotros, y condena nuestras murmuraciones. Toda la moral de este misterio se contiene en estas tres reflexiones que voy á exponer. Jesu-Christo

to en el jardin de las Olivas empieza su sacrificio por la obediencia. Jesu-Christo delante de sus Jueces santifica su sacrificio por las humillaciones. Jesu-Christo sobre el Calvario consume su sacrificio por la paciencia.

No venimos, hermanos mios, á pedirnos lágrimas, sino demostraciones de un verdadero arrepentimiento. Si nuestro corazon, verdaderamente compasivo, viene á buscar objetos que le enternezcan, os advierto de parte de Jesu-Christo, que el pecado y el estado funesto á que se ven reducidas vuestras almas son el objeto de vuestro dolor.

Cruz adorable de mi Dios, tú fuiste en otro tiempo una materia de escándalo para los Judíos orgullosos; pero ahora serás para nosotros el testimonio mas brillante de la sabiduría de nuestro Dios. Tú tienes sobre tí al Legislador de la nueva alianza, y nosotros queremos vivir y morir baxo tus leyes. Crucificados en adelante para el mundo y el pecado, queremos darnos enteramente á aquel que se ha dado y sacrificado todo por nosotros.

Primera parte. Hace mucho tiempo que el Señor se disgustaba del culto

judáico, y así habia dicho por uno de sus Profetas: No puedo sufrir sus incienso, aborrezco sus sacrificios. En efecto, todo era hipocresía en Israel, y este pueblo, tan fiel en la apariencia, merecia que frecuentemente se le motejase de dureza. Ellos se lisonjaban de observar con toda exáctitud la ley del Señor; pero no conocian mas que la letra, sin poner cuidado ni atencion en su espíritu. Es verdad que no se atrevian á desobedecer las órdenes de su Dios, porque tenian á la vista los castigos terribles que en todos los tiempos habia hecho contra los transgresores de su voluntad. Tres Levitas fuéron tragados por la tierra á causa de haber sublevado al pueblo contra las órdenes de Moysés: los dos hijos de Aaron fuéron devorados por una llama que salió de lo interior del altar por haber quemado un fuego extraño delante del Arca: un Judío fué condenado á muerte por haber violado ligeramente un dia de Sábado: Achán fué apedreado por haber guardado una parte de los despojos de los Amorreos. Tan terribles castigos eran necesarios para contener á Israel en la obediencia. ¡Pero qué obe-

diencia, gran Dios! Vosotros, hermanos míos, que acaso venis forzados en estos dias por las leyes de la Iglesia á sentaros en la mesa de Jesu-Christo, podeis responderme á esta pregunta: ¿Deberémos emplear sentencias y anatemas para que vengais á los pies del Sacerdote á confesar vuestros pecados? Si no estuviésemos tan atentos en observar vuestra conducta, ¿quántos de vosotros permaneceríais en la mayor indiferencia? Si, vuestra obediencia nace del miedo como la de los Judíos, y solo se exercita por comodidad y por costumbre. Pero Jesu-Christo para reparar las imperfecciones de la obediencia de los Judíos, y rectificar con su exemplo los defectos de la nuestra, se somete con prontitud, obedece con firmeza, y executa con perseverancia.

Digo que se somete con prontitud, porque sus momentos son los de su Padre. Miéntas que la voluntad del Señor no le llama al sacrificio, se contenta con llorar sobre Jerusalem, con advertirla que va á caer sobre ella la sangre que ha derramado de los Profetas; que el Padre de familia viene pronto á visitar lleno de furor á los obre-

ros ingratos que tengan valor de atentar contra la vida de su hijo. Pero apenas se cumplen los instantes señalados en los designios de Dios, quando abismado Jesu-Christo en el pensamiento de su sacrificio, entra en el jardin de las Olivas, á fin de que este lugar, testigo tantas veces del fervor de sus oraciones, lo sea tambien de la sinceridad de su obediencia: el conocimiento de que le espera una muerte inevitable no le detiene ni un momento. El Egipto en su infancia le ofreció un asilo contra el furor de Herodes, aunque pudiera haberse substraído de su crueldad por otros medios. Una sola palabra suya habia sido suficiente para librar á muchos del espíritu impuro, y arrojar legiones enteras de estos espíritus de las tinieblas. ¿Le faltaria en esta ocasion otra palabra, si quisiese servirse de ella, para librarse de los enemigos que le persiguen? Sí, hermanos míos, le falta esta palabra, porque los pecados del género humano solicitan su muerte; la voz de nuestras iniquidades se levantaba para pedir que se le crucificase. Como solamente habia venido al mundo para ponerse en lugar de las otras víc-

timas que no agradaban á su Dios, no quiere pasar de este mundo á su Padre sino despues de haberle ofrecido el sacrificio mas perfecto de su obediencia; y como va á ofrecer este sacrificio por los hombres pecadores, los interesa y asocia á sus tormentos.

El Evangelio nota que quando fué al monte de las Olivas tomó consigo á Pedro y á los hijos del Cebedeo, y que empezó á entristecerse, y angustiarse; pero estos hombres que deseaban con tanto ardor participar de su reyno y de su gloria, no toman sin embargo un grande interes por sus oprobrios, porque todavía eran carnales. Lo que deseaban únicamente era contemplar siempre sobre el Tabor; pero no el mortificarse ni velar con él una hora, y así se duermen, y merecen que Jesu-Christo les diga: ¿no habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no entreis en tentacion. Christianos, velad con Jesu-Christo, estad continuamente en centinela sobre todos los sentidos: guardad con fidelidad la puerta del corazon: haceos inteligentes en los caminos de la salud: tened los ojos siempre abiertos sobre las necesidades de

vuestros hermanos. Velar con Jesu-Christo es estar siempre atentos á los designios de la Divina Providencia sobre nosotros, consultarle y preguntarle en todas las dudas, referirse á él en todos los sucesos de la vida, depositar en su seno todas nuestras inquietudes y sobresaltos; pero llevar con mas impaciencia la pérdida de un bien perecedero, de una ventaja temporal, que la pérdida de la gracia: ser mas insensibles á los gritos de la conciencia que á las cosas que estorban nuestra fortuna, esto es, dormir un sueño muy profundo, y dar motivo á que Jesu-Christo tambien nos reprehenda, diciendo: ¿no habeis podido velar una hora conmigo?

Jesu-Christo vela y ora, y de esta suerte manifiesta toda la firmeza de su esperanza. Mi alma está triste hasta la muerte, dice á sus Apóstoles, y sumergido en la mayor tristeza, no recurre á los hombres para que le consuelen, sino á su Padre, lanzando al cielo profundos suspiros; pero este Dios, que siempre se ha declarado el Protector del justo oprimido, parece ahora sordo á las voces de su Hijo. Un Angel baxa del cielo para confortarle, porque de aquí solamente

vienen los verdaderos consuelos; pero para Jesu-Christo vienen del Cielo mismo las amarguras y los dolores. El Angel consolador le presenta un cáliz, es decir, la copa del furor de su Padre. El solo entre los hijos de los hombres parece que tiene un derecho para substraerse de él, y él solo sin embargo es la víctima. El cáliz que se le ofrece solo contiene los anatemas, y los castigos reservados á los impios, y él es el justo. En este cáliz no hay otra cosa que señales de la cólera de un Dios contra los pecadores, y él es inocente. Si quiere beberle, es preciso que se cargue con los pecados de todos los hombres; que trate de comprar todos los esclavos al precio de su sangre, y que sufra la pena debida á todos los pecados. ¿Hay alguna otra cosa, almas christianas, mas triste y amarga? Si Jesu-Christo mira al Cielo, ya no oye la voz de un Padre que le promete glorificarle: solo ve un Juez dispuesto á vengar vuestras iniquidades, con las cuales él se carga. Si considera la tierra, ya no oye gritar á las gentes como en otro tiempo: Hosanna al Hijo de David: solo ve la boca de los pecadores abierta para devo-

rarle. Si penetra en espíritu los infernos, ya no ve el Angel de Satanás dócil á su voz, ni oye el glorioso testimonio que el espíritu inmundo se vió forzado á tributar á su divinidad, ni distingue otra cosa que suplicios eternos preparados para nuestros pecados. Todo pues le hace temblar. Quando considera el tiempo pasado, ve caer sobre él la desobediencia de Adan, la envidia de los hermanos de Joseph, la cobarde condescendencia de Aaron, el homicidio y el adulterio de David, las prevenciones continuas de Israei, los pecados de Nínive. Si vuelve los ojos al tiempo presente, ve que va á ser la victima de la traicion de un pérfido Apóstol, el objeto de la envidia, y de los zelos de los Fariseos, de la ceguedad de los Judíos y del furor sanguinario de todo su pueblo. Si mira lo por venir ¡ah! este es el espectáculo mas triste: allí ve con el mas vivo dolor inútil su muerte para muchos, su sangre infructuosa, el abuso que se ha de hacer de sus gracias, la profanacion de sus Sacramentos, la ingratitude de los hombres. Christianos, allí ve vuestra glotonería, vuestra irreverencia en las Iglesias, vuestros es-

candalosos exemplos, vuestros pecados de costumbre, las crueles enemistades, las injustas venganzas, las calumnias sangrientas, la mofa y el escarnio de las cosas mas sagradas. Este es el cáliz que le presenta su Padre, cáliz demasiado amargo para beberlo sin repugnancia, y así exclama diciendo: Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz. Pero mi Dios, sois muy justo, y vuestro Hijo muy dócil para no beberlo hasta las heces, y así no como yo quiero, sino como tú.

Venid, hermanos míos, y considerad el momento critico en que el Angel del Señor, ó el Ministro de Jesu-Christo os anuncie que ya es tiempo de hacer á Dios el sacrificio de una vida, que solamente habeis vivido para el mundo. Decidme quando en la última enfermedad llegue á vuestra cabecera, y os haga saber que está cerca la muerte; quando os presente este cáliz amargo; ¿quáles serán vuestras verdaderas disposiciones? Si hemos de juzgar por la experiencia que tenemos de vuestra impaciencia en la mas leve falta de salud, y de vuestras murmuraciones, aun en los trabajos de poca monta; podremos

deciros, que la presencia de un Ministro en este momento os parecerá muy importuna, y que tendreis por pesadas é insufribles sus amonestaciones: En este caso, si pedis al Señor alguna cosa, será que traspase su cáliz; pero dudo mucho que pidais con sinceridad que se haga su voluntad, y no la vuestra.

Jesu-Christo, Christianos, se somete; pero considerad lo que le cuesta su obediencia. Su valor parece que le abandona, le faltan las fuerzas, y cae en una profunda agonía: el sudor y la sangre corren por todo su cuerpo, y su alma sola en este abandono general solo se acuerda de su Dios, y por tanto oraba con mayor vehemencia. El Angel que viene á fortificarle, no le anuncia como á Abraham, que contento el Señor con su sacrificio está satisfecho de las disposiciones de su corazón, ni le dice como á Isaac que puede substituir otra víctima á la suya; sino que por el contrario le hace entender que el Cielo estará sordo á su voz, y que ha llegado ya la hora del poder de las tinieblas: Jesu-Christo entonces colma su docilidad con su perseverancia.

Despues de todo esto, ¿qué es lo

que falta á la obediencia de Jesu-Christo? El habia aceptado el cáliz de la mano del Señor, y se habia ofrecido como víctima: él esperaba la muerte, y ya experimentaba sus horrores; ¿pero un Profeta no habia anunciado que habia de llegar tiempo en que se hartase de oprobrios? Un Angel solo habia sido testigo de su flaqueza, y así era preciso que hiciese á todos sus Apóstoles espectadores de la ignominia de su Pasión. Levantaos, les dice, la hora es llegada: he aquí el que me ha de entregar está cerca. Y estando él hablando, llega Judas Iscariotes, y con él un grande tropel de gentes con espadas y paños. Tres veces preguntan estos impios por Jesus Nazareno, y dos veces basta su palabra para que caigan en tierra: os he dicho que yo soy, respondió Jesus: si me buskais á mí, dexad ir á estos; y entónces el pérfido Apóstol consuma con un beso la mas detestable de las traiciones. Maestro, Dios te guarde, le dice Judas.

El Profeta dixo con mucha razon, que la iniquidad se juzga y se condena á sí misma. Judas por el pecado mas infame trata á Jesu-Christo como pu-

diera tratar al hombre mas infeliz, y le considera como las heces de la humanidad; pero su boca no podia desconocerle por su Soberano, á la manera de esas lenguas sacrílegas que abandonan la virtud quando les incomoda, y la sirven y acogen quando su interes lo pide.

No es esta la sola reflexion que me suministra el crimen de Judas, otra tengo mas instructiva que ofreceros. Subamos al principio de la traicion de este Apóstol, y consideremos que al salir del banquete sagrado es quando se apodera Satanás de su corazon. ¿Cuál será la causa, hermanos míos, de esas reincidencias que afligen la Iglesia de Jesu-Christo, y os deshonoran delante de Dios? Si Judas no hubiera comulgado indignamente, ¿quién sabe si las dulces palabras de su Maestro le hubieran tocado el corazon? Amigo, ¿á qué has venido? Pero ya no llegaron á tiempo, porque habia entregado á Jesu-Christo al demonio de la avaricia: ¿será extraño de esta suerte que le venda á tan vil precio? ¡O que terribles conseqüencias podreis sacar, hermanos míos, de este exemplo! Si no son suficientes para mo-

veros las inspiraciones mas saludables: si las ocasiones mas oportunas no tienen fuerza para cambiar vuestro corazon: si no os convierten las amenazas de los castigos eternos: sabed, que quizá nace todo esto del abuso que habeis hecho del mas augusto de nuestros Sacramentos. Pero no dexemos de admirar la obediencia de Jesu-Christo. El mismo se entrega á sus enemigos. Como á ladron, les dice, habeis salido con espadas y con palos á prenderme: cada dia estaba sentado en el Templo con vosotros enseñando, y no me prendisteis: mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas. Las intrigas de mi pérfido Apóstol ningun poder os darian sobre mí, si la justicia de mi Padre no me hubiera entregado á vosotros. Este tropel de soldados que me rodea, sería un auxilio muy débil si yo llamase una legion de Angeles para defenderme; pero es preciso que se cumpla la palabra de mi Padre.

Ya me parece, hermanos míos, que os oigo preguntarme, ¿adónde estan esos Discipulos, esos hombres tan generosos en sus promesas, á quienes la muerte, hace un momento, era muy

poco para atemorizarlos? ¡Qué! ¿huyen? ¿la menor apariencia les espanta? ¿El primer golpe que se da al Pastor los aleja y los dispersa? Pero permitidme que yo tambien os pregunte ahora, ¿adónde estais vosotros quando en el interior de vuestras casas son Jesu-Christo, su Iglesia, su Religion, sus Ministros el objeto de vuestras barlas, de vuestros desprecios, de vuestras disensiones y disputas? ¿Adónde estais quando permitis que en vuestra presencia se ridiculice la virtud, y se trate de hipocresía la piedad mas sincera y acendrada? ¿Adónde estais quando permitis que á vuestra vista se enseñen y propaguen las perversas máximas de irreligion y de injusticia? ¿Adónde estais quando tolerais que el justo sea el objeto de las sátiras de una turba feroz de calumniadores? ¿Sois Christianos? Si lo sois, ¿no habeis prometido en el bautismo tomar á vuestro cargo los intereses de Jesu-Christo y de su Evangelio? ¡Pero qué desgracia! Mas presuntuosos que los Apóstoles nunca os falta la temeridad quando se trata de formar resoluciones, y de hacer promesas; pero mas cobardes que ellos, os

falta siempre el valor quando se trata de cumplirlas. Solo Pedro emprende defender á su Maestro, y hiere á un siervo del Príncipe de los Sacerdotes; pero su zelo parece que ofende la sumision de Jesu-Christo, y si en esta ocasion le han faltado los prodigios para librarse de las manos de sus enemigos, no le faltarán para curar la oreja del siervo. Jesu-Christo, mas dócil que un cordero que se lleva al matadero, se pone en las manos de sus enemigos; pero si su obediencia condena nuestra indocilidad, la historia de sus humillaciones puede reprimir nuestro orgullo. Nuevas circunstancias de su pasion nos van á suministrar nuevas verdades. En el jardin de las Olivas ha empezado su sacrificio por una obediencia entera, pronta y perseverante, y ahora la va á perfeccionar con las humillaciones. Esta es la segunda reflexion que será la materia de la segunda parte.

Segunda parte. Toda la vida de Jesu-Christo es un tejido, hermanos míos, de humillaciones y de oprobrios. Desde el instante de su nacimiento hasta el de su muerte habian sido señalados todos los momentos de su vida con

humillaciones continuas; pero sin embargo habia dexado siempre entrever algunos rasgos de grandeza y de gloria. Un Angel que baxa del Cielo á consolarle: los soldados que le buscaban echados por tierra á la fuerza de una sola palabra: la curacion milagrosa de uno de los siervos del Príncipe de los Sacerdotes: todos estos prodigios eran pruebas demasiado visibles de su divinidad. En ella se veía una mezcla maravillosa de elevacion y de abatimiento, y un contraste sensible de poder y de flaqueza; pero en este momento de la prision de Jesu-Christo no veréis, hermanos míos, otra cosa que humillaciones. Todo lo que podía afligir mas el espíritu, quanto habia de mas ignominioso para un Dios hecho hombre, se encuentra reunido en esta sola circunstancia. Aquí es donde se ven cumplidas aquellas palabras del Profeta: ha sido tratado como un gusano de la tierra, no como un hombre.

Considerad, hermanos míos, en primer lugar, que Jesu-Christo era un Maestro que habia enseñado la moral mas sublime, y que habia venido para formar discípulos, y enseñarles el ca-

míno que conduce á la virtud, y á la vida; pero apenas cae entre las manos de sus enemigos, quando de tantos Discípulos no le queda ni uno solo que le defienda.

Considerad en segundo lugar, que Jesu-Christo era un hombre irreprehensible en su conducta, y tanto, que se habia atrevido á desahar á los Judíos, diciéndoles: ¿quién me argüirá de pecado? Pero á pesar de su inocencia se le acusa en el tribunal del gran Sacerdote de sedición y de blasfemia.

Considerad en tercer lugar, que Jesu-Christo era un Dios que con milagros tan repetidos y públicos habia dado pruebas de su divinidad; de manera que todos quantos habian llegado á él con confianza habian experimentado efectos sensibles de su bondad; pero hoy es el objeto del desprecio de la Corte del voluptuoso Herodes, el qual por una mera curiosidad esperaba verle hacer algun milagro.

Considerad en quarto lugar, que Jesu-Christo es el Soberano Juez de vivos y muertos, y que con su silencio mismo convence á Pilatos de la inocencia de su corazón; pero ahora se va

vergonzosamente sacrificado á la ambición de este juez.

Considerad en fin, que Jesu-Christo era el Rey de los Judíos, y que Israel era su heredad: que el Príncipe que tenia el cetro era un usurpador, y que á él solo le pertenece el trono y la diadema; pero sin embargo se ve insultado por una muchedumbre de soldados, que hacen de esta brillante calidad y de sus derechos el objeto de sus burlas y sus desprecios.

Entremos, hermanos míos, al por menor de estas consideraciones. La primera de las humillaciones de Jesu-Christo es el abandono de sus Discípulos. En efecto, todas las acciones de su vida parece que debían empeñarlos á unirse y estrecharse con él; pero en esta ocasión no hay cosa alguna que los detenga. Ellos tenían motivos los mas poderosos para no abandonarle nunca. En aquellas ocasiones en que su amor obraba con vehemencia, le habian ofrecido generosamente no desampararle y morir con él. Tú solo, le decían, tienes las palabras de vida eterna. ¿Acaso le faltan ahora estas palabras? ¿Acaso por ser un cordero mudo baxo la tixerá del es-

quilador, dexa de ser el órgano de la Saviduría eterna? El reyno, porque suspiraban con tanto ardor, no debían gozarle sino despues de haber participado de su cáliz. Los doce tronos desde donde habian de juzgar las doce Tribus de Israel, no debían ocuparse hasta que ellos mismos sufriesen los juicios de los pecadores. Esta esperanza era ciertamente muy poderosa para estimularlos á no desamparar á su Maestro. ¿Pero qué diré del reconocimiento á tantos y tan singulares beneficios como habian recibido de su mano! ¿Habian carecido de alguna cosa en su seguimiento? Las ventajas y bienes escasos que habian abandonado para seguirle, no estaban recompensadas sobradamente? ¿No acababan de recibir en el Sacramento de su amor una prueba la mas sensible y tierna de su misericordia, y la prenda segura de una recompensa infinitamente grande? ¿Pues por qué con tantos motivos de union y de estrechez le desamparan? Hermanos míos, buscad dentro de vosotros mismos la causa de este abandono. Los bienes sensibles y perecederos cegaban su razón como la vuestra; las ideas qui-

méricas de establecimiento y de fortuna ocupaban su espíritu como el vuestro: ellos codiciaban mas adelantar en el mundo, que hacer progresos en el camino de la salvacion; y aunque lo habian dexado todo por seguir á Jesu-Christo, todavia no habian aprendido á renunciar á sí mismos. Es verdad que Pedro, mas animoso, ó ménos cobarde que los demas, se introduce en la Corte del Pontífice, y que solo él conserva, al parecer, algun tanto de fidelidad por Jesu-Christo; pero tambien añade él solo á todos sus oprobrios el espectáculo humillante de la negacion mas vergonzosa. Este hombre destinado á dar un testimonio á Jesu-Christo á la faz del universo entero, no se atreve á confesarse á una simple criada por uno de sus Discípulos, y una sola palabra basta para asustarle. La pregunta importuna de uno de los criados del Pontífice le espanta, y le obliga á quebrantar con el mas horrible juramento la fe que habia prometido y jurado á su Maestro.

Christianos presuntuosos, no reconocéis en este pasage que si Satanás consigue tan freqüentes victorias sobre

vosotros, es porque os exponéis voluntariamente al peligro? La curiosidad, por exemplo, os introduce en esas asambleas profanas, en donde el libertinage y la impiedad tienden á la virtud mas pura lazos casi inevitables; y satisfechos de que os podeis presentar en ellas con indiferencia, sacais el corazon corrompido, y vuestra piedad titubeante no ha podido mantenerse firme contra este escollo.

El interes os hace tomar parte en esas compañías criminales, en donde no se reconoce otra ley que la ganancia; y aunque, segun decís, solo pensais en hacer una moderada y honesta fortuna, no debeis sin embargo vuestros bienes sino á la injusticia.

Un motivo aparente de devocion, á la verdad mal entendida, os hace contraer alianzas con ciertas personas peligrosas, que baxo el especioso pretexto del interes que toman en todas las cosas que tocan á la Religion, hablan con ningun comedimiento de la Religion misma, y discurren con poca caridad ácia el próximo. Vosotros pensais encontrar aquí solamente objetos de edificacion; pero acostumbrados á poco tiempo á hablar su mismo language, ya no

respetais ni lo sagrado, ni lo profano.

Yo me extenderia demasiado, si quisiese recordaros la época fatal de vuestras caidas. Llenos de fervor, como Pedro á los pies de Jesu-Christo, ostentais ser los mas fieles y acérrimos defensores de la Religion; pero mucho mas débiles que él, una sola palabra es bastante para que abandoneis la virtud.

Si del abandono de los Discípulos de Jesu-Christo pasamos á una nueva circunstancia, encontraremos en ella una nueva humillacion. Jesu-Christo, aunque irreprehensible en su conducta, se ve acusado de sedicion y de blasfemia en la presencia de Caifas. Como la envidia de los Sacerdotes y de los Fariseos era la que procuraba perderle, fué llevado en primer lugar al tribunal del Príncipe de los Sacerdotes. Aquí junto el consejo esperaban á Jesus, es decir, al enemigo de la Sinagoga, al que mas de una vez habia quitado la máscara á la hipocresía de los Fariseos, y á la avaricia de los Sacerdotes de la ley. Aquí se forman los designios de la mas negra venganza contra el inocente. Su envidia y su rabia habian determinado ya su perdicion, ántes que ninguno le

acusase. Puesto en medio de sus jueces sacrílegos buscaba todo el Concilio algun testimonio falso contra él para hacerle morir. Uno de los Padres de la Iglesia observa, que buscaban con razon un testimonio falso, porque si solo hubieran consultado la verdad, ella bastara para destruir la injusticia de sus menores sospechas. ¿Por ventura se le acusará de robos? Pero él nunca habia deseado, pedido ni poseido cosa alguna: todo su vestido consistia en una túnica y una capa, y segun su doctrina pensar en mañana, es una desconfianza manifiesta de los cuidados de la Divina Providencia. ¿Se le acusará de violencias y de muertes? Pero sus obras hablarán por él: nunca se abrieron sus manos sino para curar los enfermos, dar vista á los ciegos, enderezar á los cojos, y resucitar los muertos. ¿Por tales delitos se reconocen los malos? ¿No hubieran debido los Judíos reconocer por tales prodigios al Hombre Dios? ¿Se le acusará de pecado y de escándalo? Los Fariseos hubieran querido hacerle este cargo; pero la santidad de sus costumbres defendia su inocencia de toda sospecha: se le echará en cara su amor por los

pecadores; pero nunca su indulgencia por el pecado. Ya le habian presentado la muger adúltera, para conocer si el juicio que pronunciaría sería conforme á la ley; pero por haber perdonado su pecado, ¿se podrá decir que le favoreció y autorizó? No, hermanos míos, el testimonio de una buena conciencia nos pone siempre al abrigo de la calumnia de los malos. Vivamos rectamente y en justicia á los ojos de Dios, y la impiedad no hará estragos en nuestra virtud. Pero ya que no se puede condenar á Jesu-Christo por sus acciones, á lo ménos se le quiere sorprender por las palabras. Se le pregunta, es verdad; pero tan puro en su doctrina, como irreprehensible en su conducta, les remite sin temor á la enseñanza que cada día estaba dando en el Templo.

Hasta ahora, hermanos míos, ha estado hablando la verdad, y segun ella Jesu-Christo es inocente; pero ya es tiempo que se levante la mentira para perderle. Dos falsos testigos se presentan, y dicen: nosotros le hemos oido decir: Yo destruiré este Templo hecho de mano, y en tres dias edificaré otro no hecho de mano. ¿Es este el pecado de que se le

acusó? Sí, hermanos míos, pero Jesus callaba, y entónces sorprendido de su silencio el Príncipe de los Sacerdotes, le dixo. Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si tú eres el Christo, el Hijo de Dios. En otro tiempo viniéron los Discípulos de Juan á hacerle una igual pregunta, y los despidió remitiéndolos al testimonio que sus milagros y sus beneficios daban de su divinidad, porque la fé era el principio que los movia; pero al Sumo Sacerdote, como pregunta con dañada intencion para sorprenderle y contradecirle, le responde con amenazas y anatemas: tú lo has dicho: y aun os digo, que vereis desde aquí á poco al Hijo del hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo.

¡Gran Dios! ¡qué terribles son tus juicios! ¡qué tremendos para los que resisten tu voluntad! El Sumo Sacerdote, indiferente á esta sentencia espantosa, toma ocasion de ella para ultrajar á Jesu-Christo, endurece su corazon, rasga sus vestiduras; y de esta manera, dice el Papa San Leon, profetiza sin saberlo que en adelante ha de pertene-

cer á Jesu-Christo el Sumo Sacerdocio; y que ya no serán las manos impuras y sacrílegas las que esten encargadas de ofrecer las víctimas, sino las manos puras de un Sacerdote Santo, que ha de ser al mismo tiempo el Sacrificador y la Hostia. Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? dice el Pontífice. He aquí ahora acabais de oír la blasfemia.

Ministros de Jesu-Christo, vosotros que no conoceis la fuerza del respeto humano, y á quienes la contemplacion y el deseo de agradar no es un estorbo para el cumplimiento de vuestras obligaciones decidme: ¿no recibis este mismo tratamiento de los Christianos quando no estais acordes con sus pasiones y caprichos en la decision de las consultas que os hacen? Hermanos míos, en esta conducta del Sumo Sacerdote no reconocéis la vuestra? Quando con una buena fé aparente quereis saber nuestro modo de pensar sobre vuestras máximas y costumbres, si acaso tenemos la firmeza de contradecirlas, ¿no procedeis á motejar nuestra exáctitud de indiscrecion y de mal humor? ¿No mirais muchas veces nuestros dictámenes

como blasfemias? Por exemplo, amais el juego con exceso, y quisierais que le autorizásemos como una honesta recreacion. Os agradan los espectáculos, y quisierais que se aplaudiera vuestro buen gusto. Os ciega una pasion loca, y deseariais sobremanera que á lo ménos se excusase vuestra debilidad; pero si llenos de zelo os manifestamos el peligro que hay hasta en los mismos placeres; si con el Evangelio en la mano os probamos que no teneis de christianos mas que el nombre; inmediatamente decis que pretendemos turbar la paz de vuestras conciencias, y en el mundo tales hombres son blasfemos. Infelices de nosotros, hermanos míos, si por contemplar vuestras flaquezas, alteramos el santo rigor del Evangelio; pero mas desgraciados vosotros, si la voz de las pasiones tiene mas imperio sobre vuestro corazon que la de la verdad. Temblemos, hermanos míos, al contemplar la ciega obstinacion del Sumo Sacerdote. No bien acaba Jesu-Christo de asegurar que él es Hijo de Dios, quando ya se rompe todo miramiento: entónces le escupen en la cara, le maltratan á puñadas, y

le dan bofetadas en el rostro. Ya no se proporcionan los ultrages á los pretendidos crímenes de que se le acusa: ya no se guarda ninguna fórmula de justicia, ni se siguen otras leyes que las del furor y la venganza. Entónces le llevan atado á casa de Pilatos, Gobernador de la Judéa por los Romanos, el qual para hacer las amistades con Herodes, se lo remitió, á fin de que lo juzgase, y esta es la tercera humillacion de Jesu-Christo.

En efecto, Jesu-Christo era un Dios, y había dado pruebas de su divinidad con tan innumerables prodigios como había obrado en favor de los que venian á él con fé; pero sin embargo se ve hecho el desprecio de una Corte desenfrenada. Herodes quando vió á Jesus, se holgó mucho, porque había largo tiempo que deseaba verlo, no porque quisiese seguir su doctrina, porque ella era muy opuesta á la carne, y á la sangre, y su moral era muy dura para un corazón voluptuoso como el suyo; pero como había oido decir de él muchas cosas, esperaba verle hacer alguna milagro.

Permitidme aquí, hermanos míos,

como de paso una reflexion que me suministra el ministerio mismo que tengo á mi cargo. Muchas veces subimos á las cátedras de la verdad, y como en ellas ocupamos el lugar de Jesu-Christo, deberíamos autorizarnos como jueces para condenar vuestros pecados; pero por el contrario somos juzgados y despreciados de vosotros. Es verdad que concurrís al Templo ansiosos de oírnos; pero esperabais prodigios como Herodes. Para merecer vuestro voto debería poseer el Ministro todos los primores de la eloqüencia humana; debería entreteneros mas bien que mover vuestros corazones; pero si con la respetable sencillez que conviene á tan alto encargo, solo anuncia á Jesu-Christo crucificado, viene por esto á ser el objeto de vuestra indiferencia y desprecio, y muchas veces de sales y dichos picantes.

Jesu-Christo calla en casa de Herodes, y si hubiera hablado, se echarian ciertamente á mala parte sus palabras. Calla, y se trata su silencio de estupidez y de locura. Si hubiera reprehendido á Herodes su incesto y sus deleytes, se le hubiera acusado de insolencia. Ca-

lla, y se le tiene por un insensato, se le viste de una túnica blanca, se le envia otra vez á su primer juez, y Pilato prepara á Jesu-Christo la quarta humillacion que consiste en verse sacrificado vergonzosamente á la ambicion de este juez á pesar de la inocencia de su corazon.

Si la probidad no consistiese en otra cosa que en exterioridades, mereceria Pilato el titulo de hombre virtuoso, porque al parecer se vale de quantos arbitrios puede sugerir la prudencia humana para arrancar al inocente de las manos de sus opresores; pero éstas son prudencias de la carne que reprueba el espíritu de Dios; y como la virtud de Pilato no reconoce otro principio que el orgullo, basta la mas leve pasion para destruirla: su corazon está dividido entre la justicia y el temor, y convencido de la inocencia de Jesu-Christo quiere al parecer absolverle en su tribunal. Atemorizado en el exterior por las voces y murmuraciones del pueblo, toma las medidas mas bárbaras para satisfacer su rabia. En el interior de su casa el sueño de su muger le inquieta y le hace suspender su juicio. A la puer-

ta de su palacio le asusta el nombre del César, y le ahoga el grito de su conciencia para no exponerse á su desagrado.

La conducta de Pilato deberia convencerlos, hermanos mios, de que no puede servirse á un mismo tiempo á dos dueños; que es preciso ser ó de Jesu-Christo ó del demonio, y que la oposicion entre la moral del Evangelio y las máximas del mundo es muy difícil de conciliar. Vosotros inconstantes en la práctica de la virtud, indagais algunas veces la causa de las caídas continuas que os afligen; pero no reparais en las pasiones que os invitan al mal, y que os hacen sacrificar la virtud por mas amable que os parezca á vuestros caprichos é inclinaciones.

Pilato, baxo el especioso pretexto de enternecer al pueblo, despoja á Jesu-Christo de sus vestiduras, le hace castigar con la dura y cruel pena de azotes, y en este estado, texiendo los soldados una corona de espinas, se la ponen sobre la cabeza, le visten un manto de púrpura, y Pilato le presenta así al pueblo, y le dice: ved aquí el Hombre. Consideremos, hermanos mios,

por un momento esta circunstancia de la Pasion de Jesu-Christo, porque ella debe instruirnos ó confundirnos. Si por estas señales se da á conocer el Maestro, ¿por quáles quereis que os reconozca por sus Discípulos? Ved aquí el Hombre: Jesu-Christo solo ha venido al mundo para curar, reparar y consolar nuestros males; y vedle ahora azotado por unas manos crueles. El no ha venido sino para merecernos una gloria inmensa; vedle ahora lleno de oprobrios. Su boca anunciaba siempre la paz, ahora guarda un profundo silencio. Sus miradas cambiaban los corazones mas inflexibles, y sus ojos solo se abren ahora para irritar sus enemigos. ¡Qué es este el Hijo del hombre anunciado por tantos Profetas!

Si, hermanos míos, este es Jesu-Christo: este es nuestro Dios, no le ménospreciamos: este es nuestro modelo, no le desaprobemos: este será también nuestro juez, no nos avergoncemos por verlo ahora tan maltratado. Algunas veces haceis gala de ser de Jesu-Christo; pero quando á vista de este modelo examinamos vuestra conducta, y la conformidad que tenéis con él,

¿pensais que será posible reconocerlos por Christianos? Vuestro luxo, vuestra dissipacion, los afectos mundanos, toda vuestra vida ¿no indica la renuncia que habeis hecho de este honroso nombre? Hermanos míos, no querais ser de este número: acostumbraos á mortificar en Jesu-Christo todos vuestros sentidos: desprended los afectos terrenos de vuestro corazon: vivid crucificados para el mundo y para vosotros mismos, y entónces se conocerá al Maestro en el Discípulo, y á Jesu-Christo en el Christiano: entónces se verá al justo, al santo, al Hombre por excelencia: ved aquí el Hombre.

Los Judíos no miraban á Jesu-Christo en esta circunstancia triste y dolorosa, sino para prepararle dolores mas crueles todavia: los Pontífices y los Ministros daban voces diciendo: crucificalo, crucificalo. ¿Pero qué mal ha hecho, les pregunta Pilato? ¿Extraña pregunta, hermanos míos! En un juicio hecho segun el orden judicial, el exámen debe preceder á la sentencia; pero aquí se abandonan todas las fórmulas legales. Jesu-Christo acaba de sufrir los azotes, ¿y Pilato se atreve á

preguntar su delito? Pero todavía es mayor su injusticia quando se atreve á poner en paralelo á Jesu-Christo con un ladron famoso, llamado Barrabás. Costumbre teneis vosotros, dice al pueblo, que os suelte uno en la Pascua: ¿á quién quereis que os entregue libre, á Barrabás, ó por ventura á Jesus, que es llamado el Christo? Es posible, hermanos míos, que Jesu-Christo, éste Hombre de paz, que no parece entre los hombres sino para aliviar y remediar sus necesidades, sufra una vergonzosa alternativa con Barrabás, que, como dice el Evangelio, acababa de hacer una muerte, la qual pedia una venganza pública; con ese hombre que solo ha vivido para turbar la paz del pueblo, y cuyas manos estan goteando aun la sangre de su hermano? ¿No debía esperarse, hermanos míos, que la injusticia de una accion tan odiosa conmoviese al pueblo; que el peligro de conceder la vida á Barrabás le sirviese á lo ménos para abrir los ojos? ¡Ah, qué poco conoceis el corazon del hombre, quando la malicia y la mala fé le ciegan! El entónces sacrifica facilmente la virtud mas sólida á los vicios mas ver-

gonzosos. Barrabás, ese monstruo peligroso es el objeto de su clemencia. Suelta á Barrabás, le dicen á Pilato. Jesus es el objeto de su furor. ¡Ah! que ya no se le vea en adelante sino para servir de espectáculo al pueblo sobre un infame suplicio. Pilato pretende excusar su injusticia lavándose las manos; pero el pueblo se goza de su abominable crimen, y dice: sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre. ¿No es evidente, hermanos míos, que este pueblo lleva sobre sí visiblemente hasta en nuestros dias el peso fatal de esta imprecacion? ¡Mi Dios, quando reunirás los tristes restos de Israel! ¡quando olvidarás su perfidia!

En fin, todas las estratagemas de Pilato no son bastantes para que este feroz pueblo reforme su injusticia; y por el contrario una sola palabra suya basta para decidir el corazon de este juez vendido á la iniquidad. Si á éste sueltas, le dicen, no eres amigo de César; porque todo aquel que se hace Rey, contradice á César. Este, hermanos míos, es el triunfo de la ambicion. El nombre de César tiene mas fuerza sobre este juez que la inocencia del Hijo de

Dios. El justo parece por delinquente á la vista del pueblo, y la ambicion le condena. Es preciso que perezca sin tener otro delito que el de desagradar al César si se le pone en libertad; y desde este momento ya no piensa Pilato en justificar á Jesu-Christo, le pone entre las manos de los soldados, y esta es la última humillacion para el Salvador.

Jesu-Christo era un Rey. Pilato le anuncia baxo de este nombre al pueblo: ved aquí vuestro Rey, les dice; pero él se obstina en desconocerle, y burlándose los Judíos de esta sublime qualidad, le ponen un manto de púrpura, una corona de espinas por diadema, una caña por cetro, y doblando ante él la rodilla le escarnecian, diciendo: Dios te salve, Rey de los Judíos. ¿Os irritais, hermanos míos, de que se le trate de esta manera? Pues sabed que vosotros le haceis iguales ultrages en su Templo. ¿Qué importa que doblando ante él la rodilla parezca que le rendis los homenages y tributos debidos, si vuestro espíritu está lleno de mil pensamientos que le insultan y deshonoran; si vuestros corazones están inclinados baxo el peso de las pasiones mas ver-

gonzosas! ¿No desaprobais así la adoracion que por otra parte dais á su divinidad? El Profeta en otro tiempo anunciaba á los Judíos que llegaría un día en que este Dios, ahora el objeto de su desprecio, les insultase á ellos; pero, hermanos míos, este oráculo habla mejor con vosotros que con este Pueblo; y temo mucho que este Dios, de quien os habéis burlado á los pies de sus mismos altares, no os arroje de sí en los dias de vuestra turbacion, porque en fin Israel no conocia al Rey de la gloria, y su ignorancia disminuía su delito; pero vosotros podeis desconocerle?

Ya es tiempo, hermanos míos, de pasar á la parte mas interesante del sacrificio de Jesu-Christo. Preparado por la obediencia, fortificado por las humillaciones, va á consumir con su paciencia su sacrificio sobre el Calvario: esta es la última reflexión. Tercera parte. Sufrir, y sufrir con paciencia, mirar los dolores y tormentos de esta vida como otros tantos testimonios sensibles de la proteccion del Señor, es una máxima, mis hermanos, muy conocida en la moral; pero muy

ignorada en la práctica. Los Christianos quieren participar de las ventajas de la fe, sin pasar por las tribulaciones que les presenta la religión. Los unos se engañan sobre la naturaleza de sus aflicciones, y se imaginan que el Señor ha reservado para ellos las mas penosas; otros se engañan sobre su duración, y apenas han llegado á tocar el cáliz con sus labios, quando ya le dexan; otros en fin se engañan sobre el principio de sus penas, y se persuaden que han sufrido bastante para reparar sus faltas. De esta manera ninguno quiere sufrir; pero para curar este espíritu de impaciencia, opondré solamente el exemplo de Jesu-Christo, y diré á los primeros: os quejais de la naturaleza de vuestras tribulaciones; pero tendréis valor para compararlas con los dolores que siente Jesu-Christo. Diré á los segundos: vuestras penas os parecen de mucha duración; pero acaso vuestro Salvador procura abreviar las suyas? Diré á los últimos, comparando vuestras faltas con vuestras tribulaciones, siempre os parecen éstas demasiadas; pero la inocencia del mas justo de los hombres le defiende acaso del

mas cruel de los suplicios? En una palabra diré á todos: Jesus es paciente en el camino del Calvario, sin embargo que lleva sobre sí nuestros pecados. Jesus es paciente sobre el Calvario, y nuestros pecados son los que le crucifican. Jesus es paciente sobre la cruz, y nuestros pecados son los que le quitan la vida. Estas tres reflexiones serán la materia de esta tercera parte.

Jesu-Christo es paciente sobre el camino del Calvario. Este nuevo Isaac lleva sobre sus hombros el madero pesado de su sacrificio, y mientras que su corazón vuela delante de los tormentos, su cuerpo se abate baxo el peso de su cruz. Esta cruz pesada que tanto le debilita, si fatiga al Dios fuerte, al Dios poderoso por excelencia, es porque carga y toma sobre sí todos los pecados de los hombres. Ya veis, pecadores, cuánto le cuesta á vuestro Dios esa delicadeza, ese orgullo, ese luxo, esa sensualidad de que está lleno vuestro corazón. Así quando Jesu-Christo ve que una gran multitud de Pueblos y de mugeres lo plañian, y lloraban, volviéndose á ellas les dixo: hijas de Jerusalem, no lloreis sobre

mí: ántes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos.

¿Qué es lo que veis, Christianos, en el camino del Calvario? Al mas hermoso de los hijos de los hombres desfigurado por los golpes y los tormentos; pero volved al interior de vuestro corazon, y vereis en él esa alma criada á la imagen y semejanza de Dios, desfigurada por el pecado: en él vereis esa túnica de la inocencia lavada en otro tiempo con la sangre del Cordero, y ahora llena de mil manchas vergonzosas. Este es el espectáculo que debe excitar particularmente vuestras lágrimas.

¿Qué ois en el camino del Calvario? Las blasfemias de unos soldados impíos, los clamores de un Pueblo sedicioso pidiendo la muerte de un justo; pero entrad dentro de vuestro corazon, y reconocereis que los desórdenes vergonzosos, ocasionados por las pasiones que reynan en él, los remordimientos punzantes que le atormentan, y los gritos de una mala conciencia piden con mas justo título que se derramen lágrimas de sangre para limpiarlos de tantos pecados.

En fin, ¿qué objetos os presentará el Calvario? El aparato de un suplicio el mas infame, y los ministros de la mas cruel venganza; pero otro espectáculo os llama desde lo interior de vuestro corazon, y os dice, que aquí encontrareis el delinqüente, á quien habeis de castigar, y al crimen que exige vuestra venganza. ¿Acaso, porque Jesu-Christo no se queja, le concederemos solamente el tributo estéril de algunas lágrimas? Injustos, esto seria dar á nuestro Dios la compasion que no rehusamos á qualquiera de los miserables que se llevan al suplicio. Pasemos á la segunda reflexion.

Jesu-Christo sobre el Calvario da nuevos exemplos de paciencia, y nuestros pecados le crucifican. El Hijo de la promesa llega en fin á la montaña destinada al sacrificio. Ya no pregunta donde está el holocausto, porque sabe bien que los sacrificios de los animales han venido á ser abominables á los ojos del Señor, y que su justicia exige una víctima de mas subido precio. Por tanto entrega sus manos y sus pies á los verdugos, y se dexa tender sin resistencia sobre la cruz, que es el al-

tar de su amor. Ni los clavos que le atraviesan, ni los dolores de un cuerpo lleno ya de tormentos, ni el furor de los verdugos y de los ministros que le cercan, le sacan una sola palabra de queja y murmuracion. ¿Qué digo? Su boca hasta entónces muda para defenderse, empieza á pronunciar palabras de paz para sus enemigos: estas palabras son oraciones para los pecadores, y promesas para toda la Iglesia. Padre, decía Jesus, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Los decretos desconocidos de vuestra justicia, los motivos ocultos de mi obediencia, el velo espeso que cubre sus ojos son las causas de mi muerte, y así merecen que los perdoneis, porque ignoran la enormidad de su pecado.

Uno de aquellos ladrones que estaban colgados á su lado le injuriaba diciendo: si tú eres el Christo, sálvate á tí mismo y á nosotros; pero el otro reconociendo que Jesus era el verdadero Dios, le decía: Señor, acuérdate de mí quando vinieres á tu Reyno. Pecadores que me escuchais, si para poner en accion vuestra indiferencia, y ablandar la dureza de vuestro corazon,

nos vemos algunas veces en la precision de recordaros los juicios de Dios, hoy os hablamos solamente de misericordia y de gracia. Acercaos por tanto llenos de confianza al trono de su clemencia. ¿Acaso habiendo asegurado á sus Apóstoles, que quando fuese levantado á lo alto atraeria á sí toda criatura, os desechará á vosotros? En verdad te digo, dixo al buen ladrón, que hoy serás conmigo en el paraíso.

Pero Jesus distingue al pie de la cruz los dos mayores objetos de su amor: una Madre querida, á quien siempre fué obediente, y un Discípulo escogido entre todos los otros que siempre le fué fiel. ¡Quántos Christianos no tienen fuerzas en la última hora para tener á su vista semejantes espectáculos! El amor mismo que los profesan turba, y llena su alma de amargura, porque el hombre quando está cercano á dexar la tierra, ama comunmente con mas intension las cosas terrenas. ¿Queremos que en los últimos momentos no molesten ni turban nuestro espíritu los cuidados temporales? Pues fíxemos los ojos en Jesus-Christo al espirar en la cruz. Entónces no ve en su Madre y en su Dis-

cípulo sino los instrumentos de la consumación de la obra que el Padre le había confiado. En el Discípulo que amaba ve á todos los hombres para recomendarlos á María en su cabeza, diciendo: Mujer, he ahí tu Hijo: y en María ve una Madre llena de ternura para ser la mediadora de todos los pecadores; y así le dice al Discípulo: he ahí tu Madre. Jesu-Christo no piensa tanto en sus tormentos como en nuestras miserias: no son sus dolores, sino nuestros males, los que quiere remediar sobre la cruz. Así, mis hermanos, no os admireis si los Ministros de la Religión santa os presentan tantas veces el misterio de la cruz. No hay virtud alguna sino por ella; no hay otro mérito que el que se saca de los tormentos de un Dios; no hay otro refugio que el que se busca en sus llagas, ni otra esperanza que la que se funda en su sacrificio.

Jesu-Christo había padecido mucho durante su vida, porque toda ella fué un tejido de penas, de trabajos y de humillaciones; pero sin embargo no parecén de mérito alguno mientras que no se ha consumado su sacrificio. Una

sola gota de su sangre bastaba para rescatar al mundo entero; pero vierte muchas gotas al filo del cuchillo doloroso de la circuncisión, y la derrama con abundancia en sus azotes y en su agonía. Una sola de sus lágrimas era suficiente para apagar el fuego de nuestras pasiones, y Jerusalem mas de una vez había sido el objeto de sus llantos. Sin embargo, hermanos míos, estos multiplicados tormentos, este sacrificio continuo, no bastan para satisfacer su amor. Es preciso que se exponga sobre un infame suplicio, y pague todas nuestras deudas; y á medida que se multiplican los pecados, y que los hombres se fortifican mas en ellos, tantos mas tormentos y dolores quiere padecer Jesu-Christo. La ofensa es infinita, y por consecuencia debe tambien serlo la reparación. El hombre lo concede todo á sus pasiones, y Jesu-Christo entrega todo su cuerpo á los tormentos. Levantado sobre la cruz, no se le oye ni una palabra que respire la menor queja; y nuestros pecados sin embargo son los que le quitan la vida. Entre tanto que padece, solo pide que se alivie la sed que le devora. Sed tengo,

dice. Nosotros, si somos eloquentes, pintamos nuestros males con colores capaces de excitar la compasión de nuestros oyentes; y Jesu-Christo habrá dicho demasiado, quando dice que tiene sed? Pecadores, si en esta ocasión está sediento, sólo es de vuestra salud; y si en estos días de misericordia endurcieseis vuestros corazones, le oiriais clamar de la misma manera: sed tengo. Esto fué lo que le dixo á la Samaritana á la orilla de los pozos de Jacob, y ella con pronta docilidad supo apagar el ardor que le devoraba. A vosotros, Christianos, os grita ahora desde lo alto de la cruz, y quizá en este mismo instante imitais con vergonzosa resistencia la dureza de esos hombres que para saciar su sed, le dan á beber hiel y vinagre.

A este insulto siguen las mas horribles blasfemias. Los unos moviendo sus cabezas, le decían: ha, tú el que destruyes el templo de Dios, y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo; y otros, si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. Uno de los ladrones le improperaba diciendo: si tú eres el Christo, sálvate á tí mismo y á no-

sotros. Todos le piden milagros; pero ninguno les será concedido; porque Jesus, al espirar en la cruz, es un prodigio que la naturaleza no puede ver sin horror.

Todo se ha consumado, exclama Jesus. El culto Judaico está destruido: la antigua alianza ya no subsiste: Moisés y los Profetas callan, y el mas justo Legislador viene á dar las mas santas leyes: todo se ha consumado. La plenitud de los tiempos ha venido: un Pueblo nuevo sucede al Pueblo antiguo en la posesion de la herencia: la muralla que dividia al Judío del Gentil ya está destruida: nosotros somos restablecidos en los derechos de que la justicia de Dios habia despojado á nuestros Padres: este es el fruto de todos sus tormentos. Todo se ha consumado. Jesus, dando un grande grito inclina la cabeza, y espira sumergido en el mas profundo silencio; pero un silencio mas eloquente mil veces que todos los razonamientos de la Sabiduría humana.

Ved, hermanos míos, el gran misterio que la Iglesia celebra cubierta de tristeza en estos dias. Ved el impor-

tante objeto que reune hoy en nuestros templos tantos oyentes, y tantos Ministros para instruirlos. ¿Pero cuáles son los frutos que esperais sacar? ¿Habeis venido á ver el tierno espectáculo de la cruz de Jesu-Christo? Los Judíos viéron realmente en otro tiempo lo que ahora veis en figura, y sin embargo no se ablandó la dureza de su corazon. ¿Venis á interesar vuestros sentimientos en la historia de las humillaciones de Jesu Christo? Este mismo Salvador habló sobre la cruz, y todo Israel se endureció á su palabra: ¿volveréis á vuestras casas sin sacar fruto alguno de tantos dolores?

Concluyo, hermanos míos, este discurso refiriendo un pasage del Deuteronomio. Quando se encontraba un muerto en el campo, y se ignoraba el agresor, disponia la ley que se juntasen los ancianos del Pueblo mas vecino, y estando al rededor del cadáver jurasen levantando la mano en nombre de sus conciudadanos, que ellos no habian muerto aquel hombre. Pues aquí, hermanos míos, teneis un objeto para aplicar esta figura. Mirad esta cruz, aquí teneis un hombre el mas inocente de

todos los nacidos, y á quien una secreta y criminal venganza ha desfigurado sobremanera. ¿Conoceis los sacrilegos autores de esta muerte? ¿Os atreveréis á levantar la mano sobre esta adorable víctima, y asegurarme que no teneis parte en ella? ¡Ah, pecadores! si tuviereis valor para dar este seguro, ¿no se abririan en este mismo instante las llagas de mi Señor para desmentiros y confundiros? La sangre adorable que corre todos los dias con tanta abundancia, os echaria en cara vuestro crimen, y os diria que esta boca no es muda, sino porque la vuestra está pronta para las mentiras, para las palabras obscenas, las imprecaciones y las blasfemias: que estos ojos están cerrados, porque los vuestros estan abiertos á los objetos sensuales y terrenos, y muy separados de la miseria del pobre: que este costado está abierto, porque os habeis hecho sordos á la palabra de Dios, y porque habeis cerrado vuestro corazon á su gracia: que estos pies y estas manos estan clavadas en la cruz, porque siendo como sois esclavos de la carne y de los sentidos, habeis hecho servir vuestros miembros por instru-

mentos de la injusticia. Si Jesu-Christo está muerto, vosotros sois sus homicidas y sus verdugos; y mientras que os anunciamos que el cielo se oscurece, y que la tierra tiembla, y que se estremece la naturaleza entera, ¿vuestro corazon no se mantiene insensible?

Señor Jesus, el silencio que guardais sobre vuestra cruz debe ó consolarme ó confundirme. Si resisto á vuestra voz, vuestra sangre me grita que estais dispuesto á vengaros, y que va á venir el tiempo en que esta cruz será formidable á los enemigos de vuestro nombre. Si me manifiesto dócil á tantas lecciones como me habeis dado, vuestras llagas me anuncian que os he costado mucho para no ser el objeto de vuestro amor y misericordia. No debo pues, Señor, temer ni entristecerme, porque debo ser un día consolado con Vos. Haced que en adelante no me separe de una cruz, que es el motivo de mi confianza en la tierra, y que lo será de mi gloria en la eternidad. Así sea.

DOMINGO DE PASCUA
DE RESURRECCION.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO Á LOS CORINTHIOS,
cap. 5. v. 7. y 8.

Hermanos: Limpiad la vieja levadura, para que seais una nueva masa, como sois ázymos. Porque Christo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado. Y así solemnizemos el convite, no con levadura vieja, ni con levadura de maldad, ni de pecado; mas con ázymos de sinceridad y de verdad.

INSTRUCCION.

No podremos llamar, hermanos míos, la fiesta que celebramos hoy el triunfo de la caridad de Jesu-Christo? En efecto en este día es quando el ar-

224 *Domingo de Pascua*
diente y tierno amor que le hizo baxar del cielo á la tierra, consigue no tanto para sí como para su Pueblo el derecho á la inmortalidad. Su caridad le habia hecho semejante al hombre en las miserias de la carne, y hoy se hace el hombre semejante á Jesu-Christo en la excelencia y grandeza de su gloria. El Apóstol penetrado enteramente de esta caridad, nos hace entender con una comparacion admirable la que tenia nuestra cabeza, y la que debe comunicarse á los demas miembros. Considera pues á todos los fieles como una masa nueva inficionada ántes de la Resurreccion de Jesu-Christo, con la levadura del pecado; porque si bien es verdad que ella habia sido pura en su principio, y que habia salido así de las manos del supremo Hacedor; sin embargo se corrompió desde los primeros instantes, y á medida que se fué extendiendo, se hizo la infeccion mas sensible y mas insoportable. Jesu-Christo, este pan baxado del cielo, este trigo de los elegidos, santifica hoy la masa corrompida; arroja al demonio que con su soplo la estaba inficionando; destruye el pecado que ya exhalaba por

de Resurreccion. 225
su corrupcion un olor de muerte; pero tambien impone á cada una de las partes de esta masa renovada diferentes obligaciones que el Apóstol San Pablo describe en esta Epístola, y que la Iglesia nos pone hoy á la vista, porque contienen todo el fruto de tan grande misterio.

Limpiad la vieja levadura, como si dixese: desprendeos de todo lo que participa de la corrupcion de vuestra naturaleza. No trateis en adelante con los pecadores, ó á lo ménos aprended á santificar aquellas acciones y costumbres que la necesidad ó las obligaciones del estado hacen indispensables. No tengais ya gusto en las cosas que son ocasion de pecado, porque es imposible tener parte en ellas sin inficionarse de su corrupcion. El que cometia la injusticia de usurpar ó retener los bienes del próximo, hágase liberal con sus bienes propios, y honre al Señor privándose aun de lo necesario en favor de los pobres. Aquel que alimentaba su corazon con hiel y venganzas, aprenda á exercitar la misericordia, á conservar la paz, y á mantener la union. Aquel que entregaba sus sentidos á la sensualidad, su

corazon á la avaricia, sus ojos á la vanidad, sus oídos á la mentira, las manos á la rapiña, la lengua á la impiedad, el espíritu á la incredulidad y á la irreligion; acuérdesse que todas estas pasiones son propias de la levadura del pecado, y que debe separarse de ellas detestándolas sencillamente, si no quiere corromperse en la iniquidad. Sigamos, hermanos míos, con gusto las ideas de consuelo que nos sugiere esta comparación. Una masa nueva es mas blanda y dócil, se trabaja con mas facilidad, se le da mejor la forma que le conviene, y es mas propia y saludable para el alimento. Tengamos siempre presente que desde que hemos sido renovados por Jesu-Christo en su muerte y en su resurrección, debemos corresponder con la docilidad á tanto beneficio: que como una masa blanda que se presta á todas las formas que quiere darle el que la trabaja, no nos es licito contradecir á las miras que la Providencia tiene sobre nosotros: que si Dios dexa sentir alguna vez su mano con trabajos y miserias, debemos reflexionar que esto es conforme á sus altos juicios: que habiéndonos de formar para la eternidad, es indispensable la

mortificacion: que este soberano artifice da á su obra una forma digna de sí mismo; pero que antes de adquirir el grado de solidez necesario para el reyno del cielo, hemos de experimentar en la tierra nuestra debilidad y dependencia. Pero entre tantas pruebas y trabajos, consolémonos con estas palabras del Apóstol, que podremos aplicar á todos vosotros: sois ázimos. Qué? No encontraremos aquí panes ázimos, esto es, Christianos irreprehensibles, ó penitentes, entre la multitud que concurre á oír nuestras instrucciones? Qué? Será posible que uno solo no haya degenerado de la pureza primitiva que recibió en el bautismo, ó que todos á lo ménos no la hayan recobrado?

Iglesia de Jesu-Christo, no digas en adelante que estás abandonada y destituida de socorros; antes bien pregunta con el Profeta: ¿Quién me ha traído tan gran número de hijos? ¿á dónde estaban? ¿de dónde vienen? Muchos, poco acostumbrados á presentarse en este templo, vienen hoy por la primera, y quizá por la última vez del año: la mayor parte se admiran de verse reunidos en este sitio; pero conso-

lémonos si, según la expresión del Apóstol, forman todos una porción de esta masa nueva, de este pan puro y ázimo que vamos á ofrecer á Dios por Jesu-Christo. ¿Qué digo, hermanos míos? El Espíritu de Dios me manda repetir las palabras que Jesu-Christo mismo decía á sus Apóstoles en la cena: vosotros limpios estais; mas no todos. ¿No podemos, por exemplo, sospechar de la pureza de los que por costumbre desprecian la asistencia á nuestras asambleas religiosas? ¿Qué diremos de los que solo concurren á la parroquia una vez al año, y esto por evitar la nota que tendria su conducta? ¿Jesu-Christo no ha sido inmolado tanto para ellos, como para nosotros? ¿No es el Cordero Pascual para todos? ¿No ha venido á buscar los pecadores, y á correr tras las ovejas que huyen descarriadas? Sí, hermanos míos. Por estas ovejas es llamado principalmente la víctima del tránsito. Pecadores, no huyais, pues que viene á buscaros: escuchad sus llamamientos, mirad este templo, ved este aparato con que la Iglesia recuerda la resurrección de su Esposo: todas son voces con que esta víctima inmolada

habla hoy á vuestro corazón. Sí, Jesu-Christo os habla por el objeto de esta fiesta, que es la mas grande y la primera de todas. Hoy se celebra el mas augusto de nuestros misterios, el primer objeto de nuestra fe, el fundamento mas sólido de nuestra esperanza. La Iglesia en esta solemnidad ve con el mayor interes el derecho que ha adquirido Jesu-Christo á favor de los pecadores para que se reconcilien con su Dios. La pompa de nuestras ceremonias, el adorno y la magnificencia de los altares, el mayor número de Sacerdotes que asisten á la celebración de nuestros oficios, el mayor concurso de los fieles, los cánticos solemnes, que solo respiran alegría y gozo, y sobre todo, un grito universal de victoria y de triunfo anuncia á los pecadores la destrucción de la muerte y del pecado: éste es el lenguaje con que se explica esta tierna y sensible Madre en estos dias.

Jesu-Christo os habla por el exemplo de los justos. La santa costumbre de rendir sus respetos y adoraciones al Señor en fiestas ménos solemnes, aumenta su fervor en este santo dia. Si la consideración de la pasión y muerte

del Señor los tenía sumergidos en la mayor tristeza y abatimiento, hoy que resucita se llena su corazón de la mayor alegría; y si á todo esto se allega la esperanza de la posesion de los bienes eternos, ¿quién podrá contener el gozo de su corazón?

Jesu-Christo os habla por vuestros propios remordimientos si quereis escucharlos. El disgusto con que asistis al templo, la poca decencia con que os presentais, el orgullo, las miradas, la disipacion, todo esto anuncia que nó es la celebridad de la fiesta, la importancia del misterio, y el motivo de vuestra santificacion quien os congrega, sino la ley de la costumbre y los respetos humanos.

¡Ah, hermanos míos! miéntras que os traigan al templo estos motivos, no esperéis conseguir los frutos de la resurreccion. No penseis contaros en el número de los Christianos por venir á dar un testimonio público una vez al año, y aunque vuestra voz acompañe las que cantan el triunfo de Jesu-Christo, no sentirá vuestro corazón aquella alegría que sienten los justos. Para celebrar dignamente este misterio, se re-

quieren las disposiciones esenciales de que careceis, y que necesitais adquirir á toda costa.

El Apóstol, teniendo esto presente, dice: solemnicemos el convite no con levadura vieja. Estas palabras no necesitan otra exposicion que la que acabamos de hacer; y así es fácil de concebir por qué la levadura vieja no es propia de esta fiesta. La Pascua de los Judios, figura de la que celebramos, excluía toda levadura, y se castigaba con pena de muerte al que por descuido ó desprecio la conservaba en su casa. ¿No será pues digno de los suplicios eternos el Christiano que conserva la levadura del pecado quando se dispone á comer el Cordero de Dios? Venir á este banquete con la levadura de la malicia y de la corrupcion, ¿no es hollar la sangre de un Dios, y abusar de su paciencia y su silencio? Lo que se requiere esencialmente para él son panes ázimos de sinceridad y de verdad; esto es, un corazón recto y sincero que ande por los caminos de la penitencia y de la virtud con simplicidad y candor, sin disfraz y sin hipocresía. Esta disposicion, hermanos

mios, es mucho mas rara de lo que se piensa. La Iglesia se queja continuamente de esa muchedumbre de falsos justos y de falsos penitentes que despedazan su seno, de manera que padece mucho ménos por parte de los impíos que la desprecian, de los incrédulos que la combaten, de los pecadores declarados que la escandalizan, que de los hipócritas que la deshonoran. Por tanto procurad, hermanos míos, no ser de este número: aseguraos bien de que ya no existe en vosotros la vieja levadura, y de que manteniendo vuestro corazón en la pureza, y libre de toda malicia y corrupcion, no presentais al Señor sino panes ázimos de sinceridad y de verdad. ¿Pero cómo podrán considerarse seguros los pecadores, si las almas mas fieles no saben si son dignos de amor, ó de odio? ¡Cruel incertidumbre, hermanos míos! pero ella tiene sus límites. Yo supongo que la conciencia no os arguye de cosa grave: veamos si con esa paz interior teneis los ázimos de sinceridad y de verdad. ¿Habeis tenido algun motivo humano que os incline y allegue á la virtud? ¿Vuestros pensamientos son únicamente del reino

de Dios y de la justicia? ¿Teneis de vosotros mismos el justo y santo desprecio que nace de la desconfianza de las propias fuerzas? ¿Oráis con frecuencia, y referis á Dios en la oracion todos los progresos que haceis en la virtud? ¿Tomais en nuestras solemnidades aquel interes que solo puede sostenerse con la fe mas viva? ¿Tolerais al próximo sus defectos? ¿Compadeceis sus miserias? ¿Le perdonais las injurias? ¿Le tratais con el miramiento que exige la caridad, si acaso tiene la desgracia de pecar á vuestra vista? ¿Buscáis al huérfano, á la viuda, al verdadero pobre para socorrerle? ¿Destais ese orgullo que os hacia intolerable con vuestros iguales? ¿Mirais á los inferiores con aquella compasion que exige su abatido estado? ¿Vuestros pensamientos, afectos y deseos se dirigen siempre al cielo? Si procedeis de esta manera, hermanos míos, cantad con toda seguridad que éste es el dia que hizo el Señor. En efecto, él ha hecho este dia para los que le busquen con ázimos de sinceridad y de verdad; pero la conciencia os ha estado arguyendo de mil pecados graves en otro tiempo: habeis vivido años enteros baxo el yugo

del pecado. ¿Estais ya convertidos? Si os damos la absolucion despues que confesais vuestras culpas, si estais ya reconciliados, ¿estais seguros de que los ázimos de la sinceridad y de la verdad están en vuestro corazon? Hermanos míos, si despues de convertidos á Dios habeis roto enteramente con el pecado; si la memoria de vuestros antiguos desórdenes penetra vuestro corazon de un vivo dolor; si empleais ahora en la caridad y la justicia los bienes que en otro tiempo se han sacrificado á los desórdenes, al gusto y al placer; si trabajais sin cesar en asegurar vuestra conversion por los medios de la vigilancia, de la mortificacion, de la humildad, de la oracion y de la caridad; entónces podreis bendecir con los justos el dia que ha hecho el Señor. Sí, él ha hecho este dia para celebrar su victoria sobre el pecado, y la vuestra hace parte de sus conquistas, porque sois deudores de ella á su gracia.

En fin, la conciencia os arguye actualmente de grandes faltas: estais agitados de violentas pasiones, y sujetos á envejecidas costumbres. En este estado podreis encontrar los ázimos de

la sinceridad y de la verdad? Sí, hermanos míos, sin duda conseguireis estas disposiciones con un vivo dolor, con un perfecto aborrecimiento del pecado, y con un deseo verdadero de recobrar la justicia; y si en estos dias, que no podeis presentar aun al Señor un pan del todo sin levadura, le ofrecéis á lo ménos un corazon que deteste la corrupcion y el pecado, celebrareis la Pascua con los ázimos de la verdad y de la sinceridad. Si estais penetrados de estas disposiciones, no dudeis, Christianos, cantar con la Iglesia: Este es el dia que hizo el Señor. En efecto ha hecho este dia para que sea la época de vuestra conversion, la prenda de la reconciliacion de muchos, y para todos el principio de su resurreccion futura y de su gloria eterna. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MARCOS,
cap. 16, v. 1. 7.

En aquel tiempo: Como pasó el Sábado, María Magdalena, y María madre de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir á embalsamar á Jesus. Y muy de mañana

el primero de los Sábados vienen al sepulchro, salido ya el sol. Y decían entre sí: ¿Quién nos quitará la losa de la pueria del sepulchro? Mas reparando, viéron reuuelta la losa; porque era muy grande. Y entrando en el sepulchro, viéron un mancebo sentado al lado derecho, cubierto de una ropa blanca, y se pasmáron. El les dice: No os asusteis: Buscais á Jesus Nazareno, el que fué crucificado: ha resucitado, no está aquí; ved aquí el lugar, en donde le pusieron. Mas id, y decid á sus discípulos, y á Pedro, que va delante de vosotros á Galiléa: allí lo vereis, como os dixo.

INSTRUCCION.

HA RESUCITADO.

En una sola palabra, hermanos míos, vais á ver el fruto de nuestra redencion, el fundamento de nuestras esperanzas, el principio de nuestros consuelos, y el anuncio de nuestra gloria. Ha resucitado. Ya pasáron los dias del duelo, de gemidos y de llantos. La Iglesia, pene-

trada íntimamente de la muerte de su Esposo, no veia ningun objeto capaz de recompensarla de su pérdida, ni de consolarla en su ausencia: pero preguntadla ahora por qué ha dexado sus cantos lúgubres para subrogar otros de alegría; por qué á los lutos y á las tristes ceremonias ha substituido las señales y los adornos de su triunfo. Bien pronto os responderá, diciendo: ya he encontrado á quien mi corazon buscaba ansioso: ha resucitado.

Al fin se han disipado sus llantos, y se han roto las cadenas que aprisionaban á sus hijos. Jesu-Christo su Esposo, vencedor de la muerte y del pecado, viene á darla el seguro de la libertad y de la vida. Es verdad que ha sido preciso que padezca para procurar á su pueblo el derecho de la salud y de la gloria, y que el aguijon de la muerte parece que ha querido aterrarle y vencerle; pero al cabo vencedor del infierno y del pecado, se ha servido de este mismo aguijon para triunfar de ella y abatirla. Esfuércese en adelante el infierno para prevalecer contra la Iglesia: los enemigos de la cruz de Jesu-Christo échenla en cara la muerte ignominiosa

de su Xefe: no importa: una sola palabra bastará para responderles: ha resucitado. ; Y acaso, estando hoy encargado de instruiros y de daros una justa idea de este misterio, tendré necesidad de recurrir á otros lugares? No, hermanos míos: esta sola palabra encierra todo el interés y utilidad que puede ofrecernos la Religion; y así no haré mas que repetiros en nombre de la Iglesia nuestra Madre: no os asustéis: Jesus Nazareno, nuestro hermano, nuestro modelo y nuestro xefe, ha resucitado. Voy pues á examinar con vosotros en pocas palabras las circunstancias instructivas que nos presenta este misterio.

Jesus Christo, hermanos míos, en los días de su mision y sus predicaciones habia fixado la atencion de todo Israel. La santidad de su doctrina y la fama de sus milagros habian atraido en pos de sí las personas mas distinguidas de la nacion por su grandeza y sus talentos; y sus mismas humillaciones y su ignominiosa muerte produxéron en Jerusalem el efecto que ordinariamente causan los sucesos raros y extraordinarios. Las conversaciones rodaban todas

sobre su persona y sus milagros, y cada uno raciocinaba de su muerte segun su capacidad y su disposicion. Los unos sentian que hubiese sido sacrificado al furor de sus enemigos: los otros le condenaban ciegamente por los cargos que le hacia la Synagoga; pero aquellos á quienes tocaba de mas cerca este triste suceso, recibian impresiones muy diferentes.

Los Principes de los Sacerdotes, los Fariseos, los Doctores de la ley, y en general todos los enemigos de Jesus Christo y su doctrina hablaban de su muerte con extraordinaria satisfacción; celebraban haberle inmolado á su venganza, y se prometian el triunfo mas completo sobre sus discípulos y su doctrina.

Pilato le miraba con sobresalto, conservaba un secreto sentimiento de su cobarde debilidad, y la sentencia injusta que habia pronunciado contra el mas inocente de los hombres llenaba su alma de una secreta amargura.

El Centurion, y casi todos los testigos de la muerte de Jesus-Christo miraban este suceso como un prodigio extraordinario; y á vista del interes que la naturaleza entera tomaba en la muerte

del Hombre Dios, empezaban á creer su divinidad.

La mayor parte de los Apóstoles y de los discípulos le traian á la memoria con temor. Como todos habian huido luego que empezó á padecer su Maestro, estaban indecisos sobre la promesa que les habia hecho de su resurreccion. En una palabra, no se encuentra sino un pequeño número de piadosas mugeres que todavia quieren hacer una prueba de su fidelidad y de su amor. Inconsolables con su pérdida, procuran á lo ménos templar su dolor visitando su sepulcro. María Magdalena y María madre de Santiago y Salomé compraron aromas para ir á embalsamar á Jesus.

En estas diferentes impresiones vemos, hermanos míos, el contraste de las disposiciones de los Christianos que forman el cuerpo de la Iglesia. La doctrina de Jesus, sus humillaciones, las máximas de su Evangelio obran de muy diferente manera entre los que hacen profesion de creerlas y seguirlas.

En efecto, quando consideremos atentamente la faz del Christianismo, veremos á los impíos y á los libertinos llenos de gozo como los Fariseos por

los golpes que todos los dias dan á la Religion, por las dudas que inspiran, por las máximas que propagan, por los escándalos que presentan, y que se glorian de las victorias que consiguen sobre la verdad y la virtud, como si ellas no debiesen convertirse en su propia confusion.

Veremos hombres débiles, que como Pilato se dexan arrastrar de los vicios solo por complacer al Pueblo, que pecan mas por flaqueza que por malicia, y que molestados interiormente con remordimientos infructuosos, sienten su injusticia sin tener ánimo para abrir los ojos y caminar por el sendero de la virtud.

Veremos pecadores casi convertidos, y que despues de haber dado sus auxilios á los iniquos como el Centurion, empiezan á conocer que se han dexado seducir, y que estimulados de un temor saludable, forman deseos de conversion.

Veremos justos tímidos, que como los Apóstoles ni tienen ánimo para defender la virtud, ni cobardía bastante para abandonarla del todo, y que sienten interiormente las persecuciones que padece.

En fin veremos Christianos fervorosos, aunque en muy pequeño número, que no pudiendo como las santas mugeres contener los progresos de la corrupcion y del libertinage, procuran á lo ménos con sus buenos exemplos y el buen olor de santidad que llevan tras de sí, prevenir el contagio del pecado.

La Iglesia, hermanos míos, encierra en su seno Christianos de todas estas especies. ¿Y no será de suma importancia para vosotros estudiar, y saber la clase en que os hallais? ¿Sois por ventura del número de esos discípulos fieles á los intereses de su Maestro? ¿Ha hecho en vuestro corazon la impresion que debe el misterio de su pasion y de su muerte? ¿Habéis llorado los pecados que le han puesto en la cruz, y conducido al sepulcro? Pues sabed que no podeis tener parte en la alegría de su Resurreccion, si no la teneis en sus tormentos y dolores.

El Evangelio, proponiéndonos el exemplo de estas santas mugeres, nota que muy de mañana viniéron al sepulcro para darnos á conocer el ardor de su caridad. Bien hubieran podido es-

coger una hora quizá mas cómoda; pero ninguna mas conforme á las intenciones de su Esposo ya resucitado, el qual ama las primicias de los corazones, es decir, los primeros movimientos de nuestro afecto. Pensad bien sobre esto, jóvenes que me escuchais. No olvidéis que en el Evangelio se considera la hora de la mañana como la figura de la juventud; esto es, de aquel primer tiempo en que no se ha dexado sentir todavía el ardor de las pasiones, y en que las máximas de un mundo seductor no han hecho aun fuertes y funestas impresiones. ¿Qué felices si aprovechaseis estos primeros instantes para buscar á Jesu-Christo, y ofrecerle las primicias de la razon y del corazon! Una paz inalterable para el resto de su vida, es el fruto que sacan los que desde la juventud se acostumbra á llevar el yugo del Señor. Jóvenes que me escuchais, aprovechad estos primeros instantes: no esperéis para consagraros á Dios la edad de las pasiones, y la primavera de los placeres; no el tiempo en que las graves ocupaciones y los negocios pidan toda vuestra atencion; no aquel en que la vejez y

las dolencias consiguientes á ella, os impidan dar un paso. La virtud no tiene un momento mas favorable que el de la juventud, porque desde la madrugada de la vida es quando se practica con esfuerzo. Si esperase un viagero para ponerse en camino la fuerza del dia y del calor, ¿no le tendriais por un insensato? Si un soldado hasta puesto el sol rehusase entrar en la pelea, ¿no le tendriais por un cobarde? Pues tened entendido que el sendero que conduce á la patria es muy dificil, y que no se puede caminar por él, sino muy de mañana. Los obstáculos que se han de superar para llegar al término son sin número, y es necesario para ello empezar muy temprano.

¿Pero qué diré, hermanos míos, á los que habiendo llegado á la vejez, no tienen que ofrecer á su Dios sino el escaso resto de sus dias, y las reliquias de sus fuerzas? ¿Les diré que ya es muy tarde para empezar á servirle, y que si hasta ahora han vivido en un olvido total de sus obligaciones y de la Religión, Dios no admitirá el fruto tardío de su penitencia y de sus lágrimas? No,

mis hermanos: la misericordia de Dios es infinita. Qualesquiera que sean los deslices de la vida pasada, aunque vuestros pecados excedan el número de las arenas, todavía no pueden igualar á la misericordia de vuestro Dios. Aunque sean profundísimas las raíces que el pecado ha echado en vuestros corazones, un Dios mas poderoso en bondad, que lo sois en malicia, tiene fuerzas para arrancarlas. Quando al fin del dia se le ofrece todo el corazón, no rehusa admitir el homenaje. Id por tanto en pos de sus Discípulos á buscar su sepulcro, y no temais los obstáculos. Las santas mugeres decian entre sí: ¿quién nos quitará la losa de la puerta del sepulcro? pero no por esto se resfria su ardor, ántes bien al mismo tiempo que proponen esta dificultad, caminan como si ya estuviese allanada. Los Christianos bien pueden asustarse á vista de los escollos que se encuentran en el camino de la salud, porque en efecto, ¿cómo es posible que no se aflijan quando consideren por un lado su debilidad, su poca inteligencia, la inclinacion casi invencible al pecado, y por otro los artificios y las mañas de un enemigo

que nunca descansa? Como no se preguntarán con inquietud, ¿quién me hará superior á tantos obstáculos? Pero qué debe responderles su fe? Ella debe enseñarles que el desaliento es el mayor de todos los escollos; que nunca es permitido mirar atras, porque queda todavía mucho camino, ni renunciar la corona, porque la conquista sea difícil. ¿No es este el escollo de la mayor parte de las conversiones? ¿Los grandes pecadores no le tienen delante ahora mas que en lo restante del año? Sí, Christianos; pero oxalá que considerasen atentamente este lugar del Evangelio. Hay muchos que quieren romper con el pecado, mudar de vida y convertirse; pero encuentran tantas dificultades, son tan estrechos los lazos, y tan fuertes las ocasiones, las pasiones y las costumbres, que no parece posible vencerlas. Esta es la grande piedra que cierra la entrada del sepulcro. Así lo conocen, y se afligen, y preguntan si es posible levantarla; pero se pide la gracia para ello? ¿Se han hecho algunos esfuerzos para aligerarla? ¿A lo ménos han llorado, se han humillado en la presencia de un Dios, ante quien

nada son los mayores obstáculos? No, hermanos míos, inmediatamente se cede á la pusilanimidad y á la indolencia; se contraen nuevos empeños con el pecado, y muchas veces una conversión difícil por todos estos obstáculos, se hace por esta frialdad y desaliento absolutamente imposible, y el pecador se detiene en la carrera.

Christianos, que con motivo de esta fiesta habeis dado los primeros pasos para buscar á Jesu-Christo, no se entibie vuestro fervor, ni se limiten vuestros deseos. Ya que habeis tenido valor para venir á nuestros tribunales, no olvidéis en estos dias las resoluciones y las promesas que habeis depositado en nuestro seno. Si teneis firmeza en estas disposiciones, vereis con que facilidad se allanan todas las dificultades. Los Apóstoles y las santas mugeres que visitan hoy el sepulcro, ven revuelta la losa sin que les cueste trabajo alguno. Es verdad que la conversion es cosa dura, y que no se arrancan sin violencia los objetos de las pasiones; pero esta violencia misma tiene muy dulces consuelos. Una victoria es el camino para otra. Cada paso que dáis ácia Dios,

es un nuevo derecho á los socorros y auxilios que promete á todos los que le busquen. Jesu-Christo dixo en uno de sus sermones, que con la fe se pasarían los montes de un lugar á otro con la misma facilidad que un grano de arena. Esta fe es la que pone en libertad al pecador convertido de las cadenas que le tienen preso, y del peso que le oprime; pero no es esta la última ventaja que consigue. Todo lo que ántes era para él materia de tristeza, se convierte en ocasión de alegría: quanto servía para sus pasiones, se trueca en instrumento de su salvacion. Así nos lo da á entender el exemplo de las santas mugeres que nos presenta el Evangelio. Ellas compraron aromas para ir á embalsamar á Jesus, y por medio de esta ofrenda, repararon el mal uso que ántes habia hecho su sensualidad. En este lugar destinado naturalmente á la corrupcion, pensaban hallar las esposas de Jesu-Christo el objeto de sus sentimientos y de sus lágrimas, y solo encuentran motivos de consuelo y de seguridad. Imitadlas, pecadores, y entonces tendrá Dios para vosotros una conducta igualmente misericordiosa. Sir-

van á la justicia los miembros que en otro tiempo sirvieron al pecado: consagrad á la limosna los bienes que solo han servido para satisfacer vuestros placeres y regalos; adornad los templos materiales de las reliquias de la superfluidad, que tantas veces ha lisongeado vuestro orgullo; y sabed que los templos vivos se resienten de una abundancia, que es el escollo mas peligroso para vuestras pasiones. Entonces vereis que reyna la santidad donde reynaba la corrupcion y el pecado. Entonces ya no exhalará el sepulcro de vuestro corazon un hedor de muerte, sino que se percibirán las señales de una resurreccion sólida y durable.

María Magdalena, y las otras santas mugeres que la acompañaban, ¿qué designio podían tener llevando al sepulcro los aromas? ¿Ignoraban acaso que el Santo, el Christo del Señor no debia experimentar corrupcion alguna? ¿No estaban plenamente instruidas de la promesa que habia hecho Jesu-Christo de resucitar al tercero día? Sin embargo este paso, hermanos míos, es de grande enseñanza para nosotros, y por tanto merece mucha atencion y res-

peto; pero si no podemos llegar á penetrar todos los arcanos que encierra, sepamos á lo ménos, dice San Agustín, que los honores que se hacen á los muertos, esas pompas fúnebres, esos mausoleos magníficos que se levantan sobre sus sepulcros, esas ceremonias lúgubres donde se gasta lo que debía servir mejor para alimentar á los infelices, que mueren muchas veces en la mayor indigencia, esos acompañamientos que anuncian ó la vanidad de los que lloran, ó la ostentacion de los que sobreviven, se dirigen mas bien á su satisfaccion y consuelo, que al sufragio y alivio de los mismos difuntos. ¡Oh! Si tuviésemos la fe de la Resurreccion quando mueren nuestros padres, quando perdemos los hijos, los parientes, los amigos, se moderaría muy de otra manera nuestros dolores y sentimientos: los últimos honores de la sepultura serian en todo conformes al espíritu de Religion, y sin desatender en estas ceremonias la decencia que nos prescriben la naturaleza y el reconocimiento, sus intereses eternos fixarian con preferencia nuestra atencion; y la expiacion de sus pecados, aun aquellos cometi-

dos por mera fragilidad, y que la justicia de Dios nunca dexa impunes en los mismos Santos, renovaria nuestro fervor.

¡Quántas reflexiones pudiera hacer, hermanos míos, sobre la ausencia pasajera de Jesu-Christo, sobre la aparicion del Angel, y sobre las palabras de consuelo, que dice á sus santos Discípulos! Pero las omito, porque las encontrareis abundantes en los cánticos con que hoy celebra la Iglesia la Resurreccion. Deberé sin embargo advertiros, que si hasta aquí habeis vivido en el pecado, y pensais seriamente en vuestra conversion, es indispensable que mediteis el misterio de este dia. Jesu-Christo resucitado es el principio, el modelo, y el premio de ella. Es el principio: llamado el primogénito entre los muertos, nos asegura por la victoria que acaba de conseguir sobre la muerte y el infierno, el triunfo de las pasiones, la derrota de Satanás, y el derecho á la gracia y á la vida. Cantad, pues, este es el dia que ha hecho el Señor: levantad los ojos al cielo, y vereis que si hay recompensas para la virtud fiel y constante, tambien las hay

para las lágrimas y la penitencia, porque Jesu-Christo las ha santificado con sus dolores, y con su Resurreccion las ha dado valor, colmándolas de consuelos.

Jesu-Christo es el modelo de vuestra conversion, y por tanto ha querido hacerse la figura de vuestra muerte y sepultura. ¿Cuál era vuestro estado antes de este día? ¿Qué erais hasta este momento de vuestra reconciliacion? ¿No estabais sepultados en los sepulcros del pecado? ¿Vuestras inclinaciones y pensamientos no formaban al rededor de vosotros esa sábana que os envolvía y os ligaba? ¿Vuestras costumbres inveteradas no eran esa piedra de gran mole que cerraba la entrada á vuestro sepulcro, é impedía que se comunicase la palabra de Jesu-Christo? En este miserable estado, un sueño aletargado y mortal; no os cerraba los ojos á la luz? ¿Quién podrá pues destruir estos obstáculos, y desembarazaros del peso enorme que os oprime? Christianos, el día de la Resurreccion es el que ha escogido el Señor para obrar milagros de esta naturaleza. Jesu-Christo ha sacudido el polvo del sepulcro, y ha de-

xado la sábana que cubria los despojos de su mortalidad. Desde muy temprano se ha levantado para caminar á paso de gigante en una vida nueva. Seguidle, y no le opongais culpables tardanzas á la gracia que os está llamando. Abandonad las relaciones poderosas con los pecadores: no participeis de su corrupcion, y seguid constantemente por el camino de la inocencia y la justicia.

Jesu-Christo es el premio de vuestra conversion. Si despues de su Resurreccion, quando se aparece y conversa con los Discípulos que iban á Emmaus, los llena de un consuelo y ardor inexplicable; si en una sola conversacion se siente su corazon abrasado de amor: ¿cómo deberá abrasarse el vuestro en tan grande solemnidad? Este es el día que el Señor ha hecho para llenaros de alegría y consuelo; y en este día si habeis cumplido con exáctitud las condiciones de una verdadera penitencia, quiere por la comunión santa ser la prenda de vuestra reconciliacion, la fuente de vuestra paz, y el premio de todos vuestros trabajos.

Vosotras, almas fieles, ¿conocéis la

parte esencial que debeis tomar en la Resurreccion de vuestro esposo? Cesen ya en este dia las lágrimas, los saludables temores que os inspiraba tan justamente el conocimiento de vuestra flaqueza. Ya no es licito temer, os diré con un Padre de la Iglesia. Ha venido, sí, este dia, por el qual suspirabais con tanto ardor, y que el Señor mismo preparaba. Quando la Iglesia os ha recordado las humillaciones de su esposo, queria interesar vuestra sensibilidad, y excitar vuestro amor; pero hoy quiere reanimarle con un espectáculo muy diferente. Olvidad por un instante quanto Jesu-Christo ha padecido, ó por mejor decir, comparad los tormentos y las amarguras que ha pasado con la gloria que su Padre le prepara. Entónces abandonado al parecer de su Dios, se quejaba amargamente sobre su cruz, y ahora entra en el goce de todos los derechos, que le da el título de Hijo primogénito, de Hijo muy amado, y el único objeto de las delicias del Padre.

Los Fariseos le habian tratado como á un impostor y sedicioso, le traxeron á sus tribunales, le juzgáron por las reglas que les dictaba el ódio cruel é

injusto que le tenian, y el Señor le nombra hoy por Juez de vivos y de muertos. Pilato, confundiéndole con un malhechor y un homicida, hace que se le tenga en el número de los malvados de la tierra; pero hoy ha recibido un nombre, delante del qual se abate, y se confunde toda criatura. Sus enemigos le han insultado, y en los dias de su afliccion ha sido el objeto de sus burlas y conversaciones; pero Dios ha cuidado de manifestar su poder y su gloria por la magestad y la grandeza de su Resurreccion; de manera que se han visto reducidos sus enemigos á la confusion y al silencio. Sus verdugos le han azotado, le han coronado de espinas, y le han puesto en términos que apenas se podia distinguir si era figura humana; pero el Señor acaba de transformar su cuerpo mortal y pasible en un cuerpo impassible y glorioso. Todo anuncia en él la inmortalidad, de la qual es el principio, y la mas segura prenda. En fin, Jesu-Christo ha espirado sobre una cruz entre mil tormentos y dolores, que trae sobre su cabeza todo el poder del infierno; pero despues que ha resucitado, ya no tiene la muerte

256 *Domingo de Pascua*
imperio alguno sobre él, y su mismo
aguijon es el arma que emplea para
aterrarla.

¡ O muerte ! Ya no tienes derecho
sobre nosotros , porque nuestro xefe
ya no está baxo tu imperio. Bien pue-
des por un tiempo abatirnos y confun-
dirnos ; pero sabemos , y esta esperan-
za debe estar gravada profundamente
en nuestros corazones , que volveremos
á vestirnos de esta misma carne ; que
nuestros ojos no deben cerrarse para
siempre , y que el Redentor y Señor
nuestro los ha de abrir para contem-
plarle , y gozarle en su gloria. Así sea.

SEGUNDA INSTRUCCION

6 CONTINUACION DEL MISMO
EVANGELIO.

HA RESUCITADO.

Tanta es , hermanos míos , la gran-
deza del Christianismo. Sus consuelos
mas tiernos toman su origen en el aba-

de Resurreccion. 257

timiento y en la humillacion. Un pe-
sebre , unos pañales y un establo fué-
ron los aparatos magníficos que estaban
dispuestos para recibir á nuestro Rey
naciente. Estas eran sus grandes rique-
zas , estos sus palacios suntuosos ; pero
un sepulcro y una sábana donde en-
vuelven su cuerpo llagado y sangrien-
to son hoy los trofeos de su victoria.
Las santas mugeres entran en el sepul-
cro , lugar de separacion y de olvido,
de tristeza y de duelo. ¿ No es ésta,
Christianos , una importante leccion pa-
ra enseñarnos que el retiro y la peni-
tencia son las disposiciones mas esencia-
les para participar de tan santos miste-
rios? ¿ que el grito de la resurreccion no
se dexa oír en esas juntas y tertulias tu-
multuosas donde hablan las pasiones?
¿ que un corazon acostumbrado á alimen-
tarse con las falsas alegrías del siglo es
incapaz absolutamente de gustar de los
consuelos que salen del sepulcro de Je-
su-Christo?

Dígase á los sectarios y adoradores
del mundo que entrando las santas mu-
geres en el sepulcro , viéron un man-
cebo sentado al lado derecho , cubierto
de una ropa blanca : ellos no verán en

258 *Domingo de Pascua*
esto sino una relacion fria é insípida, incapaz de excitar en su corazon la menor idea de admiracion y reconocimiento; pero un Christiano que en la santa Quaresma ha sabido afligir su alma con la penitencia, y disponerla para la alegría de la resurreccion, encuentra en estas palabras del Evangelio todo el sentido que contienen, y las mira llenas de dulzura y encantos. Este mancebo, vestido todavía con el traje de la juventud, le anuncia que al acabar sus dias conservará como el águila la esperanza de ser renovado y transformado, y que el cuerpo glorioso de Jesu-Christo es el modelo de su renovacion futura. El lado derecho que ocupa el Angel del Señor, le recuerda la consoladora separacion de los justos que debe hacer el Hijo del hombre, quando parezca sobre el trono de su justicia, y los suspiros del alma fiel por este momento en que su Dios le llamará por su nombre para colocarle á la derecha en el número de los benditos de su Padre. Ese vestido resplandeciente, y tan blanco como la nieve misma, es una figura admirable del vestido incorruptible é inmortal con que ha de adornarse, y

de Resurreccion. 259
que le hará olvidar la corrupcion, la miseria y la enfermedad en que gime su naturaleza. La fé le hará creer entonces que se junta ya en la gloria con aquel que se ha dignado, por su misericordia infinita, hacerse semejante á nosotros en la carne. Un Christiano que piensa de esta manera, estudia y penetra el misterio de este dia. La situacion y la postura en que las santas mugeres encuentran al enviado del Señor, le enseñan que la calma y la paz tomarán el lugar de todas las agitaciones y combates de la vida presente, y que la resurreccion enxugará las lágrimas de los que lloran, disipará las inquietudes y sobresaltos de los que temen, y asegurará la posesion del bien á los que esperan.

¿Pero son éstas, hermanos míos, las ideas de las virtuosas mugeres que vienen á visitar el sepulcro? ¡Ah! El Evangelio nos advierte que se pasmaron, y esta primera impresion es muy consiguiente á las circunstancias en que se hallaban: ellas buscaban á su Esposo, no le encuentran, y se afligen. Nosotros, hermanos míos, debemos imitarlas y seguirlas. Si temiesemos como se

debe la separacion de Jesu-Christo : si evitasemos con mas cuidado aquellas acciones que nos apartan de su amor; si se le diese de tal manera la preferencia que ni aun tuviesemos apego á los consuelos que la Religion misma nos comunica, ni á los canales, ni á los instrumentos, ni á los Ministros de que se sirve para hacernos partícipes de ellos, no caeriamos tantas veces en pecados tan graves. Las santas mugeres temen y se pasman con razon; pero Jesu-Christo no tardará mucho tiempo en calmar sus temores. Las palabras del Angel disiparán toda su inquietud y sobresalto. No os asusteis, les dice. Buscais á Jesus Nazareno, el que fué crucificado : ha resucitado, no está aquí: ved aquí el lugar en donde le pusieron. Mas id, y decid á sus Discipulos, y á Pedro que va delante de vosotros á Galilea : allí lo veréis, como os dixo.

Meditemos, hermanos mios, estas palabras : no os asusteis. Esta es la primera ventaja que debe producir la resurreccion. Todo era temores para el hombre ántes de la consumacion de este misterio. El debia temer á su Dios, no con aquel temor filial que ama, que

espera, y que desea, porque Dios era un Juez inexorable, que no se mitigaba con víctimas terrenas, y para quien no habia satisfacciones bastantes; pero Jesu-Christo no resucita hasta que ha consumado el sacrificio universal, hasta que ha ofrecido la única víctima que su Padre no podia desechar, y así por su resurreccion ha entrado en la posesion del Tabernáculo eterno, en donde debe presentar continuamente la sangre de propiciacion por el pecado. Ya desde entónces no hay temor para los hijos de la resurreccion sino aquel que está unido con la caridad.

El hombre debia temer la muerte, porque ella era el tributo del pecado, la puerta del infierno, la que le constituia en una desnudez universal, y en una indigencia vergonzosa; pero Jesu-Christo mismo es la resurreccion y la vida, haciendo de la muerte un tránsito. Ella ya no nos despoja, sino que nos enriquece; ya no nos humilla, sino que nos ensalza; ya no nos desfigura, sino que nos comunica un resplandor, y una luz infinitamente superior á nuestra naturaleza. Temed la muerte todos los que la mirais como la cesacion de

los gustos, y de las satisfacciones mundanas, y como el aniquilamiento de vuestro ser, porque oculta para vosotros un principio de reprobacion que no conoceis; pero nosotros que levantamos los ojos á Jesus resucitado, no solo la esperamos, sino que la deseamos con ansia.

El hombre debía temer al enemigo de la salvacion: sus victorias no se habian interrumpido desde la caída de Adán, y todo era una piedra de tropiezo y de escándalo. El mundo era un vasto reyno en el qual habia establecido su imperio el Príncipe de las Tinieblas, de suerte que solo habia dexado un puñado de adoradores de Dios en la tierra. La Judéa sola tenia el nombre de pueblo suyo, y mas de una vez habia encontrado Satanás el secreto de seducir y cautivar esta nacion escogida; pero ya se acabó su imperio. El mismo Rey de la gloria ha levantado su estandarte, y debe reynar por la Cruz, debe triunfar por la muerte, y debe hacer glorioso su sepulcro estableciéndolo por centro de su victoria. Almas fieles, seguid los trofeos de vuestro vencedor: no temais que haya quien se

atreva á ofenderos baxo mano tan poderosa.

El hombre en fin, debía temerse á sí mismo, porque tenia pruebas muy repetidas de su flaqueza. Cada uno de sus pasos estaba señalado con caidas las mas humillantes y vergonzosas. ¿Tenia por ventura en esta situacion alguna cosa sobre que apoyarse? No sobre la ley, porque su letra que mata era para muchos una ocasion de muerte. No sobre los sacrificios, porque el Señor los abominaba. No sobre las ceremonias de un culto exterior y sensible, porque el Judío mas fiel no poseia sino la sombra y la figura. Solo el Christiano encuentra en Jesu-Christo todo lo que le falta: la ley y el Legislador, el Sacerdote y la víctima, la realidad y el fin de todas las cosas, la fuerza y la gracia, la justicia y la caridad, y si la voz de sus enfermedades se levanta todavia para desalentarle y abatirle, hoy sale del sepulcro una voz consoladora que le prohíbe temer.

Pudiera, hermanos míos, extenderme mucho sobre esta verdad, porque ella es inagotable, y tiene relacion con casi todas las máximas de la vida chris-

tiana. Pudiera recorrer todos los estados despues de haber considerado las diferentes situaciones del hombre, y probaros que el pecador, baxo el peso de sus costumbres y sus cadenas; que el pobre en la extremidad de su indigencia y su miseria; el justo á la vista de sus fragilidades y flaquezas; y el christiano sumergido en las aflicciones y trabajos; ya no tienen que temer, porque la resurreccion de Jesu-Christo ofrece á todos consuelos y recursos inagotables; pero lo dexo, hermanos míos, para que cada uno de vosotros, segun vuestro fervor y necesidades, entre á penetrar y meditar el espíritu de este misterio. Entónces os oirémos clamar desde el interior de vuestro corazón con el Profeta: alma mia, bendecid al Señor; publicad sus maravillas, decid á todos los que temen que está lleno de clemencia y de bondad. Su misericordia y su atencion no se limitan á algunos favores pasajeros, á algunas ventajas temporales. El es el Dios de la eternidad, y su misericordia tendrá tanta duracion como él mismo.

Señor Jesus, haced que despues de esta solemnidad podamos cantar este

cantico con la misma confianza. En estos dias en que los pecadores hacen algunos esfuerzos, podemos esperar alguna cosa, y prometernos su reconciliacion, y su conversion. Dios mio, que no salgan vanas nuestras esperanzas. Sed para ellos el Dios de las misericordias, asegura sus pasos en los caminos de la salud: que canten ahora con los justos el cántico de su resurreccion y su libertad, y que consigan continuarle en la eterna bienaventuranza. Así sea.

DOMINGO
DE QUASIMODO.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN JUAN,

cap. 5. v. 4. 10.

Amados míos: Todo lo que nace de Dios, vence al mundo: y esta es la victoria que vence al mundo, nues-

tra fé. *Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Este es Jesu-Christo, que vino por agua, y por sangre: no por agua tan solamente, sino por agua, y sangre. Y el espíritu es el que dá testimonio, que Christo es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio en el Cielo: el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo: y estos tres son una misma cosa. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, y el agua, y la sangre: y estos tres son una misma cosa. Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios: pues este es el testimonio de Dios, que es el mayor, porque él ha testificado de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene en sí el testimonio de Dios. El que no cree al Hijo, le hace mentiroso: porque no cree en el testimonio que Dios ha dado de su Hijo.*

INSTRUCCION.

El Apóstol San Juan, hermanos míos, en la Epístola que acabais de oír, recoge en muy pocas palabras todo el fruto de los misterios que hemos celebrado, y aplicándolas la Iglesia á la solemnidad del día, quiere enseñarnos á indagar de quien proviene nuestra victoria, y por qué medios podemos asegurar sus frutos. En efecto, ¿de qué nos serviría haber cantado con alegría los triunfos de nuestro Xefe, y los derechos que adquirimos por su victoria, si olvidando todas nuestras prerogativas, vivimos siempre en la esclavitud de Satanás, y bajo la ley del pecado? Esta desgracia, mis hermanos, es ciertamente muy deplorable, pero tambien demasiado comun. ¿Quántas bocas se han abierto en estas Pascuas para cantar con la Iglesia, este es el día del Señor, que sin embargo subsisten en los mismos pecados, en las mismas costumbres, y en las mismas cadenas que forman sus pasiones?

Voy, pues, á enseñaros los obstáculos que hay para la libertad, y lo que podeis hacer para preservaros de los lazos del demonio; y para ello me valdré de las palabras de nuestra Epístola.

Amados míos, todo lo que nace de Dios vence al mundo. Para entender bien la razon con que la Iglesia aplica estas palabras á la solemnidad del día, es preciso recordaros que el Sacramento del Bautismo se administraba solemnemente en la Pascua en los primeros tiempos del Christianismo: que toda la octava de esta grande fiesta estaba consagrada á instruir y afirmar á los neófitos en la fé que habian recibido: que el día último se destinaba enteramente á fortalecerlos y darlos auxilios contra los peligros que les rodeaban, y despojándolos entónces de la túnica blanca que les habian puesto al acabar de bautizarlos, se les exhortaba á que conservasen su inocencia para presentar esta túnica preciosa en el tribunal de Jesu-Christo. Por tanto dirige la Iglesia á los Christianos recién bautizados estas palabras: todo lo que nace de Dios vence al mundo; pero su sentido todavia es de mayor extension, porque ha-

biendo nacido todo Christiano de Dios, tiene un derecho á su victoria: si le vencen, es porque no ha hecho uso de las armas que se han puesto entre sus manos. El Apóstol no pretende por esto que sean invencibles los que una vez han sido revestidos de la brillante qualidad de hijos de Dios. Esto se consigue con una fé constante, y así prosigue. Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fé. Sí, la fé es el arma con que podemos arrostrar todos los peligros; pero cuidado no demos en el escollo de la presuncion. Nuestras caidas continuas, los desórdenes que nos cercan, el escándalo que recibimos de las faltas que cometen muchos á quienes teniamos por impecables, nos enseñan á temer siempre, y á no confiarnos ni en nuestras propias fuerzas, ni el título de hijos de Dios, porque este título mismo puede servir para nuestra condenacion si abusamos de él; pero sin embargo no es un título vano: sus derechos son positivos, y el Apóstol quiere que los conozcamos para reanimar nuestro valor; mostrándonos al mundo vencido por la fé con todos sus atractivos, deleytes y peligros.

Apliquemos en efecto esta verdad á las tentaciones mas violentas, y veremos como extiende la fé su imperio sobre lo que tiene mas halagüeño la naturaleza. No juzguemos de la fé por la cobardía, y flaqueza de la mayor parte de los Christianos, á quienes la menor tentacion saca de su quicio, que se abaten á la menor tribulacion, que se dexan seducir por el menor atractivo, y que se ven presos, y cautivados por la satisfaccion mas escasa. Estos Christianos, ó no tienen fé, ó no hacen uso de las armas que la fé pone en sus manos. Juzguemos de la fé por los prodigios que ha obrado en otro tiempo. Por la fé, dice el Apóstol, los Santos del Antiguo Testamento han vencido los reynos, han obrado la justicia, han conseguido las recompensas eternas. ¿Pero por qué causa esta fé tan victoriosa en aquellos dias en que no presentaba sino figuras y sombras, ha de conseguir ménos victorias en estos tiempos en que ha llegado á tocar la realidad? Esta fé que obra por la caridad es la que hacia preguntar á San Pablo, si habia alguna cosa que pudiese separar á un Christiano del amor y la fide-

dad que debe á su Dios. No el hambre, es decir, la escasez, la miseria, la pérdida de los bienes de este mundo, ó la dureza de aquellos de quienes se pueden esperar. Un Christiano que vive de la fé, no pide sino lo necesario, trabaja para procurárselo, solicita humildemente lo que le falta, lo espera lleno de confianza de la mano de Dios, se contenta con lo poco que le concede, no desea mas de lo que se le da, y se promete otra vida donde los bienes del siglo presente se contarán por nada, porque gozará de otros mayores y verdaderos. Este pensamiento es muy poderoso para que triunfe de una de las mas grandes tentaciones del mundo.

Consideremos á este mismo Christiano hecho el blanco de la calumnia, expuesto á la envidia, víctima de la perfidia, y entregado, en una palabra, á la malicia de los malos. La fé le dice con Tertuliano, que esta malicia misma es una leccion que Dios le da; que Jesu-Christo, su Xefe, ha experimentado quanto ella puede dar de sí, y la ha vencido: que la dulzura, la paciencia y la paz son armas mucho

mas poderosas, porque con ellas se destruye al enemigo, y se asegura una perfecta victoria. Pero ya que se pueden vencer estos enemigos, ¿podrá el mundo atraer con sus caricias y deleytes al que ha tenido valor para resistir sus desgracias? No, hermanos míos: la fé le enseñará que aquel que se queja de los hombres, dexa de ser servidor de Jesu-Christo: que los que quieren ser ricos estan expuestos á caer en una multitud de deseos perjudiciales á la salvacion: que la elevacion y la grandeza son en sí mismas muy peligrosas: que los poderosos, y los que estan constituidos en mayores dignidades, serán mas poderosamente atormentados. Estas reflexiones le inspirarán el desprecio de las riquezas, el amor de la medianía, y le harán superior á todos los placeres y atractivos del siglo.

Estos son, hermanos míos, los efectos que produce la fé. El Apóstol, para que los Christianos no se engañen y tomen una cosa por otra, les hace una descripcion exácta de los objetos que nos propone esta fé para que arreglen sus costumbres á ella. ¿Quién es en efecto el victorioso del mundo sino

aquel que cree que Jesu-Christo es el Hijo de Dios? Este es el único é invencible modo de triunfar; pero si solamente se cree en espíritu sin someter el corazon á las verdades de la fé; si solo se profesan los dogmas con la boca, y nunca se atestiguan con las acciones, ¿qué recursos podemos prometernos en esta fé, que si acaso inspira el temor, destruye por otra parte el amor y la confianza? La fé victoriosa del mundo es la que cree que Jesu-Christo es el Hijo de Dios, y Dios como él. En esta qualidad es el objeto de nuestras adoraciones, de nuestros respetos, de nuestra docilidad y nuestra imitacion, y por consequencia nos dirige á meditar sus máximas y á practicar su ley. Creer en Jesu-Christo es creer todos los misterios de su vida. Creer, como dice el Apóstol, que ha venido por agua y por sangre; esto es, por el agua que nos santifica, por la sangre que nos purifica, y por el agua del Bautismo que quita las menores manchas del pecado; pero que no las borta enteramente sino en virtud del Bautismo de dolor que quiso probar por la efusion de su sangre. Tres son, di-

ce el Apóstol, los que dan testimonio en el cielo, de que Christo es la verdad. El Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y tres son tambien los que dan testimonio en el Bautismo. El espíritu, y el agua y la sangre, y estos tres son una misma cosa. Así mientras que el Padre en el cielo da testimonio al Verbo, llamándole su Hijo muy amado, en el Bautismo por los méritos de este Hijo nos hace los hijos de adopcion y el objeto de sus delicias. Este es el testimonio que nos da el Padre por el agua del Bautismo; regenerarnos, ó por mejor decir, engendrarlos de nuevo. El Hijo en el cielo da testimonio á su Padre por su obediencia, como Hombre y como Dios, llevando consigo su palabra, manifestando su verdad y comunicando su santidad; pero por la sangre nos da un nuevo testimonio; y habiéndose dignado aplicarla á la satisfaccion de nuestros pecados, nos prueba que somos los objetos de su misericordia, sus hermanos segun el espíritu, y los coherederos de su Reyno. En fin el Espíritu Santo da testimonio á las otras dos personas, y recibe de ellas un testimonio mutuo por la union in-

disoluble que los une. Este espíritu en el Bautismo nos une tambien á la Santa Trinidad de la manera mas íntima: derrama en nosotros su unción: imprime en nuestros corazones un carácter indeleble; y si la fragilidad de nuestra naturaleza no nos hace impecables, hace á lo ménos que este carácter del Bautismo subsista en nosotros aun quando perdamos la gracia por el pecado.

Escuchemos, hermanos míos, este triple testimonio que nos da un Dios tres veces santo, y respondamos por él de nuestras obras. Honremos al Padre amando la justicia, socorriendo al pobre, consolando al triste y aliviando á todos los infelices: honremos al Hijo amando la verdad, respetando la palabra santa, haciendo dignas penitencias y adorando con humilde resignacion la cruz que la Providencia nos ofrece: honremos al Espíritu Santo por una pureza inviolable, por una caridad ardiente, por una vigilancia perfecta sobre nosotros mismos: temamos que la voz de nuestras pasiones no se levante para interrumpir este testimonio: huyamos del mundo donde casi siempre se le contradice; y si

nos vemos precisados por motivos legítimos á vivir en él, acostumbremos á no avergonzarnos del testimonio que exige de nosotros la Trinidad Santa, y procuremos contradecir el que da la carne y la sangre.

Dios, que sabeis hacer eloqüentes aun las lenguas de los niños, no permitais que nos avergoncemos de hablar el lenguaje de la Religion y de la virtud. Todo Christiano es soldado, y baxo de este respeto tiene obligacion de resistir y de combatir. El espíritu de la mentira se levanta por todas partes: la verdad se debilita y se pierde entre los hijos de los hombres. Haced, Señor, que no llegue á extinguirse en nuestros corazones: haced que nos instruya, que nos anime, que nos dé un testimonio para sostenernos en nuestras obligaciones, y que nos merezca el que nos dareis en el día de vuestra misericordia. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 20. v. 19. 31.

En aquel tiempo: Como fué la tarde de aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas, en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los Judíos: vino Jesus, y se puso en medio, y les dixo: Paz á vosotros. Y quando esto hubo dicho, les mostró las manos y el costado. Y se gozaron los discípulos, viendo al Señor. Y otra vez les dixo: Paz á vosotros. Como el Padre me envió, así tambien yo os envío. Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dixo: Recibid el Espíritu Santo: A los que perdonáreis los pecados, perdonados les son: y á los que se los retuviereis, les son retenidos. Pero Thomás uno de los doce, que se llamaba Didymo, no estaba con ellos quando vino Jesus. Y los otros discípulos le dixéron: Hemos visto al Señor. Mas él les dixo: Si no

viere en sus manos la hendidura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no lo creeré. Y al cabo de ocho dias, estaban otra vez sus discípulos dentro, y Thomás con ellos: vino Jesus cerradas las puertas, y se puso en medio, y dixo: Paz á vosotros. Y despues dixo á Thomás: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano, métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Thomás, y le dixo: Señor mio y Dios mio. Jesus le dixo: Porque me has visto, Thomás, has creído: Bienaventurados los que no viéron, y creyeron. Otros muchos milagros hizo tambien Jesus en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Mas estos han sido escritos, para que creais que Jesus es el Christo, el Hijo de Dios: y para que creyendo, tengais vida en su nombre.

INSTRUCCION.

¡Qué afliccion para los discípulos de Jesu-Christo, hermanos míos, en el corto tiempo que estuviéron separados de su Divino Maestro! Acostumbrados á preguntarle en sus dudas, y á depositar en su seno sus inquietudes y sobresaltos, ¿quién podrá en adelante fixar su irresolucion, calmar sus temores, y disipar su ignorancia y sus tinieblas? Pero Dios mio, ya sé por vuestro Profeta que las perplexidades de vuestros Santos no serán eternas. Si vuestros Apóstoles están tímidos y desalentados con la ausencia que habeis hecho, ya en adelante os mostrareis para fortificarlos. La tarde del mismo dia de vuestra Resurreccion pareceréis en medio de ellos para desearles la paz, y asegurarles el cumplimiento del oráculo que salió de vuestra boca, y despues repetireis esta visita consoladora para sacar de sus incertidumbres á uno de vuestros discípulos.

La conducta que hoy observa Je-

su-Christo, hermanos míos, nos da á conocer de un modo muy interesante su atención y su cuidado en favor de los que le temen y le aman, la parte que toma en sus aflicciones y los medios que emplea para consolarlos. Siempre que nos vemos atribulados, y con trabajos, Jesu-Christo está en medio de nosotros. Felices si su presencia puede hacernos la misma impresion que hizo sobre los Apóstoles su aparicion primera; es decir, felices si ella calma nuestras inquietudes, y si derrama la alegría en nuestras almas. Sigamos á Jesu-Christo en esta aparicion, y encontraremos sin duda estas ventajas.

Es muy difícil, hermanos míos, adivinar cuáles fueron los diferentes pensamientos que agitaron á los Apóstoles. Desde la muerte de su Maestro se habian ocultado todos en un mismo lugar, por miedo de los Judíos enemigos de su doctrina esperando el cumplimiento de las promesas; pero si hemos de juzgar por su separacion desde la prision de Jesu-Christo, reconoceremos que no estaban persuadidos enteramente de una vuelta tan pronta como lo manifiesta la ausencia de Tomas, uno

de los doce. Es verdad que María, hermana de Lázaro, á quien el Señor se habia dignado manifestarse junto al sepulcro, vino á dar nuevas á los discípulos de que le habia visto; pero este testimonio no parece que les hizo impresion alguna, porque no cesaron sus temores, y así se hallaban encerrados todavía por miedo de los Judíos. ¿Pero qué tenían que temer de la sinagoga enemiga de Jesu-Christo? Ella le habia ya inmolado á su envidia, y despreciaba el crédito de sus discípulos. Los Fariseos habian visto que aquellos doce pobres que seguian al Hombre Dios en los dias de su mision, no habian tenido valor para acompañarle al suplicio, y que un Pueblo espectador de sus milagros y admirador de su moral, que le seguia de tropel en sus predicaciones, no se habia presentado para defenderlo en su muerte. Considerad, hermanos míos, esta timidez de los Apóstoles; pero admirad por otra parte el poder de la gracia: ved con que facilidad la convierte en valor, y como en muy pocos años les asegura la conquista del mundo entero. Así pues en el momento mismo en que se entregan con

mas vehemencia á la perplexidad, y al desaliento es quando Jesus se puso en medio, y les dixo: paz á vosotros.

¡O, con cuánta razon les anunciaba pocos dias ántes que los trataria como amigos, que ya no les hablaría en parábolas, y que les descubriría misterios que estaban ocultos desde el origen del mundo! ¡O, cuánta luz y claridad encierran estas palabras! ¡La paz á vosotros! ¡O, qué bien explican el fruto de sus tormentos, el precio de su sacrificio y el efecto de su Resurreccion! Todo, ántes que la víctima adorable se inmolasé, estaba puesto en el mayor desórden y division, y todo ha sido pacificado con su sangre.

El hombre estaba en guerra con su Dios. El Señor en su ira, habia jurado que le quitaría de la haz de la tierra, y que en adelante le miraría con disgusto, porque se habia hecho carnal; pero Jesu-Christo repara esta imágen desfigurada por el pecado, lava con su sangre las iniquidades que habian excitado su venganza, comunica al hombre el espíritu que le vivifica, y finalmente le reconcilia con su Dios derramando su sangre.

El hombre estaba en guerra con el próximo. Apenas nace el mundo quando Cain desconoce la voz de la naturaleza y la sangre. Ya no se observaba ninguna de las obligaciones recíprocas que hacen la seguridad de los imperios y la felicidad de las familias. El interes y la pasion eran las leyes que estaban mas en boga, porque eran dictadas por una naturaleza corrompida. Jesu-Christo viene á establecer una moral enteramente nueva: viene á reformar la perversa mezcla que la corrupcion y el pecado han hecho en esta ley pura y sin mancha, que toma su origen de la misma santidad de un Dios. Jesu-Christo quiere enseñar al hombre la observancia de las obligaciones de la caridad practicándolas por sí mismo; y para que conozca que esta caridad no debe tener limites, sella con su propia sangre todas las verdades que ha enseñado, y asegura la paz á los que siguen su moral.

El hombre estaba en guerra consigo mismo; ¿pero cómo podria gustar la dulzura de paz, quando tenia á su Dios por enemigo? Esta era la causa de esas pasiones vergonzosas que deshonoraban

la humanidad, que conmovían la naturaleza entera, y de que el hombre mismo era el juguete, porque no tenía el medio de destruirlas y calmarlas: Jesu-Christo viene á enseñarle estos medios que son la vigilancia y la oracion. La vigilancia inspirada y sostenida por su gracia, restablecerá la calma donde reynaban los desórdenes, y disipará las inclinaciones mas viciosas. La sangre de Jesu-Christo, hermanos míos, es la que comunica estos efectos á la oracion y á la vigilancia, y restableciendo el orden turbado por el pecado, hace reynar en nosotros la justicia y la paz.

¿Y qué diremos de la guerra irreconciliable que el infierno habia declarado al hombre casi desde el punto mismo de su creacion? ¡Qué vergonzosa y perjudicial fué esta guerra para nosotros, pues que en un solo combate perdimos todos nuestros derechos! Por ella nos hemos visto despojados del dominio que Dios nos habia dado sobre todas las criaturas. Por ella nos hemos visto excluidos de la heredad del Paraíso, y de las delicias que Dios mismo habia preparado con sus propias manos. Desde entónces perdimos el derecho á

la heredad celestial, de la qual solo éra una figura el Paraíso. La mayor de nuestras desgracias era que habiéndose hecho el hombre esclavo, no se avergonzase de su esclavitud; y que reducido á ser el juguete de las pasiones mas vergonzosas y criminales, hiciese consistir en ellas toda su gloria; pero el Príncipe de la Paz ha venido á poner fin á esta batalla, y á decidir por nosotros la victoria. Armado con el madero de la cruz hace temblar al infierno, y derramando su sangre nos da la prenda de una paz, que en adelante no será turbada por todo el poder de Satanás.

Jesu-Christo reúne la idea de todas estas ventajas en esta sola palabra. La paz á vosotros; pero como esta paz que nos habia adquirido debia ser el fruto de su Resurreccion, y no podia estar bien asegurada, sino en tanto que la Resurreccion misma fuese incontrastable; Jesu-Christo mostró á los Apóstoles las manos y el costado, á fin de que su fe todavia vacilante se afirmase con un testimonio tan palpable.

¡Cuál fué el gozo de los discípulos al ver á su Maestro despojado de su mortalidad, triunfante de sus enemigos,

y vencedor de la muerte! Pero esta aparicion no tenia solo por objeto justificarles la verdad de las promesas, disipar sus inquietudes, y enxugar sus lágrimas. Este era el momento que Jesu-Christo les habia anunciado quando les dixo, que los que creyesen en él obrarian milagros mucho mas maravillosos, que los que él mismo habia obrado. ¿Pero quáles podian ser estos prodigios? El habia dado vista á los ciegos y resucitado á los muertos; algunas veces habia curado tambien las llagas mas secretas del alma perdonando los pecados. Este prodigio habia sido obrado tan rara vez, que podia dudarse si era el principal objeto de su mision; pero hoy se le comunica á sus Apóstoles sin restriccion y sin límites. Como el Padre me envió, así tambien yo os envío; es decir, con aquella plenitud de poder que me ha sido dada en el cielo sobre la tierra y el infierno. Revestidos de mi autoridad podeis obrar los mismos prodigios. Dios en el cielo trocará á vuestra voz como á la mia su cólera en misericordia, sus castigos en recompensas. Sobre la tierra encontrareis conciencias teñidas con la sangre de sus

iniquidades; pero las volvereis semejantes á la nieve por la pureza, el resplandor, y la blancura que las comunicareis pronunciando sobre ellas una sentencia de absolucion y de gracias. Finalmente en el infierno mandareis en mi nombre, y sereis obedecidos como yo mismo. Arrancareis á la muerte sus víctimas, y ella cederá á vuestros esfuerzos. A esto se reduce el poder que me ha sido confiado, y estos son los límites del vuestro. Recibid el Espíritu Santo: á los que perdonareis los pecados, perdonados les son; y á los que se los retuvieseis, les son retenidos.

¿No reconoceis, hermanos míos, en estas palabras de Jesu-Christo la aplicacion de las que la Iglesia se sirve en estos días para cantar el triunfo de su Esposo? Yo soy el primero y el último; el principio de donde viene todo poder, y el fin á donde se dirige. La muerte ha tendido sus lazos para sorprehenderme, y parecia que triunfaba de mi poder y de mi fuerza, porque quise someterme á sus leyes; pero al fin he querido servirme de su aguijon para aterrarla: he triunfado de la muerte por mi muerte misma: he dormi-

do algunos instantes baxo su sombra, pero inmediatamente me desperté para insultarla. Vivo, y mi vida no debe tener otro término que la eternidad. En fin tengo en mi poder las llaves de la muerte y del infierno.

El Evangelio no nos habla de la admiracion que causó á los Apóstoles el poder que se les confió de perdonar y retener los pecados; pero San Ambrosio, explicando este lugar, reconoce en el poder comunicado á los Apóstoles y sus sucesores, al hombre revestido del poder de Dios, y á Dios sujetándose de alguna manera á depender del hombre. En efecto la sentencia de Pedro precede en algun modo á la sentencia de Dios: los cielos se abren á la voz del Sacerdote, y Dios confia á las criaturas el ejercicio de su justicia, de su poder y de su misericordia.

Hermanos míos, temblemos á la vista de tan alto ministerio, y olvidando por un momento las muchas funciones anexas al Sacerdocio, no consideremos hoy sino el poder que se nos ha dado de abrir y cerrar el abismo, de introducirnos al Santuario, ó suspen-

deros la entrada. Acordaos, hermanos míos, que por este ministerio se nos ha constituido por dispensadores de los misterios de Dios, y que en el desempeño de tan terribles obligaciones exigirá nuestra fidelidad con todo el rigor de su justicia. Pedid, pues, para nosotros, vuestro interes lo exige, el espíritu de discernimiento y de luz que distingue la lepra de la lepra, y que asegura su curacion; el espíritu de dulzura y de caridad que compadece las flaquezas del pecador, y que se dedica á curarlas; el espíritu de prudencia, de exáctitud y de firmeza que nunca anuncia la paz donde todavía reynan las pasiones y los desórdenes: pedid tambien para vosotros el espíritu de humildad y de sinceridad, que instruye, que da confianza, y que consuela nuestro ministerio.

Esta primera aparicion de Jesu-Christo no llena del todo sus miras, hermanos míos, porque el número de sus Apóstoles no estaba completo. Tomamos, uno de los doce, que se llamaba Didymo, no estaba con ellos quando vino Jesus. El Evangelio no señala las causas de esta ausencia, ni Jesu-Christo le

hizo tampoco cargo por ella. Sin embargo todos los Padres de la Iglesia, que han querido sacar del Evangelio algun punto de moral y de instruccion, nos han hecho notar, que con ocasion de esta ausencia cay6 en un pecado de infidelidad y de duda. Los otros Discipulos, que estaban satisfechos de lo que habian visto y oido, le dixeron llenos de alegría: hemos visto al Señor. Este no es el testimonio de una mager como la Magdalena, á quien su amor llevó al sepulcro, sino el de todos los Discipulos que se conforman en atestiguar el mismo suceso. Ellos le cuentan las circunstancias de la aparicion: le indican la hora y el momento de ella: le repiten las palabras que les dixo: le hablan sobre todo de su atencion en mostrar las Hagas que comprobaban su suplicio: la relacion de estas circunstancias es una misma sin variedad alguna; pero Tomás persiste en sus dudas, y así les dixo: si no viere en sus manos las hendiduras de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no lo creeré.

De donde proviene, hermanos míos,

esa conformidad de los Maestros de la vida espiritual en atribuir la incredulidad de Tomás á su ausencia? ¡Ah! ellos saben lo poco que se gana en separarse de las asambleas de los fieles, y que el Christiano corre mucho riesgo quando se separa de los exercicios públicos de la religion: ellos han notado que la dureza de la mayor parte de los pecadores proviene del abandono ó del desprecio que hacen de las concurrencias christianas.

¿Quiénes son en efecto los que ordinariamente disputan y reducen á problemas las verdades mas demostradas del dogma y de la moral? Son aquellos que casi nunca parecen en nuestros Templos. Un Christiano que asiste con frecuencia á la oracion y á las instrucciones públicas, muy rara vez se entregará á discursos injuriosos á la Religion: no digo que siempre la respete en su conducta y en sus costumbres; pero á lo ménos observará mas miramiento en sus palabras, y su misma asistencia á los exercicios devotos le proporcionará mas recursos para convertirse.

Tomás ha dudado, hermanos míos; pero no nos toca juzgar de la enormi-

dad de su falta : volvamos la atencion á Jesu-Christo , y consideremos quanto le interesa la salud de un hombre solo. Acordémonos que si verdaderamente somos de su grey , nunca debemos mostrarnos insensibles , quando está en peligro la salvacion de nuestros hermanos , y que tenemos bien poca caridad quando vemos sin emocion á tantos pecadores que corren tranquilos y seguros por los caminos de su desgracia. Jesu-Christo, que no perdió de vista la infidelidad de Tomás , se aprovecha del momento en que se halla reunido con los otros Discipulos : al cabo de ocho dias estando todos juntos , y Tomás con ellos , vino Jesus cerradas las puertas , y se puso en medio , y dixo : paz á vosotros. ¿Es posible que sean estos siempre sus deseos? ¿Pero qué otra cosa podia querer aquel que ha venido á ser nuestro modelo? Quando los Christianos se juntan , ¿no debian desearse y procurarse reciprocamente la paz? Pero la paz no puede reynar sino donde reyna la caridad. La caridad es inseparable de la fé , y todo lo que ataca esta virtud , la primera entre todas , debilita por necesidad el amor de Dios.

Así Jesu-Christo se apresura á curar á su Apóstol de la infidelidad , y aunque ántes se habia contentado con mostrar á los demas el costado y las manos : usa con Tomás de particular atencion , y le satisface sus deseos , y afirma su creencia , diciéndole : mete aquí tu dedo , y mira mis manos , y da acá tu mano , métela en mi costado : y no seas incrédulo , sino fiel.

¿Qué conducta tan afectuosa y tan tierna la de Jesu-Christo , hermanos míos , pero qué instructiva la de Tomás! Su corazon en esta nueva alianza con su Maestro se penetra de dolor , de confusion y de amor. Esta sin duda era la ocasion de manifestar á su Maestro el exceso de su imprudencia , y la enormidad de su duda ; pero el verdadero dolor no se explica con palabras , y así solo dice : Señor mio , y Dios mio : un simple acto de fé , de amor , y de reconocimiento basta para que se asegure del arrepentimiento y del amor de su Apóstol , aquel que sondea y penetra el interior de los corazones. Dios , hermanos míos , que tolera el pecado sin autorizarle , y permitirle , saca de él muchas veces su gloria , y muchas

la salvacion del pecador. San Ambrosio llama culpa feliz la caida del primer hombre ; porque nos ha procurado un Redentor. San Agustin nos hace notar que la infidelidad de Tomás nos habla de la resurreccion de una manera mucho mas sensible y enérgica que el testimonio de todos los demas Apóstoles , porque nós presenta una prueba incontestable de ella. Hermanos míos , temamos al pecado ; pero amemos tambien con mas ardor á aquel Señor que quiere sacar de nuestras mismas heridas el remedio para curarlas.

Jesu-Christo reprehende, como habeis visto , la incredulidad de Tomás ; pero entremos dentro de nuestro corazon , y verémos que somos nosotros mas acreedores á esta reprehension, porque muchas veces no creemos sino lo que vemos, y carecemos por consecuencia de todo el mérito, y de los frutos de la fé. Bienaventurados los que no viéron y creyéron ; los que con pronta docilidad, con sumision perfecta , y con verdadera humildad creen las verdades reveladas , y no ratiocinan sobre ellas. Reservo para otra ocasion , hermanos míos , explicar las últimas palabras de

nuestro Evangelio ; pero entre tanto deseo la paz á todos los que se alimentan de las verdades de la salvacion. Sí, hermanos míos , os la deseo con todo mi corazon ; pero no la paz del mundo, sino aquella que viene de Jesu-Christo , aquella que comunica el Espíritu Santo, porque solo á él le pertenece el anunciarla y procurarla. Todos los que en estas santas Pascuas se han unido á Jesu-Christo por el medio de una verdadera penitencia , todos los que han comido dignamente su cuerpo , deben estar seguros de esta paz ; pero si entre vosotros hay algunos que hagan profesion de detestarla ; si hay hombres duros é inflexibles en quienes todavía reynen los desórdenes del pecado ó la ira , y los resentimientos , sepan que deseamos inspirarles el amor de la paz ; sepan que ella consiste en él testimonio de una conciencia irreprehensible, y de un corazon donde reyne la caridad.

Señor Jesus, pronunciad sobre nosotros las palabras de esta paz , y haced que gustemos de sus dulzuras : derramad el amor y los principios de ella en los corazones del Pastor y del rebaño.

Si entre nosotros hay hijos de la paz, vuestra palabra es infalible, y vuestra paz hará un asiento firme en sus almas. Haced, Dios mio, que la busquemos en vos, que estemos por vos seguros de encontrarla, y que merezcamos gustar las delicias de una paz eterna. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA FÉ.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 8. v. 10.

Quando oyó Jesus hablar de esta suerte al Centurion, se maravilló, y dixo á los que le seguian: Verdaderamente os digo, que no he hallado fé tan grande en Israel.

Por qué causa; hermanos míos, encuentra Jesu-Christo mas fé en Caparnaum que en toda la Judéa? ¿Por qué experimenta de parte del Centu-

cion mas docilidad y humildad que de los Israelitas mas instruidos? Este hombre no habia hecho como los Sacerdotes y Doctores de la ley un estudio profundo de las Escrituras, y las profecías que anunciaban al Mesias no le eran tan familiares y conocidas como á los Scribas y Fariseos. Sin embargo él es quien manifiesta mas ardor en buscar á Jesu-Christo, mas fervor en su oracion, mas moderacion en sus súplicas, mas respeto y humildad en su presencia, y mas amor y reconocimiento á sus beneficios. ¿Pero quién le inspira tan apreciables sentimientos? La fé, hermanos míos, esta virtud sublime que ilumina el espíritu é instruye al corazon; esta virtud tan rara en todos los tiempos, pero mas rara todavía en este siglo, hez de todos los pasados, en que el falso resplandor de la razon y de la filosofia toma el lugar de esta sagrada antorcha. ¡Ah, hermanos míos, aun se encuentra fé en Israel! ¿El Hijo del hombre encontraria una centella de fé entre nosotros si viniese á juzgarnos? Cada uno puede exâminarse á sí mismo en esta materia, y para ello veamos cuáles son los caracteres de esta

fé que Jesu-Christo ha venido á traer á la tierra.

No voy á presentaros nuevas ideas ni pruebas nuevas: no vengo á establecer una de aquellas verdades singulares, que no perteneciendo á la Religion sino como conseqüencias deducidas de sus principios, solo se dirigen á un pequeño número de Christianos. Es una verdad esencial y fundamental la que voy á tratar, digna de toda nuestra atencion y respeto: en una palabra, os voy á hablar de la fé. Al oír este nombre deben despertarse en el corazón de un Christiano, por poco que ame su Religion, dignos sentimientos de admiracion, de reconocimiento, de amor y docilidad. Sí, hermanos míos, el nombre solo de la fé, si teneis la instruccion debida de su grandeza, debe cautivar todos los pensamientos de vuestro espíritu, interesar todas las facultades de vuestra alma, y exercitar todos sus resortes. ¡Pero qué, una virtud que me manda creer sin raciocinar; que me propone verdades tan sublimes; que me impone un silencio profundo quando mi razon se queja de su obscuridad; que trata de orgullo todas mis discusiones,

de temeridad mis deseos, de blasfemias mis congeturas, quando pasan los límites que me prescribe; un don que baxo el pretexto de comunicarme conocimientos y luces, para las quales no tengo derecho alguno, sujeta mi curiosidad y humilla mi razon; es el que tengo yo de admirar! Escuchad, hombres soberbios, que os atreveis á proferir razonamientos tan injuriosos á la fé. ¿Qué cosa es la fé? Un don de Dios, y el mas singular de los favores que nos concede por un efecto de su misericordia: es uno de aquellos dones que nos acerca mas á su grandeza y á su magestad suprema: es el apoyo mas cierto de vuestra debilidad, y la luz de que carecian vuestros padres quando caminaban á la sombra de la muerte y del pecado. Leed para confundir todos esos razonamientos, ó por mejor decir, para confundiros: leed la historia de su extravagancia y de sus errores, y la encontraréis llena de testimonios que depoenen en favor de la fé. Esa razon orgullosa, cuyos derechos reclamais tantas veces, ¿á qué extremo los ha conducido? ¿No veis las locuras y los delirios á que se han expuesto? ¿No han

dirigido sus adoraciones á las obras de sus mismas manos? ¿No han doblado su rodilla ante las criaturas que no debian su forma sino á su propia industria? ¿No han esperado la salud, los bienes, los felices sucesos de sus negocios de un reptil, de un árbol, de una legumbre más corruptibles todavía que ellos mismos? Despues de tantos delirios, ¿os quejareis de la esclavitud en que os tiene el yugo de la fé? Sabriais sin ella que hay un Dios, y un Dios único, que su esencia infinitamente superior á nuestra naturaleza es á quien debéis la existencia y la vida, la que os ha sacado de la nada por un acto de su voluntad suprema, y que por un orden expreso de esta misma voluntad está ya señalado el instante en que debéis entrar en el sepulcro? ¿Conoceriais sin ella la providencia que os conserva, la sabiduría que os gobierna, la justicia que os amenaza, la bondad que os protege, la misericordia que os tolera? Sin la fé, hermanos míos, inciertos de vuestro origen, como de vuestro destino, seriais tan insensibles en la desgracia del pecado, como indiferentes á la gracia de vuestra redencion: ella es á quien de-

beis el conocimiento de lo que habéis sido por el pecado, de lo que habéis sido hechos por la gracia de Jesu-Christo, y de lo que debéis ser por su misericordia: ella es la que os anima con la esperanza cierta de una resurreccion gloriosa, y de una eterna felicidad.

Pero me diréis: ¿sobre qué fundamento estan apoyadas todas estas verdades? ¿dónde encontraré una demostracion capaz de convencerme? ¿á quién tendrán por garante? Es cierto que nuestros padres nos las han transmitido despues de haberlas recibido de sus antepasados: es cierto que nosotros mismos sin detenernos á su exámen las enseñamos á nuestros hijos, y que seguirán así perpetuándose de edad en edad; pero quién podrá certificarnos de que nuestros padres no han sido seducidos: que por una consecuencia de este primer error no nos han engañado, y que nosotros mismos tan preocupados como ellos no transmitimos sin conocerlo, la seduccion y la mentira á nuestros sucesores? La imaginacion del hombre es tan fecunda, que deben temerse mucho sus producciones y sus extravíos. Quién sabe, por exemplo, si una polí-

tica humana es la que ha imaginado este sistema seguido de Religion para cautivar las almas generosas por el atractivo de una felicidad imaginaria, y para sujetar y oprimir los espíritus revoltosos baxo el peso de la autoridad por el miedo de una christiana desgracia. Todo lo que me rodea parece que me afirma en estas conjeturas. Un gusto natural á la libertad me lisonjea con estas ideas: oigo á mi alrededor á muchos hombres admirados por sus talentos, que aplauden estos pensamientos, y que autorizan estas dudas en sus conversaciones y en sus escritos: ellos me muestran al universo entero trabajando inútilmente para conformarse sobre la religion y la fé: ellos me hacen recorrer las diferentes edades y los diferentes países del mundo para mostrarme las opiniones y los sistemas tan varios como los climas: ellos me hacen ver como los pueblos de una misma nacion, de una misma provincia, de una misma ciudad contradicen con su doctrina, no solo á los escritores que les han precedido, sino que no se conforman entre sí mismos sobre los puntos esenciales de su religion: ellos me mues-

tran en el seno del Christianismo disputas interminables; quëstiones sin solution y sin respuesta, y entre tantas incertidumbres como nos rodean por todas partes, me dicen que el partido mas sabio es dudar de todo: que en materia de Religion toda resolution es temeraria; y que la libertad de pensar y de creer es un privilegio esencial á nuestra naturaleza. Sin embargo de todo esto se pretende que yo crea, y que salga de una indiferencia tan cómoda, y tan conforme á mi gusto. Pero quién es el que me da el exemplo de esta fé tan dócil que no se contradice en cosa alguna? Son gentes simples que separadas del gran mundo, no tienen quizá otra instruccion que la que han sacado de algunos libros de moral. De qué modo se contradice ese tropel de espíritus fuertes é ilustrados, que me predicán la libertad? Todas las razones se reducen al testimonio de algunos hombres dedicados á la Religion, cuyas costumbres austeras é irreprehensibles se han conformado en un todo con su moral: estos son sus héroes y defensores; pero habrá quien me asegure que no han sido demasiado cré-

dulos, que no han sido seducidos? A este testimonio se junta el de las Escrituras de donde ellos han sacado los dogmas que enseñan: se me alaba la autoridad, la verdad y la divinidad de estos libros, y se exige, que por su simple autenticidad los adore y los crea. En este estado ¿cuál será el partido seguro? ¿Adónde estan en todos estos medios que se me ofrecen los motivos ciertos de mi creencia?

Hermanos míos, estas son las cuestiones peligrosas, que en el siglo desgraciado en que vivimos, proponen y propagan esos hombres que el mundo venera por sus oráculos. Si fuese útil daros á conocer todo su veneno, no tendría que hacer otra cosa que citaros algunas frases de las detestables obras que el infierno les ha dictado en estos últimos tiempos: entónces veriais en ellas mismas su propia reprobacion, y que si hay algunos que las admiran y defienden, es porque su vida relajada no se conforma con la severa moral del Evangelio.

Desdicharía ciertamente mi religion, mi fé y el ministerio de dispensador de la palabra santa, si me tomase

el trabajo de responder seriamente á estos incrédulos del dia, que baxo el especioso nombre de filósofos pretenden vender sus sofismas y falsos principios, y arrancar á Jesu-Christo de entre los hombres. Unicamente les diré con San Agustin, hermanos míos, vuestros ojos estan enfermos: es preciso curarlos, si quereis ver lo que estaba escondido. Comenzad por una reforma de vuestras costumbres, purificad esos afectos carnales, y Dios por su misericordia se dignará quizá de hacer lucir á vuestra vista la evidencia de su verdad y de su ley. Esto es lo que únicamente puede decirse á semejantes incrédulos; pero si me dais un hombre puro y desinteresado, inquieto con sus dudas, y que procura ilustrarlas, cuyos ojos son todavía muy débiles para penetrar la obscuridad, pero capaces de fortificarse con el socorro de la fé: un hombre que no deba sus preocupaciones y errores sino á los desgraciados discursos, que ha oido desde la juventud; yo le precisaré á que admire la grandeza y la excelencia de la fé, explicándole con sencillez los principios en que se funda; y le in-

troduciré, por decirlo así, como por la mano en cada uno de los caminos que le tenia cerrados la incredulidad.

Aquí le mostraré que el imperio de la fé no es de modo alguno contrario ni inaccesible á la razon, sino que la ennoblece, la eleva, y no la contradice: que con la fé se satisface la curiosidad quando en alguna manera es fundada: que baxo el yugo mismo de la fé adquiere el espíritu nuevos derechos y nueva libertad, porque puede sin temores elevar sus ideas hasta el Ser Supremo.

Allí le forzaré á confesar que tantos sistemas diferentes como han dividido y dividen todavía los hombres sobre la religion, sirven mas bien para su elogio, que para su destruccion: que todos estos sistemas prueban que la razon humana necesita una autoridad que la decida y la fixe, y que la religion de Jesu-Christo es la mas propia para este fin, porque ha tenido discípulos en todos los tiempos y lugares.

De aquí descenderé con él al examen de las autoridades diferentes que se le presentan, y de los escritos sólidos, compuestos en distintas edades y paises, por personas de caracteres muy

opuestos, de manera que sin que pueda sospechar la menor connivencia, encontrará en ellos una conformidad tan perfecta, y una relacion tan exácta, que se verá precisado á concluir que estos escritores han sido guiados todos por la verdad, ó que acaso han tenido motivos desconocidos al resto de los hombres, para hacerlos adoptar una doctrina que no presentase sino congeturas. Despues, poniendo estos escritos en paralelo con los de los xefes mas famosos de tantas sectas como se han levantado contra nuestra religion santa, le haré ver la incoherencia que tienen entre sí los principios que establecen, lo que varian en sus motivos, la ninguna fuerza de sus conseqüencias; en una palabra, cuán distantes estan de ese admirable encadenamiento de preceptos, que proponiendo siempre al hombre por único fin la sólida virtud, le indican la perfeccion y la verdadera felicidad.

Finalmente, subiré á tratar de ese libro fundamental, de cuya divinidad exigen los incrédulos una prueba positiva, y sin introducirme á refutar todas las invectivas sacrílegas que se han vomitado y se vomitan en el dia contra

nuestras santas Escrituras, le descubriré en esta sublime obra las profecías y su cumplimiento, las promesas y sus efectos, los milagros y sus pruebas incontestables, una historia no interrumpida, y su relacion con las de todas las naciones; y si queda todavía alguna duda, llamaré en apoyo mio á ese pueblo desgraciado, cuyas reliquias no subsisten sino para tributar á estos libros santos un homenaje tanto ménos sospechoso, quanto es mas humillante para él. Entónces le oirá el incrédulo los tristes recuerdos del tiempo precioso en que hacia de este libro el alimento de su espíritu, y las delicias de su corazón. Si hay alguno que busque la verdad de buena fé, se rendirá sin duda á este testimonio; y si su corazón está libre de pecado, unirá los sentimientos de veneración con los de amor y reconocimiento.

Pero, hermanos míos, se estima poco la fé, y de aquí sin duda nace la ninguna observancia de las buenas obras. Apenas se distingue de los demás dias del año aquel en que ha sido llamado el hombre á la fé por el bautismo. El Paganismo á lo ménos tenia dias afortuna-

dos: se celebraban con juegos públicos, con sacrificios solemnes los dias en que se habia conseguido algun suceso favorable ó alguna victoria; pero acaso los Christianos procuran consagrar un dia en el año para celebrar la gracia de su vocación á la fé? Si celebran sus natalicios, ¿no es con diversiones profanas, con disoluciones criminales?

Dios nos libre, mis hermanos, de que la fé se haga rara entre nosotros, porque entónces se pierden sus frutos. Este don es del que habla el Apóstol, quando dice que es muy difícil ser ilustrado segunda vez si ha llegado á obscurecerse. En efecto este don es muy raro, y sin embargo de que innumerables naciones y pueblos lo han recibido, no todos lo retienen. Sí, hermanos míos, aunque los Apóstoles recorrieron el universo entero para extender la fé, el mayor número de las naciones ó no recibió, ó no conservó este depósito. En el espacio de mas de quatro mil años que el Dios de Israel fué solamente conocido en la Judéa, ¿adónde estaba el resto de los pueblos? Preguntémosnos á nosotros mismos ¿quál era nuestro nombre? Esos hombres

no son mi pueblo, decía el Señor: ese pueblo no es el objeto de mi misericordia: ved la idea que nos da el Profeta de tantas naciones que no conocían al verdadero Dios; pero aunque la luz del Evangelio ha empezado á iluminar á tantos pueblos sentados á la sombra de la muerte, ¿no quedan todavía muchos á donde no ha rayado? Todos los que han visto elevarse sobre sus cabezas ese astro brillante de la fé, no han conocido su eclipse? Reynos vecinos, islas desgraciadas, en quienes lució la fé por tantos siglos, ¿por qué habeis perdido esta luciente antorcha? ¿Qué se ha hecho la fé de vuestros padres? Pero nosotros, hermanos míos, que todavía la poseemos, aunque lánguida y desfallecida, sin duda tenemos méritos particulares para conservar su posesion: sin duda no se determina Dios á arrancarla de nosotros para transmitirla á otras naciones mas fieles. ¡Ah, Christianos, dexemos estas sangrientas ironías, porque sería insultar en alguna manera nuestros peligros, y quizá nuestras desgracias! Mientras que Dios por su misericordia nos distingue todavía del resto de las naciones, procuremos nosotros distinguir-

nos por nuestro reconocimiento; y si la confianza nos autoriza para creer que Dios nos dexará gozar este depósito, temamos que se debilite por nuestra indiferencia, evitemos los riesgos para no perderle.

Es verdad que no sucede con el orden de la fé lo que con el de la caridad. Un solo pecado mortal basta para perder la gracia; y una sola duda no apaga la antorcha de la fé: dexamos de ser hijos de Dios por un solo pecado mortal, y por un solo movimiento de incertidumbre no dexamos de pertenecer á la Iglesia; pero sin embargo de todo esto debemos estar muy solícitos para evitar todas las ocasiones de perder la fé.

¿Adónde en efecto nos conducen esas dudas autorizadas por una indiscreta curiosidad sobre las verdades de la fé? ¿Adónde nos llevan esas conversaciones temerarias sobre tantas materias análogas á la fé: esas lecturas sospechosas y criminales de tantos sistemas que no estan subordinados á la fé: esas congeturas atrevidas que se forman y se comunican con increíble presteza, congeturas enteramente opuestas á la simplicidad de la fé? ¿Adónde nos condu-

ce sobre todo esa ignorancia voluntaria de los dogmas de la fé? Todo, hermanos míos, se dirige á no profesar la fé sino exteriormente y por costumbre; á no mostrar la fé sino con obras muy equívocas, y muchas veces á deshonorar la fé con vicios y costumbres de que carecen sus mismos enemigos. Este es el punto, hermanos míos, sobre el qual deberíamos fixarnos mas particularmente. Debeis á la fé una docilidad perfecta; pero tened entendido que habeis de unir las dos obligaciones de creer y de obrar, porque ella reprueba-toda creencia esteril y especulativa que profesa con la boca lo que desmiente con las acciones.

Tenemos á Abraham por padre, decian los Judios presuntuosos, y á la sombra de este nombre vivian tranquilos sin tomarse el trabajo de reducir á práctica las virtudes. Nosotros podemos decir: tenemos á Dios por Doctor y por Maestro; pero esta ventaja no nos autoriza para vivir conforme á nuestros deseos; porque si Dios podia suscitar á Abraham de las piedras mismas hijos mas dóciles y mas fieles, puede tambien hacer de las naciones

mas remotas y distantes de la fé un pueblo mas atento para conservar su espíritu.

¿Vosotros, hermanos míos, conservais este espíritu? Examinemos vuestras costumbres, ó por mejor decir, veamos si cada una de vuestras acciones se conforma con la fé. Es ella la que favorece vuestras iniquidades y resentimientos? ¿Es ella la que autoriza vuestras disensiones? ¿Es ella la que dicta esas intrigas y codicias criminales? ¿Es ella la que inspira esa ambicion que tanto os domina? ¿Es ella la que mantiene esas pasiones vergonzosas de que sois unos miserables esclavos? Los Paganos, hermanos míos, tienen una fé mas pura que la vuestra, porque á lo ménos son mas contenidos en sus acciones. Ya no quiero llamarla un don precioso, un don excelente: al contrario, la llamaré con gusto un don funesto, un don peligroso. Quando miro la oposicion de vuestras costumbres con los principios de vuestra fé, me represento las quejas amargas de Jesu-Christo sobre algunos pueblos de Judéa, que entregados al culto de los ídolos, debian sufrir los azotes de la cólera de un Dios. Así no pue-

do dexar de aplicar á esos Christianos que deshonran su fé las palabras que decía este Divino Salvador por un exceso de compasion y de ternura al pérfido Discípulo que trataba de venderle. ¡Ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre! Mas le valiera á aquel hombre no haber nacido. Sí, hermanos míos, mas valdria que no hubierais nacido á la fé, que deshonrarla con vuestras costumbres. Confieso que sería gran desgracia el que Dios os hubiese dexado confundidos en esa masa de perdicion que no ha oido hablar de sus maravillas; pero mucho mas terrible será pertenecer á una multitud de condenados que han añadido á sus pecados el abuso y la profanacion de la fé.

¡O Dios mio! Dos peligros nos amenazan: el de perder la fé, ó el de deshonrarla. Si la perdemos, ¿de qué nos servirán nuestros títulos, ni la qualidad de hijos y discípulos de la fé? Si la deshonramos, ¿qué frutos sacaremos con haberla poseído? Defended, Señor, nuestra fé: vos solo podeis afirmar en nuestro espíritu y en nuestro corazon los dogmas y los misterios revelados. Ani-

mad nuestra fé: vos solo podeis hacerla activa y fecunda: oxalá que podamos gloriarnos de haberla recibido, y que nos merezca la bienaventuranza. Así sea.

INSTRUCCION SOBRE EL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

ISAIAS, cap. 28. versic. 29.

Y esto salió del Señor, para hacer maravilloso su consejo.

Dios no ha querido manifestar á la razon humana los designios de su misericordia, y los secretos de su eterna sabiduría. Un Dios anonadado, y vestido de la forma de esclavo, ha querido hacerse el autor de una ley nueva que contradice todas las inclinaciones de los hombres, y que no propone á la creencia sino objetos que no alcan-

ne de incomprehensible esta especie de desunion entre la misericordia y la justicia; pero penetrado el mismo Profeta de los efectos de este inefable misterio, nos dice que la misericordia y la verdad se han salido al encuentro, y que se besaron la justicia y la paz. La union de estos dos atributos es la que debemos considerar en este misterio. La justicia de Dios exige una víctima proporcionada á la ofensa, y digna del ofendido, y entonces la justicia recobra todos sus derechos: el hombre tiene necesidad de un mediador, cuyo mérito y excelencia borren toda su fealdad y su baxeza, y entonces la misericordia le entrará otra vez al goce de sus derechos. Veamos ahora estas dos ventajas en el misterio de este día.

¿Cuál es el mérito, hermanos míos, de la víctima, y el precio del sacrificio que prepara? ¿Hasta qué punto habian llegado los hombres con sus pecados? ¿No se habian precipitado en el abismo mas vergonzoso? ¿No habian reunido todos los crímenes que el orgullo, la indocilidad y el desprecio podian inspirarles contra su Dios? ¿No habia toda

carne corrompido sus caminos, como dice el Espíritu Santo? Pero juntos á esto el grito de todos los pueblos, de todas las generaciones de la tierra: reunamos baxo un mismo punto de vista la empresa temeraria de los que construyéron la torre de Babel, las infames prostituciones de los habitantes de Sodomá, las frecuentes deserciones y monstruosas ingratitudes de Israel, las extravagantes idolatrías, y las ridículas supersticiones de tantos pueblos que vivian á la sombra de la muerte: penetremos en las generaciones que se sucedieron despues de la venida de Jesu-Christo, y traigamos á la memoria las sangrientas persecuciones, los cismas, las heregías: demos una ligera ojeada sobre los desórdenes de nuestro siglo, y toda esta serie de sucesos tan extraños y horribles nos demostrará el estado que tenia el mundo ántes de la venida del Mesías, y los motivos gravísimos que la prepararon. Sin embargo, esto todavía no es bastante para conocer hasta qué punto habia llegado la indignacion de Dios contra la criatura. Ya llegaban á su colmo los ultrages hechos á los mas santos atributos de la divinidad:

se habian despreciado sus órdenes mas positivas: se habian insultado sus llamamientos mas tiernos y sensibles; y tantos pecados habian levantado entre Dios y el hombre una muralla de separacion. ¿Quién pues tendrá fuerza bastante para derribarla? El hombre, dice el Profeta, es incapaz de obrar su propia redencion; ¿y hallándose cargado de pecados, y teniendo tan ofendida la Divinidad, podrá constituirse por intercesor de los demas hombres? ¿Sus ruegos podrán aplacarla? En este conflicto se presenta una víctima que el hombre no conocia, y que Dios admitirá muy gustoso, revestida de todos los caractéres de una verdadera, hostia inocente: ella es santa, inmaculada y justa. Por su dignidad es igual en todo á la dignidad que aplaca, y tan superior á la ofensa, que aunque se hubiera multiplicado infinitamente mas, nunca se hubiera extinguido ni agotado su mérito. La excelencia de su naturaleza no la dispensa de la obediencia mas perfecta; y en el momento mismo que se comete el primer pecado, ya se dispone para ser inmolada. Esta hostia santa, que se ofrece en sacrificio por

nuestros pecados, restituye los altares del Señor, restablece su culto, le presenta en nuestro nombre ofrendas dignas de su magestad, y le forma por la virtud de su sangre adoradores en espíritu y en verdad.

Nada es mas propio, hermanos míos, para realzar nuestra baxeza que la idea del sacrificio de Jesu-Christo; pero esta idea no dará fruto, si no produce en nosotros un reconocimiento activo, realzado con la imitacion mas perfecta. El Apóstol nos dice que no basta conocer los méritos de Jesu-Christo, sino que es preciso imitarlos. Todos los méritos que reúne su oblacion se pierden, si abandonamos las virtudes: por exemplo, la obediencia, con la qual se emprenden las cosas mas difíciles y opuestas á nuestros gustos é inclinaciones: la humildad que nos hace sacrificar las propias luces, las gracias que hemos recibido de la naturaleza, y los frutos de nuestros propios talentos: el espíritu de penitencia que encuentra sus delicias en las obras que mortifican la carne, y someten el espíritu: el fervor en la oracion que inspira la desconfianza de sí mismo, y la confianza

en Dios. El exigir de vuestra parte, hermanos míos, el espíritu de fidelidad y de penitencia, no es poner límites á la mediacion de Jesu-Christo; pero estas disposiciones se conforman admirablemente con las de nuestra víctima. La reparacion de todos los ultrages que ha recibido el Padre, supone de su parte el ódio de todas las prevaricaciones que podian renovarlos; pero tambien exige de todos los que quieren participar de los beneficios de su mediacion un ódio universal del pecado. Entre todos los caracteres con que el Profeta Daniel señala la venida del Mesias, se distingue principalmente su mediacion. Aunque fija la época de su nacimiento y su sacrificio, los cálculos mas sabios de los Judíos apenas alcanzaban para determinar el tiempo de este feliz suceso; pero quando dice: el pecado será abolido, y la justicia será restituida para siempre, ya no queda la menor duda de la época del reyno del Santo de los Santos.

¿Pero el Profeta no podia preveer que la malicia de los hombres creceria con los siglos? ¿Que la corrupcion llegaría hasta lo infinito? ¿Adónde está

pues la abolicion total del pecado? ¿Adónde ese reyno inmutable de la justicia que anunciaba para el consuelo de su pueblo? ¿Este pueblo mismo no es el que mas se aleja de la justicia eterna, el que está marcado mas visiblemente con el sello del pecado? Todo esto lo veía Daniel, hermanos míos; pero tambien veía el reyno de la justicia, y la abolicion del pecado en la disposicion de la víctima que no debía conocer, amar, practicar y enseñar sino lo que fuese justo y perfectamente conforme á la voluntad de su Padre que es la soberana justicia; lo veía en los efectos de su mediacion, en los méritos superabundantes á todos los pecados, á todas las injusticias, y que encierran en sí el gérmen de toda justicia y de toda santidad: lo veía en la fidelidad de sus escogidos, que animados baxo la mano de su gracia con sus exemplos, y estimulados con sus promesas, se dedicarían á corresponder á su eleccion con sus buenas obras: lo veía en esa multitud infinita de naciones, que aunque estaban separadas de su reyno, debían acercarse á él por la virtud de su sangre; en ese número casi infinito de pe-

cadores, que aunque obstinados en sus pecados, debian corresponder un dia á sus invitaciones: lo veia quizá en vosotros mismos, hermanos míos, que envueltos en costumbres tan vergonzosas y criminales, y mortificados con los crueles remordimientos de la conciencia, pedis ahora por mi boca con tanta solicitud y ardor la destruccion de vuestros pecados. Probad, Christianos, con humilde docilidad que el reyno de la justicia no ha venido inútilmente para vosotros: temed que el oráculo de Daniel, que predixo la abolicion del pecado y el establecimiento de la justicia eterna, no se cumpla sobre vosotros de una manera espantosa, envolviéndoos en el anatema que debe confundir para siempre á los pecadores. Pero en esta solemnidad, en que todo respira consuelos, no debemos hablar de otra cosa que de los designios de misericordia del Dios que anunciamos, porque si la mediacion llena con respecto á Dios todas las miras de su justicia, tambien obra con relacion á nosotros prodigios de misericordia y de reconciliacion. Por tanto me represento á Jesu-Christo baxo el título de un

mediador perpetuo, ocupado en pedir por nosotros favores que no podriamos alcanzar jamas. Sí, hermanos míos, Jesu-Christo ruega por nosotros, y á la dignidad de su persona junta todos los títulos capaces de mover la clemencia de Dios; á saber, el título de Hijo igual á su Padre, imágen de su poder y de su magestad, y objeto de sus delicias: el título de víctima pura y sin mancha, universal, viva, eterna y verdadera: el título de hermano libre de la mancha que ha venido á lavar; pero lleno por el contrario de la caridad que ha venido á deramar en los corazones: el título de Pontífice superior á todos los que han ofrecido sacrificios, porque está mas elevado que los mismos cielos: el título de amigo compasivo, que ha experimentado todas las enfermedades de nuestra naturaleza para conocer mejor el remedio; y que aunque no ha conocido el pecado, está abrasado del amor mas vivo para curar esta llaga. Dexamos otros títulos, cuya enumeracion seria de mucho consuelo para otra mas larga meditacion; pero reflexionemos quanto debe interesar la misericordia de Dios la mediacion de Jesu-Christo;

y si todavía queda en nuestros corazones alguna desconfianza sobre intercesion tan poderosa , elevémonos con el Apóstol San Pablo hasta el Santuario eterno para ver este gran Pontífice que ha penetrado los cielos á fin de abrírnos el camino ; y que para allanar los obstáculos que pudieran impedirnos la carrera, presenta sin cesar á su Padre la sangre que ha derramado , solicitando la misericordia de la manera mas eficaz y sensible, y unidos á Jesu-Christo por la virtud de esta sangre, hablémosle con seguridad y confianza : no temamos la voz de nuestros pecados , sino miéntras que los amemos ; y aun entónces conviene levantar el grito al que manda á las olas y á la mar. No estais , no , pecadores , excluidos eternamente del derecho de hablar en nombre de Jesu-Christo. Si conoceis que no ha venido para los sanos , sino para los enfermos , manifestadle vuestras llagas ; presentadse las al que ha venido á curar las enfermedades de Israel , y no temais por esto su indignacion. Si , vuestro Dios no ve ya en estas llagas la corrupcion , si procurais rociarlas con la sangre de Jesu-Christo : ya no os echa-

rá en cara , como en otro tiempo á Babilonia , que habiendo tentado la curacion , no ha podido conseguirla.

¡Qué diferencia, hermanos míos, entre el hombre abandonado á sí mismo sin otro apoyo que su propia debilidad, ni otros títulos para con Dios que la muchedumbre de sus pecados , ni otro intercesor que el grito de sus injusticias; qué diferencia , digo , entre este hombre y el Christiano que habla en el nombre de Jesu-Christo , que se cubre con los méritos de Jesu-Christo , y que se apoya para con Dios sobre todos los derechos de Jesu-Christo ! El primero, si consulta su propio corazon , no oye otra cosa que una voz de muerte : el segundo , si atentamente escucha la voz de su Mediador , está seguro de oír las palabras de la vida. Aquel lleva en su corazon la prenda de su reprobacion eterna ; éste halla fuera de sí fuentes de agua viva que resaltan hasta la bienaventuranza. El hombre abandonado á sí mismo no tiene derecho sino á la muerte y á la perdicion ; el Christiano revestido de Jesu-Christo lo tiene á la resurreccion y á la vida. Así el último efecto de misericordia que produce la

encarnacion del Verbo es mover al Señor para que atienda nuestras oraciones, para que compadezca nuestras desgracias, y para que alivie nuestra indigencia; y esto es lo que le hacia decir á San Pablo: Lo puedo todo en aquel que me fortifica. ¿Quién hubiera jamas imaginado, hermanos míos, que una criatura frágil, impotente, pecadora, víctima mil veces de su flaqueza, pudiese hablar de esta manera? Pero basta conocer el misterio que le autoriza para saber que podia expresarse así: Todo lo puedo, no por los esfuerzos de mi propia naturaleza, no por los efectos y la dignidad de mi oracion, no por el mérito y el crédito de mis obras, sino por el poder y la disposicion del Dios á quien invoco. Sé que mis súplicas han de ser bien oidas, porque se apoyan sobre méritos que las han de dar eficacia, y que reparan toda la injusticia de mis deseos é inclinaciones.

Por tanto, hermanos míos, es indispensable que nos penetremos de esta verdad siempre que nos hayamos de dirigir al Señor. La confianza es el alma de la oracion: ella no vive, y por consiguiente no puede llevar frutos, sino

quando está animada por este motivo. El conocimiento de un Dios hecho hombre es el principio de esta vida de la oracion; y así pensad, Christianos, sobre la utilidad de este estudio, y considerad quan insensato es el que no procura instruirse en este misterio. ¿Qué fruto podrá esperar de sus súplicas? ¿Qué motivo encontrará en sí mismo que sea bastante eficaz para animarle?

Entrad pues, hermanos míos, en el espíritu de este misterio: unámonos con un corazon bien dispuesto á aquel que hoy se ha hecho nuestro mediador y nuestra víctima: puestos á los pies del trono de la misericordia, dexemos que hable por nosotros este Hombre Dios, que ha tomado nuestra carne; y penetrados de las disposiciones de dependencia y de sacrificio que manifiesta á su Padre, digamos con él y por él: Dios mio, Vos habeis desechado todas las oblationes, reprobado todos los sacrificios, y desconocido todas las víctimas: aquí hay una que no la desconocereis porque la habeis escogido Vos mismo. Vos la habeis formado un cuerpo, y héchola propia para el holocausto: habeis formado sus oidos, y los habeis

perfeccionado haciéndolos dóciles á vuestra voz : por tanto , Dios mio , preferid esta obediente hostia á tantos holocaustos insuficientes que se ofrecen por el pecado : ved , Señor , como habiendo dicho en el principio : he aquí que vengo para hacer la voluntad de Dios, lo executa en la plenitud de los tiempos, y lo continuará hasta la consumacion de los siglos. Vos sois su Dios , y esta víctima adorable no hará mas que obedecer vuestros preceptos. Por esto pondrá vuestra ley en medio de su corazón , y reparará mi rebelde indocilidad. Desde sus primeros pasos anunciará vuestras justicias , y solo callará quando las haya dado á conocer á todos los pueblos , borrando de esta suerte todos mis pecados. Vos , Señor , sois el que ha de desatar la lengua de este Niño que hoy hace su entrada en este mundo : sus labios publicarán vuestras grandezas , nos enseñarán vuestras verdades en el tiempo , y nos revelarán vuestra salud y vuestra gloria en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA PROVIDENCIA.

PSALMO LXXII,
vers. 28.

Mas á mí bueno me es el apegarme á Dios : el poner en el Señor Dios mi esperanza : para anunciar todas tus alabanzas en las puertas de la Hija de Sión.

Todos conocen ó piensan conocer la Providencia de Dios sobre los hombres. Por un sentimiento comun y como natural se le atribuyen todos los sucesos que vemos. Se sabe que siendo esta Divina Providencia el principio y el fin de todas las cosas , las dispone siempre conforme á sus designios : que los seres espirituales y racionales, que las criaturas sensibles y animadas, que las producciones puramente materiales

tienen de aquí su origen y su destino; y que ninguna de sus criaturas puede salir del órden que le ha prescripto su sabiduría. Convenimos con San Agustin, que no hay ser creado que á su gusto ó su pesar, no sea un medio para cumplir sus altos designios. ¿Pero qué uso se hace de estos importantes conocimientos? Me parece que la consecuencia mas natural y justa de tales antecedentes seria una humilde sumision, una perfecta resignacion á su voluntad suprema, un sentimiento de reconocimiento á vista de sus beneficios, y un silencio respetuoso quando asoma sus saludables rigores. El hombre en todo esto no haria otra cosa que imitar ese admirable firmamento que tiene sobre su cabeza, esas criaturas que con tanta eloqüencia anuncian la sabiduría de su Criador: no haria, en fin, sino tributar al Ser Supremo un homenaje útil y necesario. ¿Pero Providencia de mi Dios! ¿Es este el tributo que recibis de la criatura que habeis hecho entre todas mas capaz de honraros? Las palabras que salen de nuestra boca ¿se dirigen á bendecir vuestra sabia prevision, vuestra misericordiosa atencion sobre noso-

tros? ¿Nuestras obras estan siempre de acuerdo con el órden admirable que habeis establecido, y con que gobernais el mundo?

Hermanos mios, á nadie falta la Providencia de Dios; pero vosotros la teneis siempre en olvido. Quando os colma de los bienes temporales que ha creado para vuestro uso, quando os priva de ellos, si conoce que han de servir para vuestra perdicion, la insultais igualmente. Despreciais á la Providencia que os conserva, ó bien atesorando los bienes que os distribuye, ó convirtiéndolos en malos usos. En el órden de la Providencia está el servir de estos mismos bienes para mantener la vida que debeis á su bondad, para sostener con decencia la clase en que os ha puesto, para procurar la educacion y el establecimiento de vuestros hijos. Este uso es muy saludable; pero tiene limites muy estrechos que traspasais con grande facilidad concediendo al placer, al luxo, y á la ambicion lo que no debeis, baxo el pretexto de convenir así á la salud, á la decencia, al estado, y al establecimiento de vuestra familia. De aquí resulta que por una usurpacion cri-

criminal se emplean frecuentemente contra los designios de la Divina Providencia recursos sobre los cuales teneis un derecho muy escaso. Si cada uno en el estado de medianía, como en el de mayor grandeza, se propusiese estudiar qué es lo que puede ó se debe permitir: si escudase de consultar á la Divina Providencia sobre el uso que debe hacer de los bienes que le dispensa, descubriría mil superfluidades aun en las casas que parecen ménos opulentas. Entónces conocería de lleno una verdad que se desconoce siempre, y es que la Providencia de Dios ha provisto de lo necesario para su subsistencia á todos los seres que ha creado, y que los hombres mas miserables y desnudos subsisten á pesar de la desigualdad en la distribucion de los bienes de este mundo. Si este repartimiento fuese igual, todas las criaturas estarian en la abundancia. Pero me direis ¿por qué no ha de serlo? ¿Por qué esta Providencia tan sabia permite tales desigualdades? Dios, hermanos míos, tiene designios muy altos en esta conducta. Si á unos trata mas favorablemente en esta distribucion, es para que le honren con los mismos

bienes que les confia; y si á otros se los niega, es porque sabe que le hubieran desconocido en la abundancia. En esto quiere tambien enseñarnos á recurrir á su Providencia y á su misericordia. ¿A quién, hermanos míos, acusaré de injusticia, á Dios, ó á vosotros? ¿Qué podré decir á vista de vuestra indiferencia, y de esa dureza criminal que hace tan odiosos los dias de vuestra vida? Ricos, que me escuchais, sabed que en el órden de la Providencia no sois sino los ecónomos de los bienes que poseeis, para distribuirlos ó hacerlos valer segun la intencion y las órdenes del Señor que se ha dignado concederlos. Siempre que el luxo ó la intemperancia consuman vuestros bienes, sois unos disipadores, y obrais de un modo contrario á la sabiduría de la Providencia que no ha pretendido hacer de la riqueza un medio de perdicion. Pero si de esta manera la ofendeis tan notablemente, ¿cómo podreis justificar esos ahorros, ese espíritu de atesorar? ¿Qué razones podreis alegar para esto? Yo sé muy bien que la prudencia humana tiene mas de un motivo para justificar esta conducta; ¿pero qué diréis en el tribunal de un Dios sa-

bio que todo lo ve de antemano quando os pida cuenta de los bienes que os ha dado? Diréis que habeis ahorrado para soportar los gastos de una enfermedad, ó para pasar con mas conveniencia los años de la vejez; pero inmediatamente os responderá que ya os ha enseñado á pedir todos los días en el seguro de conseguir sus gracias: que semejantes cuidados son agenos de un Christiano qualquiera que sea su situacion, y que los temores de la vejez son importunos si acaso el pecado ó la iniquidad no deshonran los años. Apelareis para vuestra defensa á esas largas y costosas enfermedades que pueden agotar en poco tiempo el fruto de muchos años de ahorro: pero qué tendréis que responderle, si una muerte repentina os aprueba que solo él pone límites á nuestros días, á nuestros deseos, y á vuestras necesidades? Os atreveréis á entrar en los senos de su sabiduría para contar el número de vuestros años? A vista de tantos afanes como os tomáis para el establecimiento de vuestros hijos, ¿no tendrá derecho para preguntaros sino era su Padre ántes que vosotros? ¿Si el haber protegido los días de vuestra infan-

cia, debe ser un motivo para desconfiar de su Providencia? ¿Era necesario, os dirá, para cumplir las obligaciones de padre, que los criaseis con tanto regalo y delicadeza, y que los pusieseis en un rango superior al vuestro? Tendréis que responderle á tales cargos? Esas respuestas frívolas y despreciables que le habeis dado, ¿podrán servir en algun modo para justificaros en su presencia? Pero escuchad como reprehende la Providencia vuestra ingratitud. O sois mis hijos, dice, ó tenéis en mas vuestra prevision y solicitud particular. Si sois mis hijos, ¿á qué vienen esos cuidados, esos ahorros en el tiempo mismo que lo tenéis todo de mí, y que os trato con tanta bondad? Si por el contrario confiáis mas en vuestra prevision, adonde estan la fé y la religion?

La Providencia reprehende vuestra locura: sabed que el deseo de acumular, y guardar las riquezas, léjos de debilitarse, aumenta sus fuerzas con la edad. La avaricia es el pecado, de los viejos, los cuales por el gusto de satisfacerla se privan de la comodidad, de aquellos placeres que no son incompatibles con la virtud, y muchas veces

aun de lo necesario para subsistir. ¿Pero la Providencia en el día que les pida su cuenta no reprehenderá su loca conducta? ¿El clamor de los miserables no penetrará entónces hasta los Cielos? Esa insensibilidad, esa dureza de corazón á vista de tantas y tan extremas miserias de sus hermanos, ¿podrá tener alguna excusa? Esos avaros, tan despreciables á los ojos de la humanidad, mortifiquen enhorabuena su cuerpo, si en ello se complacen; pero no saben que los bienes que les ha dado la Providencia tienen un destino qual es el repartir á los pobres el pan quotidiano que piden con tanta instancia? ¿Es posible que así olviden una obligación tan sagrada, que vivan en tanto abandono, que no esperen el castigo eterno? ¿La Providencia no les acusará de usurpacion y de rapiña, mediante que de todo quanto les ha dado, se ha reservado la disposicion y la propiedad? Ricos que me escuchais, ¿quando vinisteis al mundo habeis traído alguna cosa con vosotros? ¿No sabeis que nada podeis llevaros quando el Señor corte el hilo de vuestros dias? Si solo sois unos meros depositarios, ¿tendréis derecho para guar-

dar esas riquezas contra la voluntad expresa del Dios que os las ha dispensado? ¡Ah, hermanos míos, lloremos la suerte de estos infelices! Sus pecados merecerán toda la indignacion de la Providencia, porque ellos tienen motivos especiales de reconocimiento. ¿Pero qué dirémos de los pobres? ¿Podré persuadirles que son sus hijos mas queridos, y que por lo mismo excitan mas su misericordia que esos ricos á quienes miran con tanta envidia? ¡Ah! temo sus murmuraciones y blasfemias, y no quisiera inculcarme en esta verdad. Nosotros, hermanos míos, somos por estado los depositarios y dispensadores de la limosna de los fieles; pero es inexplicable nuestro sentimiento al oír esas palabras indecentes, esos razonamientos injuriosos que salen continuamente de la boca de los pobres, de esos miserables á quienes la Providencia mira con tanta atención. Pero me abstengo de repetir sus execrables imprecaciones, porque no quiero molestar los oídos christianos, ni dar escándalo á los verdaderos y humildes pobres que me escuchan. Por tanto me ceñiré solamente á descubrir en la práctica las diferentes ma-

neras con que ofenden á la Providencia del Señor, y se hacen indignos de su atencion, á saber, por desconfianza, por impiedad y por negligencia. Por desconfianza: quando murmuran de ella y reusan someterse á sus designios. Este es un pecado gravisimo que contradice abiertamente á los oráculos mas sagrados del Espíritu Santo que no hablan sino de la atencion de Dios sobre las criaturas; que aseguran al justo animado por la confianza, que nunca se verá abandonado; que convidan al pobre á depositar en el seno de Dios todos sus cuidados; que prohiben al alma fiel el inquietarse por un suceso futuro, por un dia el qual no sabe si llegará, y que amenazan con la pena de un total abandono á todo el que se atreve á tentar á la Providencia con dudas y desconfianzas. Estos pobres contradicen tambien á los testimonios de los justos de todos los siglos, y á la experiencia diaria que demuestra sensiblemente que Dios tiene recursos milagrosos para los que le invocan en su desgracia. ¿No vemos infinitas veces que la muerte de un padre, de un bienhechor, ú otro suceso inopinado constituye una familia virtuosa en el mayor

desamparo, y que por medios del todo desconocidos no solo se restablece, sino que se levanta á un estado que no podia prometerse ántes? Contradicen asimismo el sentimiento íntimo de su propio corazon. En efecto, hermanos míos, en esos instantes en que teneis el atrevimiento de pedir cuenta á la Providencia de su conducta con vosotros, y de indagar la causa de la severidad con que os trata, quando prorrumpis en esas blasfemias que escandalizan el Cielo y la tierra, ¿qué os dice vuestra conciencia? Ella os advierte que las murmuraciones no son los medios de mover el corazon de Dios, y que léjos de mitigar vuestros males, solo sirven para aumentarlos: que esas quejas no son convenientes ni decentes en la boca de un christiano que sabe que todo está en el orden: que nuestro Dios no se parece á esas divinidades ciegas que nada ven, á esos ídolos insensibles que nada comprehenden; y finalmente, que vuestros pecados son la causa de los males que padecéis, y que es muy de temer que esas murmuraciones no lo sean de nuevas desgracias. Por tanto, si la Providencia parece que os abandona

y olvida, ¿á quién debeis atribuirlo, hermanos míos, sino al espíritu de desconfianza? Pero si á este sentimiento tan injurioso á la Providencia de Dios, juntais el de la impiedad, salis enteramente del órden que os ha prescripto su sabiduría. Ella bendice al justo en sus bienes, en sus hijos, en su persona. Conocemos muchas familias que se distinguen por su virtud, y á quienes Dios premia con dulces consuelos y prosperidades. Se ven, por exemplo, algunos padres christianos, cuyos dóciles y virtuosos hijos hacen el consuelo de sus años, y que gozan con una larga vida los bienes que les han transmitido. La mano de Dios parece que de edad en edad, y de generacion en generacion bendice estas familias, y ellas por su parte bendicen la Providencia que los conserva y colma de tantas felicidades, de manera que perpetuándose la fidelidad, y haciéndose de cada dia mas sensible la proteccion, forman una alianza indisoluble. Por el contrario, se ven infinidad de casas, que por causa de sus desórdenes viven en un absoluto olvido y abandono del Señor. La Providencia no bendice sus empresas, por-

que nunca se la consulta. Como la injusticia y la codicia son el móvil de sus acciones, jamas gozan de prosperidad, y basta que formen un proyecto para que inmediatamente se deshaga y aborte. Estos infelices tienen el atrevimiento de decir que no hay Providencia que vele sobre el universo, ó que á lo ménos es muy limitada é impotente para proveer y atender á todas las cosas. Esta, hermanos míos, es la consecuencia que sacan tales pecadores, y yo de su abandono saco otra muy diferente, y es que hay una Providencia muy sabia, y muy atenta, pues que distingue en la tierra con caracteres tan evidentes los buenos de los malos siervos. Sé muy bien que esta verdad tiene sus restricciones y sus límites. Como no basta ser justo para que el cielo eche sus bendiciones, tampoco el pecador es distinguido siempre con el sello de la adversidad. Hay muchos justos que por altos designios de la Providencia gimen en la obscuridad y en la miseria; y tambien pecadores que se atreven á levantar impudentemente la cabeza, y gloriarse de su elevacion, y de sus riquezas. Los impíos á vista de

semejante conducta se atreven á preguntar á los justos: ¿adonde está la Providencia de ese vuestro Dios, quando á sus amigos los llena de trabajos, y á sus enemigos los colma de felicidades? ¿Adonde está ese Dios á quien sirven con tanto afán y vigilancia? Pero la Divina Providencia, hermanos míos, no necesita apologías. Oid, dice el Profeta: la sola paz del justo en medio de las adversidades es una prueba de que Dios le conduce, y le asiste, y la caída impensada y repentina del impío es una señal evidente de que sus grandezas son ménos sólidas que brillantes. La Providencia es amable para una alma fiel, bien la conserve ó la castigue, y muy temible para una alma criminal, aunque la colme de todo bien mundano. Tened presente, Christianos, que la impiedad y la irreligion es una voz fatal que aleja la Providencia de Dios, y la causa poderosa de su abandono. ¿Pero qué diré de la pereza? Este es un pecado muy comun por nuestra desgracia. Los hombres se admiran muchas veces de que les falten los recursos: se quejan de que la naturaleza les niegue los socorros mas ur-

gentes: experimentan todos los dias la necesidad de las cosas mas comunes, y sin embargo no hacen la menor diligencia para procurarselas: viven sumergidos en una indolencia, que haciéndose habitual, les priva para siempre de su fortuna; y entónces dicen desesperados: ¿adónde está esa Providencia que vela sobre todo, y que no se descuida ni aun de los lirios del campo? Yo en este caso les diria: ¿qué seria de esta Providencia, si aprobase y sostuviese con su asistencia particular esa inaccion, esa ociosidad tan criminal? ¿Qué seria de su sabiduría y su justicia si entre tanto que destinase el mayor número de los hombres á los exercicios y trabajos mas penosos, exceptuase de ellos á ciertas criaturas flojas é indolentes que á nada se dedican? ¿Acaso tienen algun privilegio para eximirse de la ley general que impone á todo hombre la obligacion de ganar el pan con el sudor de su rostro? Hermanos míos, el Espíritu Santo habla siempre con indignacion en las Escrituras de esta detestable ociosidad, y nos pinta al perezoso con los colores mas odiosos, poniendo en su boca los razonamientos mas extravagantes y

ridículos; pero ved los castigos con que le amenaza: caerá sobre él la pobreza, dice por la boca del Sabio: le cubrirán la indigencia y la mendicidad.

He dicho, mis hermanos, que este es un pecado muy comun, y lo experimentais así vosotros mismos. Vemos todos los días hombres á quienes ha dado la Providencia una robustez capaz de tolerar los trabajos mas duros, industria y maña para qualquiera empresa útil, talentos que en otras manos darian muchos frutos; y sin embargo viven sepultados en la miseria mas extrema, sin que las instancias y advertencias de los amigos sean suficientes para sacarlos de ella. La Providencia no dispensa á estos pecadores socorro alguno, porque le esperan indignamente de los hombres, y al cabo ven burladas sus esperanzas. Un miserable que por su parte se esfuerza, es muy acreedor á nuestros socorros. Las almas caritativas desean que fructifiquen sus buenas obras, y por mas desinteresadas que sean en el exercicio de la caridad, no quieren sembrar en vano, porque saben que la prudencia christiana prefiere en las buenas obras las que llevan

mas fruto; y de los perezosos no hay que esperarlos. No hago, hermanos míos, esta pintura para endurecer vuestro corazón para con ellos. Dexad á la Providencia sus venganzas, y servidla por vuestra parte, porque se vale de vuestras manos para sacar de la miseria á estos indolentes, y así fomentadlos con discrecion, y puede ser que fructifiquen en adelante. Pero vosotros, perezosos que me escuchais, sabed que aun no he pintado con todos sus colores el horrendo vicio que tiene debilitada y anondada la energía y la grandeza del espíritu. Miéntas conserveis esa inaccion vergonzosa, no teneis derecho alguno á los bienes de este mundo, porque Dios no los ha prometido sino al trabajo. Sois indignos del pan que coméis diariamente, segun la expresion del Apóstol. Quando no quiere Dios dispensaros sus auxilios, no es injusto en manera alguna; y quando el rico endurece su corazón á vista de vuestras miserias, no hace mas que corresponder á sus designios, y ser el instrumento de sus venganzas. Christianos, conozcamos, sirvamos, y adoremos la Divina Providencia. Quando estamos intima-

samente persuadidos de que todos los sucesos de este mundo dimanen de un orden positivo, ó de una permission expresa de su voluntad suprema, entónces la conocemos. Quando con humildad y reconocimiento aceptamos los bienes que nos envia, y toleramos las adversidades con resignacion; quando vivimos en la prosperidad sin orgullo, y en las miserias sin murmuraciones y sentimientos, entónces la adoramos. La servimos en la opulencia, quando entramos en sus miras, sea en el uso, sea en la distribucion de los bienes que nos concede. La servimos en la indigencia, aceptando con humildad este estado, poniendo gran cuidado de no alejar su proteccion con injusticias, y procurando con fidelidad hacer valer la fuerza, los talentos y los recursos que hemos recibido. Por lo demas, hermanos míos, todos somos hijos de la Providencia, y no hay uno solo entre nosotros que no pueda decir con el Profeta.

Dios mio, seria reo de un pecado gravísimo, si viviese inquieto y desconfiado. Desde que me habeis echado á este valle de lágrimas, no

solo no me habeis perdido de vista ni un momento, sino que me habeis tomado por la mano para conducirme. Vuestros designios adorables estaban formados sobre mí desde ántes que saliese del vientre de mi madre, y cada suceso de mi vida, cada paso que me ha hecho dar vuestra sabia Providencia, ha sido para executar y cumplir vuestra voluntad. ¡O, qué dignos de compasion son aquellos que se salen de las huellas que les habeis trazado! entónces pueden mirar como cierta su perdicion. Yo, Señor, haré consistir toda mi seguridad, mi felicidad y mi gloria unicamente en ser vuestro, y para ello estudiaré con todo cuidado los designios de vuestra sabiduría. Que la Providencia me ampare ó me affixa, que me consuele ó me atormente, mi confianza en ella será siempre inalterable; porque estoy cierto que por qualquier camino que me conduzca, será bien recompensada. Concededme, Señor, que fiel en corresponder y seguir sus miras, merezca publicar la sabiduría, la misericordia y los beneficios que me habeis hecho unido con vuestros Santos en la celestial Sion. Así sea.

INSTRUCCION
SOBRE EL MUNDO.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 15. v. 19.

Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo: mas porque no sois del mundo, ántes yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo.

Hablamos, hermanos míos, muchas veces del mundo en nuestros discursos, y apenas se abre el Evangelio quando se encuentran anatemas terribles contra el mundo y sus adoradores: enseñamos las virtudes, y lloramos la oposicion y la guerra que el mundo las declara: en fin, apenas podemos hablar de Jesu-Christo que no tropecemos con el mundo, tan fuertemente reprobado en su doctrina. Sin embargo ¿conoceis este mundo tantas

veces nombrado y combatido? ¿Vivis en desconfianza de sus máximas, ya que estais instruidos de sus peligros? ¿Teneis valor para desprenderos de él á vista de las miserias que acarrea? Finalmente ¿sabeis lo que es el mundo, bien se le considere como el enemigo de Jesu-Christo, pues que no tiene parte alguna ni en sus oraciones, ni en su sacrificio; ó bien como vuestro enemigo mas formidable por la envidia secreta que tiene contra todo el que pertenece á Jesu-Christo? ¿Sabeis que en qualidad de Christianos formais un Pueblo aparte, y que el mundo no tiene derecho ni pretension alguna sobre vosotros? Hermanos míos, si no teneis estos conocimientos, sois dignos ciertamente de lástima. ¡O, cuánto temo que á pesar de tantos títulos como os separan del mundo, participeis todavía de su corrupcion y sus desgracias! ¿Pero qué es el mundo, Christianos? ¿Adónde establece su dominacion y su imperio? ¿Adónde podremos retirarnos para evitar su contagio, ó qué podremos hacer para precavernos contra sus lazos? Todas estas son preguntas muy importantes que exigen de los Minis-

tros de la palabra santa el exámen mas serio, y de la vuestra toda la atencion posible.

Jesu-Christo, queriendo conducir por grados á sus Apóstoles al conocimiento del reyno de Dios, no les descubre en su primera instruccion toda la felicidad que deben gozar. Esta noticia individual les hubiera llevado á mil discursos, y tal vez producido la confusion en su espiritu. Por tanto se contenta con hacerlos entender que el reyno de Dios toma su origen en su propio corazón quando procuran mantener en él el reyno de la caridad. ¿Y no podremos aplicar esta leccion en otro sentido al reyno del mundo? Lo que Jesu-Christo dice á sus discípulos para animarlos, ¿no podré yo decirlo á los pecadores para infundirles un temor saludable? Si me preguntais donde está el mundo que estoy combatiendo ¿no podré responderos que baxó este nombre entiendo todo objeto que fuera de vosotros sea capaz de separaros de la fidelidad que debeis á vuestro Dios, y en vosotros mismos las inclinaciones y las costumbres contrarias á su ley? Hermanos míos, bien meditada esta pri-

mera idea del mundo, es espantosa. Y si el mundo se encuentra á cada paso que damos, si dentro de nosotros mismos le llevamos siempre, ¿qué medios tomaremos para evitar sus lazos, y para triunfar de los combates que nos presenta?

He dicho en primer lugar que el mundo es fuera de nosotros todo lo que nos separa del exácto cumplimiento de la ley de Dios, y no tenemos necesidad de alargarnos mucho para encontrarlo. En efecto un hijo dentro de su propia familia encuentra los exemplos mas escandalosos: la negligencia y el abandono de una madre, que refiere á sí misma todos sus cuidados, los desórdenes de un padre, objeto continuo del escándalo en su casa, son los mas propios para engendrar, y mantener las desgraciadas inclinaciones de su corazón; y así poco á poco va dando crédito á sus vicios, porque no tiene quien se los reprehenda. ¿Adónde está el mundo para este hijo infeliz? ¿no lo es la casa de sus padres? Un esposo y una esposa se van encaminando insensiblemente á los delitos, el uno por sus excesos y su insultante genio, el otro por

sus caprichos y locuras : la infidelidad, la blasfemia y la discordia son los frutos únicos que produce su matrimonio, ¿ y acaso tendrán necesidad de otro mundo para que les seduzca y lleve al precipicio? Se forman enlaces; pero la pasión es el alma de ellos : se fomentan las compañías ; pero el interes es quien las reúne : se conservan las amistades ; pero es por el libertinage y los fines ilícitos. ¿ Preguntareis todavía dónde está el mundo ? Pues sabed que está en ese comercio que teneis entre manos : él es quien os sugiere esos recursos de iniquidad , que no tienen otro principio que la codicia ; él es quien da calor á esa sed insaciable de ganar que os devora. Está en esas compañías peligrosas , y él es quien os entretiene con sátiras mordaces contra el próximo. Está en esas mismas personas que han encontrado el secreto de seduciros y agradaros ; él es quien os habla con ese aire placentero que os saca de tino , con esas gracias exteriores que os encantan. ¿ No hallareis pues al mundo en medio de la disipacion y la ociosidad , quando las personas que llevan una vida irreprehensible en ocu-

paciones no interrumpidas , no están á cubierto de sus artificios ? El mundo es quien dicta casi siempre los fraudes , los disimulos , las traiciones , los perjuros que son el azote de la sociedad. Al mundo debe el rico las inquietudes y los pesares que le oprimen. Del mundo aprende el pobre á murmurar y á quejarse. Si la medianía, ese estado preferible por todos respetos á las brillantes fortunas , no nos hace ser felices en la tierra , es porque el mundo nos inspira continuamente el espíritu de ambicion y de orgullo. ¿ Quién pensaria , hermanos míos , que el mundo pudiese tener derecho hasta sobre las almas piadosas , cuyos instantes estan sabiamente repartidos entre el trabajo y la oracion ? El mundo les habla tomando la máscara de la hipocresía , y por desgracia se le escucha con demasiada frecuencia. El es quien les inspira la satisfaccion interior , y el amor propio ; él es quien les enseña á buscar la atencion y la estimacion de los hombres ; él es quien les alaba sus acciones , y buenas obras aparentes ; él es quien los separa y disgusta de esas virtudes secretas , de las cuales Dios solo seria el

testigo y la recompensa; y como teme que las frecuentes meditaciones, y que el mucho silencio no sean causa para que vuelvan sobre su propio corazón, y se hagan humildes, les acostumbra á hablar y juzgar precipitada y temerariamente de todo quanto les viene á la mano, y por último va corrompiendo sus disposiciones mas loables y christianas. Y qué, vuestros tabernáculos, ó Santo de los santos, ¿nos podrán servir de salvaguardia contra el espíritu del mundo? ¿Me será lícito descubrir los defectos de vuestros siervos que son mis hermanos? ¿Estaré seguro de que no podrán recaer sobre mí los cargos que yo les haga? Hermanos míos, contémosnos con decir que el Santuario no es una barrera, á la qual no se atreva á asaltar el espíritu del mundo. Como si no tuviese bastantes objetos exteriores á donde dirigir sus tiros, mueve todas las inclinaciones contrarias á la ley de Dios, y ellas son otros tantos resortes que juega el Príncipe del mundo para sorprehendernos. Esta es la causa, porque he dicho que el reyno del mundo está dentro de nosotros

mismos. ¿Y la salvacion será fácil entre tantos obstáculos? ¿Podremos vivir en el mundo, y pertenecer á Jesu-Christo sin un milagro patente? Luego será preciso, decís, ser un santo para estar en él sin participar de su corrupcion y sus desórdenes. Sin duda, quando hablais de esta manera, que habeis leído, hermanos míos, en alguna parte que la santidad era incompatible con los diferentes estados á que la Providencia os llama, ó que vivís persuadidos á que puede distinguirse la santidad de la salvacion eterna; y que sin ser santos podeis contaros en el número de los escogidos. ¿No es esto aplicar á la santidad una idea bien ridícula? ¿No es hacer al Señor injusto y cruel en el hecho de suponerle autor de unos preceptos imposibles de cumplir? Christianos, acordaos, dice San Gregorio Nacianceno, del empeño contraído en el bautismo; y que si no teneis otro medio para vuestra salvacion que dexar al mundo, y romper con él todo comercio, deveis ponerlo al instante por diligencia; pero esta moral que, aunque al parecer severa, nada tiene de excesiva, no conviene sino á un número muy corto de

mis oyentes. Os miro casi á todos muy apegados al mundo, y atados á él con nudos indisolubles; pero ántes que os atemorice con sus peligros, y os desaliente representándoos vuestra debilidad, habeis examinado si vuestras obligaciones en qualidad de Christianos son compatibles con las relaciones esenciales que os unen al mundo, con las ocupaciones anexas á la sociedad, con los enlaces indispensables con los malos? Habeis considerado si puede practicarse literalmente aquel consejo del Apóstol de vivir en el mundo como si no estuviérais en él? Confieso que esta práctica es muy difícil; pero en un negocio tan importante como la salvacion cedan todas las dificultades implorando las gracias y los auxilios de Dios, con los quales se vence todo mal. Debeis tener presente, hermanos míos, que la santificacion es muy posible en el mundo. En efecto se han visto en su mismo seno, y en aquellos felices dias de la Iglesia naciente muchos héroes que la han edificado, y que hoy componen el reyno de Jesu-Christo en el cielo. A pesar de la corrupcion y del escándalo veis todos los dias que Dios se

reserva muchos Christianos que no doblan la rodilla delante del ídolo del mundo. Vosotros mismos, si quereis confesarlo de buena fe, experimentais que la virtud, aunque tan oprimida, y desacreditada por los malos, tiene sus encantos y atractivos. ¿Qué os falta, pues, hermanos míos, para que se obre vuestra salvacion en medio del mundo? Tomar precauciones que os pongan fuera del alcance de sus tiros. Entónces si presenta escándalos, sabreis evitarlos; si vende y propaga sus máximas, sabreis conocerlas y huirlas; si ofrece encantos y placeres, sabreis detestarlos y despreciarlos.

Evitad pues en primer lugar los escándalos del mundo: nunca os junteis sin necesidad con los enemigos de vuestro Dios, ni oigais sus discursos, ni converseis con ellos, ni cooperéis á sus injusticias, ni veais los objetos seductores que os ofrezcan á la vista. Escoged amigos virtuosos, á quienes podais ver sin peligro: no trateis sino con aquellos, cuyos exemplos pueden conducir al amor del bien; y si esta eleccion no os defiende enteramente de los escándalos, á lo ménos los hará mé-

nos frecuentes y peligrosos. Digo menos frecuentes, porque prometeros que con todas estas precauciones, con tanta vigilancia, y tantos esfuerzos consigais evitar todos los escándalos, sería prometeros mas que Jesu-Christo mismo ha prometido. Necesario es que haya escándalos, dice; pero distinguid con todo cuidado, hermanos míos, entre las tentaciones de la vida aquellas que la corrupcion universal hace inevitables, de las que la indiscrecion hace peligrosas. Hay, por decirlo así, escándalos de estado y de condicion; pero Dios para resistirlos, comunmente no rehusa esas gracias especiales que se llaman gracias de estado. Si el Angel de Satanás nos sigue por todas partes, y asalta nuestra flaqueza, Dios tambien nos sigue para auxiliarnos y defendernos; y Jesu-Christo que ha vencido al mundo, vela con nosotros, y nos proporciona los triunfos. Un Christiano sabio nunca confia sobre sus propias fuerzas: su ciencia consiste en vivir en el mundo en un santo temor, y en saber escoger el retiro en tiempo oportuno. Su valor consiste principalmente en la fuga. ¿Qué importa que se huya,

segun la bella expresion de San Gerónimo, con tal que se triunfe?

Las máximas del mundo son el segundo escollo, contra el qual debe estar muy fortalecido el Christiano. El mundo tiene sus leyes. Si el Evangelio le describe las obligaciones que le impone la ley de Dios para formar un corazon recto y puro, el mundo tambien proclama su moral á sus adoradores. El Evangelio, por exemplo, preconiza la mortificacion, el mundo la desprecia; Jesu-Christo condena la venganza, el mundo la autoriza. La humildad en el Evangelio es la basa y el fundamento de las virtudes christianas, en el mundo es la señal característica de un espíritu débil. La pobreza, segun Jesu-Christo, es la gloria del Christiano, en el mundo es un oprobrio. Sé muy bien que el mundo, aunque tan corrompido, tiene ciertos puntos en su moral que parece se asemejan á la de Jesu-Christo. Se detestan los grandes excesos y desórdenes, y se elogian las acciones de humanidad y de generosidad. Pero cuál es la virtud que se admira en el mundo, cuál la que se preconiza? Una virtud de capricho y de

temperamento. ¿Cuál es la probidad que se incienza? una probidad toda humana, que nunca se excede de ciertos límites, y que sacrifica la equidad á sus intereses propios. ¿Cuál es la piedad que se respeta? una piedad hipócrita que con tal que se atraiga la atencion de los hombres, se cuida muy poco de agradar á Dios, y que muy cuidadosa de limpiar por defuera la copa, dexa que por dentro mantenga toda la inmundicia. No es ésta, no la virtud de un Christiano. Tan perniciosas máximas deben alejarse á mucha distancia de su corazon; y si quiere cumplir exáctamente con las obligaciones de su estado, es necesario que tenga para con Dios esa fidelidad que no admite en la práctica de la ley la mas pequeña mezcla de imperfeccion: debe tratar al próximo con aquella caridad activa y generosa que todo lo tolera y lo sufre, y se ha de portar consigo mismo con tal circunspeccion, y ha de vivir tan vigilante, que el demonio nunca le encuentre desprevenido. Siempre que el mundo nos quiera vender sus perniciosas máximas, comparémoslas con los preceptos de la ley de Dios, y por este

medio hallaremos la contradiccion, y sabremos rechazarlas. Por exemplo, tenemos un enemigo que nos ha ofendido, que nos ha hecho el agravio mas público, que ha faltado al reconocimiento que nos debe, que nos desacredita y denigra por todas partes: ¿qué nos dice el mundo en este caso? que se le ha de tratar como merece su conducta: que la ingratitud se paga con el desprecio: que las invectivas y las injurias se rechazan con otras: que olvidar el crimen es autorizarlo. ¿Hablaís, Dios mio, de esta manera? ¿No me dice vuestro Evangelio, que el perdon de mis pecados tendrá por basa el perdon de mis enemigos: que tengo en mi mano la medida de que os servireis para juzgarme? ¡O, qué diferente, Señor, es la ley del mundo de la vuestra!

Tenemos un comercio, un cargo, un empleo: ¿qué nos dice el mundo? que con una conciencia demasiado delicada y escrupulosa es muy difícil sacar ventajas, y acertar en los negocios; que hay ciertas rapiñas, exácciones y fraudes que son indignas para un hombre de bien; pero que sin embargo en

nada se opone á los sentimientos de honor alguna tal qual condescendencia en la magistratura, cierta compensacion en el manejo de los negocios, y el dar un poco de colorido á las ganancias excesivas del comercio. Pero, Señor, ¿no nos dice vuestra ley quando se trata del bien del próximo, que debemos dar á cada uno lo que le pertenece: que no nos deslumbremos con el resplandor y el atractivo de los bienes visibles: que no es justo vender la verdad y la justicia por un vil y despreciable interes? ¡O, qué contradiccion entre las leyes del mundo y vuestros preceptos!

Restan pues los placeres y los entretenimientos del mundo que hacen el tercero y mas temible de los escollos. Ya he procurado haceros entender en la instruccion particular que he formado sobre este punto, que la vida del Christiano es del todo incompatible con la dispacion; os he presentado las reglas que pueden determinaros sobre la eleccion y uso de las diversiones; he procurado no caer en una severidad excesiva, y distinguir los placeres criminales de las recreaciones inocentes ne-

cesarias para renovar las fuerzas en el trabajo, autorizadas por el uso y por los hombres de juicio, y no prohibidas por la Religion; y así no son éstas de las que voy á hablar, ni de las que debe huir un Christiano. Hay otras que excitan toda nuestra indignacion, y son esos entretenimientos criminales donde no se respeta, ni considera el pudor, ni la verdad, ni la caridad; esas visitas sospechosas y peligrosas, que solo sirven para fomentar las pasiones y estrechar los lazos mas funestos; esos juegos excesivos donde además de perder el tiempo, se destruyen las familias, y se ofende á Dios con las palabras indecentes, con los juramentos, con la perfidia, con las trampas y las freqüentes quimeras; esas lecturas emponzoñadas, cuya sal consiste en dar colores agradables á los vicios mas odiosos; esos paseos tumultuosos donde con tanta satisfaccion se hace gala de los trages deshonestos, de las miradas y acciones atractivas y seductoras; esas tertulias y asambleas que con justicia pueden llamarse escuelas de libertinaje donde las jóvenes aprenden á traspasar todos los límites de la modestia;

esas mesas suntuosas y sensuales donde embriagados los hombres con las bebidas fuertes y delicadas pierden su razon, y se embrutecen haciendo gala de verse en este infeliz estado; esos espectáculos encantadores en donde toma el demonio el tono y el ascendiente de Maestro, donde los espectadores escuchan como esclavos, y pierden la inocencia de las costumbres. Christianos, huid de semejantes placeres, y será en alguna manera invulnerable la fragilidad de vuestra naturaleza. Dios es bueno, dice el Apóstol; y si su justicia permite las tentaciones, también su misericordia vela sobre nosotros para que no sean superiores á nuestras fuerzas. No importa que esteis rodeados del mundo: implorad sus auxilios, y encontrareis en vuestra fe armas poderosas contra el mundo mismo.

Acabaré, hermanos míos, esta instrucción con las palabras de uno de los Psalmos de David. Jamas hubo hombre que tuviese relaciones mas íntimas con el mundo; pero tampoco que fuese mas vigilante, ni que mas detestase sus máximas. Escuchad como se explica este Rey, y entrad, si es posible, en sus sen-

timientos. Dios mio, decia, he visto pecadores que nunca tenian sino designios de iniquidad; pero yo nunca entré en sus juntas, y bastaba para mí que una acción fuese señalada con el carácter de la injusticia para que la huyese y detestase. El mundo para seducirme mejor, me mostraba pecadores en todos los estados y condiciones. Yo veia que se vanagloriaban de traspasar las leyes mas santas, ó por mejor decir, que no conocian ninguno de los preceptos de la ley de su Dios; pero aborrecí de muerte estos impíos. Encontré corazones corrompidos hasta el extremo de hacer consistir su felicidad en la desgracia y la miseria de sus hermanos; pero nunca fuéron estos mis confidentes y amigos. He visto muchos que solo estudiaban en manchar la virtud mas pura; pero yo no traté con estos malignos. Mas de una vez se escandalizaron mis oidos de sus odiosas calumnias; ví como se aprovechaban de la ausencia de sus hermanos para desacreditarlos y perderlos; pero esta era la ocasion en que se arrebatava mi zelo, y lleno de horror contra una conducta tan indigna y cobarde, les hacia sentir todo el peso de

mi indignacion y mi cólera. En fin he visto á muchos que, como si tuviesen algun derecho á las adoraciones y homenages del mundo entero, tenian siempre en poca consideracion los puestos y dignidades que ocupaban; y á otros que, como si hubiesen de ser eternos en la tierra, amontonaban riquezas sin cesar, y sin embargo nunca estaba satisfecho su corazon; pero despreciando altamente estos ambiciosos, estos avaros, no les hice el honor de sentarlos á mi mesa.

De esta manera se explicaba, hermanos míos, el Profeta. Oxalá que vosotros formeis las mismas resoluciones, para que desprendidos del mundo y sus escándalos, goceis en el tiempo y en la eternidad de una paz que no conoce el mundo, y que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.

INDICE

De lo que contiene este tomo tercero.

<i>Domingo II. de Quaresma.</i>	pág. 3
<i>Instruccion sobre la Epístola de este dia.</i>	4
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	17
<i>Domingo III. de Quaresma.</i>	35
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	36
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	50
<i>Domingo IV. de Quaresma.</i>	70
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	71
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	84
<i>Domingo de Pasion.</i>	98
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	99
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	111
<i>Domingo de Ramos.</i>	129
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	130
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	141
<i>Jueves Santo.</i>	154
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	Id.
<i>Instruccion sobre la Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo.</i>	169
<i>Domingo de Pascua de Resurreccion.</i>	223

37 ^o	Instruccion sobre la Epístola.	Id.
	Instruccion sobre el Evangelio.	236
	Segunda Instruccion sobre el mismo Evangelio.	256
	Domingo de Quasimodo.	265
	Instruccion sobre la Epístola.	267
	Instruccion sobre el Evangelio.	279
	Instruccion sobre la Fé.	296
	Instruccion sobre el misterio de la Encarnacion.	315
	Instruccion sobre la Providencia.	331
	Instruccion sobre el Mundo.	310

ERRATA.

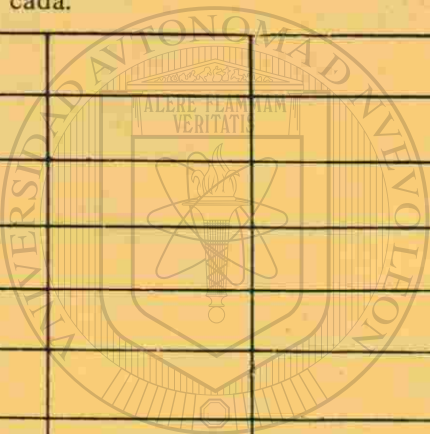
Página.	Línea.	dice.	debe decir.
336. . . .	19. . . .	aprueba. . . .	prueba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
 DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BV43

C6

v. 3

132867

AUTOR

COCHIN,

UANL

®

